EDGARDO POE.

HISTORIAS ESTRAORDINARIAS,

precedidas de un prólogo crítico biográfico,

POR

EL DOCTOR LANDA.

MADRID: 1858.
Imprenta de Luis García, editor.
Calle de San Bartolomé, núm. 4.

DOS PALABRAS AL PÚBLICO.

Encomendada á nuestro cuidado la direccion literaria de esta BIBLIOTECA, y proponiéndonos desde luego dar á conocer en España las obras estranjeras mas notables, nos ha parecido oportuno inaugurar esta série de publicaciones que ofrecemos con las Historias Estraordinarias de Edgardo Poé, coleccion de cuentos fantásticos que se distinguen por su originalidad, al mismo tiempo que por los profundos conocimientos científicos que encierran en cada una de sus interesantes páginas.

La universal y merecida reputacion que en los principales centros literarios de Europa han obtenido estas Historias, tanto por su mérito como por la dramática vida de su autor, nos ponian desde luego en el deber de verterlas al castellano, y al formar con algunas de ellas un tomo, creemos ofrecer á nuestros lectores una novedad literaria, que á la vez deleita é instruye, sorprende y admira.

Tambien insertamos un prólogo crítico biográfico que debemos á la pluma de un jóven ilustrado y laborioso, que á sus conocimientos especiales de literatura estranjera contemporánea reune un superior criterio.

Las Historias de Poé salen, pues, á luz con el ésmero y la consideracion que merecen. El público apreciará nuestra primera mejora literaria, á la que seguirán otras no menos importantes.

JULIO NOMBELA.

PRÓLOGO.

E vo' per vie men calpestate e sole.

MIGUEL ANGEL.

I.

Hé aquí una obra que en vez de presentarse tímida como una actriz novel implorando la indulgencia del público y la crítica, exige desde luego que una triple salva de aplausos salude su aparicion en nuestra escena: tal es el privilegio de las obras del genio. Pasaron ya para ella los dias de prueba, apareció lentamente artículo por artículo en las columnas de un periódico del estado de Virginia, y hoy, despues de recorrer en triunfal carrera el Nuevo Mundo, ha salvado el Atlántico, y marcha por la vieja Europa traducida á todas las lenguas, y devorada, que no leida, por todas las clases de la sociedad. Ha pasado ya por las manos del sábio y del ignorante, del

letrado y del guerrero, del jóven y del anciano, de la mujer y del niño, y en todas partes escita la misma emocion y arranca igual aplauso. ¿Cómo esplicar la universalidad de su triunfo? Si es obra científica, ¿por qué gusta á las mujeres? Si es obra de imaginacion, ¿por qué agrada á los sábios? Si procura retratar las virtudes ó los vicios de una sociedad determinada, ¿por qué se lee en tan diversas naciones? Si trata de escudriñar otra vez mas los misteriosos pliegues del corazon humano, ¿qué puede decirnos que no haya dicho ya esa pleyada de novelistas, que, infatigables mineros, han sondeado todos sus abismos?

Es una obra de recreo, y sin embargo enseña: es una obra científica, y sin embargo deleita: es una obra que pertenece al género mas antiguo que registra en sus anales la historia de la literatura, y sin embargo es una obra que inaugura un género nuevo, completamente nuevo.

Os parecerá todo esto muy contradictorio y estraordinario, y al formular este juicio descifrais ya la clave del enigma, porque en efecto, la contradiccion, lo estraordinario son el sello que caracteriza esta obra: análogo al *no se qué* del atractivo de ciertas figuras, este es su título de gloria, esta la llave mágica

que en todas las naciones le abre de par en par las puertas del entusiasmo.

En efecto, hay entre las diversas facultades que constituyen el inmenso, el admirable conjunto de la inteligencia humana, una que los frenólogos han llamado MARAVILLOSIDAD localizándola sobre las entradas de la frente.

Es esa tendencia congénita que tiene el hombre á gozar en la contemplacion de lo que su razon no comprende, es el goce nacido de la admiracion que siente un ser ante lo desconocido, es la prueba de la insaciabilidad de la mente humana, que goza al ver el *aliquid amplius* porque suspira despues de conseguir *omni ré scibile*, y es, en fin, la prueba de la inmensidad á que su poder alcanza. Esta facultad, una de las primeras en desarrollarse, se ve predominante cuando la inteligencia, como los hijuelos de las águilas, empieza á sentir la necesidad de mover sus alas, clavar sus ojos en el fulgor del sol, y tender hácia él su vuelo poderoso; por eso la vemos tan manifiesta en el niño que escucha los pavorosos cuentos que le relata su nodriza, y en la tribu salvaje que, puesta en cuclillas formando círculo en derredor de uno de sus ancianos, escucha la historia del Manitou que adora. Esta facultad, capaz de crear y de sentir, es la que desde los tiempos mas

remotos de la historia hace á los pueblos escuchar con entusiasmo y creer firmemente todas las teogonías que han poblado de dioses los Olimpos, de genios y sílfides los aires, de faunos y driadas los bosques, de sátiros y ninfas los campos, de náyades los rios, de gnomos la tierra, de tritones y neréidas el mar. Esta facultad embellece cuando mira, porque en vez de contemplar los objetos, como lo hace la *causalidad* su antagonista, á través de un miscroscópio que le revela desde luego los mas íntimos detalles de la estructura de sus fibras, se vale del kaleïdóscopo, que multiplicándolos, los reviste de los matices mas brillantes y de las formas mas estrañas.

Pues bien, esta es la cuerda que hace vibrar Poé: ha comprendido que las demas estaban, si no gastadas, muy embotadas al menos por la frecuencia de su sensacion; por eso en vez de cantar el amor, ese tema obligado de todos los poetas, ese *alfa* y *omega* de casi todas las obras de la imaginacion, ese asunto siempre viejo y siempre nuevo, ya comun, aunque nunca vulgar; en vez de penetrar en los agostados campos de la política ó en los nebulosos desfiladeros de la filosofía, ha tomado á la sociedad en su regazo y le refiere en voz baja sus maravillosos cuentos.

II.

Hemos dicho que el género fantástico se encuentra en todos los lugares del mundo y en todas las épocas de la historia; pero solo una mínima parte de su inmenso repertorio es la que corre escrita; lo demas constituye la tradicion que se trasmite de lábio en lábio por todas las generaciones. En efecto, ¡qué son las misteriosas leyendas que forman parte de la cruz de un camino, del torreon que se desploma, de la casa tapiada, de la laguna insondable, y de tantos y tantos otros objetos predilectos de la maravillosidad popular, escuchadas siempre con ansiedad y relatadas siempre en misterioso tono, en las noches de invierno, así en la cabaña del labrador como en los cuerpos de guardia, en los torreones del Rhin ó en las ventas de la Selva Negra, en las costas de la Bretaña, ó en las vegas de Andalucía, así en las ciudades de Europa, como en los aduares del Africa, qué son si no la *Odisea* del instinto de lo maravilloso, cuyos *rapsodes* son la anciana labradora, y el soldado, el escocés dota-

do de la doble vista, ó la gitana que predice lo futuro, el breton ó el beduino, el pueblo en fin!

Solo esta parte tradicional tiene condiciones de vida imperecedera: los libros de caballería, esa inmensa esplosion de la guerrera maravillosidad de la edad media, se desvanecieron con sus esforzados caballeros y sus mágicos, sus vestiglos y sus endriagos al brillo del yelmo de Mambrino, que el inmortal manco de Lepanto mostraba convertido en vacía de barbero. La literatura romántica murió tambien helada por la compasiva sonrisa del clasicismo moderno, y en ese reino literario apenas vemos subsistir mas que la figura espectral de Hoffman, agitando un mundo de sombras con los desgarradores acentos del violin de Cremona, en que gemia presa el alma de Stradivarius.

¿Cuál es la causa de este desgraciado éxito? la encontraremos en las condiciones mismas de este género de literatura. Como la fantasía que le engendra, no tiene límites su campo ni su vuelo se sujeta á reglas: relativo y no absoluto, modalidad de las ideas y no esencia, tiene que ser diverso en cada época, en cada pueblo, en cada edad. Referid al nieto la conseja que estasiaba á su abuelo, al europeo la que escucha atónito

el salvaje, al hombre la que admira el niño; y solo escitareis su sonrisa cuando no su bostezo. Es que vuestra obra no está en armonía con la proporcion mútua entre la maravillosidad y la causalidad de vuestro oyente, único pero indispensable dato á que esta clase de composicion debe ajustarse. Cuando la primera predomine, como sucede en las épocas, edades y clases poco ilustradas, la tarea es fácil; cuando lo contrario suceda, es casi imposible; y sin embargo, esto es lo que ha conseguido Poé en sus historias estraordinarias.

Ha logrado escitar esa emocion profunda que ambiciona el espíritu sin evocar aparecidos ni mostrarnos escenas terroríficas por el crímen: ha encontrado lo estraordinario en las regiones poco esploradas de la ciencia; contemplando desde sus actuales confines los abismos nebulosos de lo desconocido, ha vislumbrado á la luz de su imaginacion centelleante esas maravillosas historias que tienen todo el encanto que les presta su inmensa verosimilitud, reunida con su inmensa imposibilidad: de manera que el lector, llevado por su induccion poderosa, se sorprende á veces creyendo que es cierto lo que Poé le dice, y necesita despertarse, por decirlo así, y repetirse á sí mismo que lo que lee es un

cuento. Esto ha sucedido en América con el *Viaje á través del Atlántico*; esto ha sucedido en Francia con la *Verdad del caso de M. Waldemar*, y esto mismo sucederia en todas partes, si no se escribiera en la portada de su libro que es una obra de la imaginacion.

Cuánta ciencia, cuánta erudicion supone este resultado en ese atrevido mistificador de ambos mundos, no hay para qué decirlo; pero lo raro y lo estraordinario es que á esas dotes, y á la fuerza de lógica de análisis y de induccion, haya sabido reunir los arranques de una imaginacion tan rica, que peca á veces de desbordada.

En ninguna de sus historias rayan mas alto estas cualidades que en la *Aventura de Hans Pfall*; ese viaje á la luna no se ha hecho nunca, ni *probablemente* se hará jamás; pero si se hiciera, sería tal como le ha descrito Poé. ¡Con qué admirable exactitud describe hasta los menores detalles! ¡qué ingeniosas las teorías que forma para salvar las imposibilidades de tal empresa! Las mayores son la falta de atmósfera en la luna y los límites que tiene la nuestra á unas once leguas de la superficie de la tierra: para salvar la primera ha aprovechado los dos únicos hechos, que pueden interpretarse favorablemente, y son la observacion de Eulero, que

en un eclipse anular creyó distinguir una refraccion de 25 segundos, y la prolongacion luminosa que Schrœter ha visto en los cuernos de la luna, que le indujo á calcular para esta una atmósfera de 452 metros de altura. Para la segunda no tenia ningun dato en que apoyarse, y aquí es donde únicamente aparece absurdo para el que sabe que si nuestra atmósfera fuera ilimitada, el crepúsculo, que consiste en la refraccion de los rayos solares en las capas del aire, se juntaria con la aurora y la noche nos sería desconocida. Pero admitido esto, y algo hay que admitir tratándose de cuentos maravillosos, ¡qué bien observa los fenómenos fisiológicos á que en el hombre y los animales da lugar la baja presion! ¡qué acertada la sangria que se practica; qué admirable mecanismo el de su condensador; qué exactos los aspectos bajo los cuales ve cóncavo nuestro planeta y negro el firmamento; qué bien pensado el cambio de direccion del globo al entrar en la esfera de accion de la luna, y su rápido descenso!

¡Lástima es que no nos haya dejado una descripcion de lo que podia ver en nuestro satélite, de la falta de agua, de las fortificaciones que ha creido ver Gruithuysen, de esos mares secos que Hevelius y Riccioli han bautizado con los poéticos nombres de *mare*

serenitatis, mare tranquilitatis, mare frigoris; lacus somniorum, etc., etc., y sobre todo que su imaginacion no haya ampliamente recorrido ese otro hemisferio de la luna que nunca lograremos ver!!

Esa misma exactitud en la descripcion de los fenómenos desconocidos de la naturaleza; ese mismo acierto en adivinar *lo que debe ser* aquello que no sabemos *cómo es*, brilla en la caida al Maelstrom, cuya escena pasa en esos mares de la Noruega que cubren un fondo lleno de cráteres sumergidos; en el *manuscrito encontrado en una botella*, donde Poé nos lleva hácia otro de los puntos ignotos que mas escitaban su imaginacion, al estremo del polo Norte; pero tambien aquí se detiene, como no puede menos, al borde del abismo donde supone se sepulta el mar, y no ha querido penetrar en la cavidad inmensa que segun algunos constituye el centro de la tierra, dentro de la cual giran dos astros, Pluton y Proserpina, y donde tal vez se agita un pueblo de gnomos regido por Umbriel! Hipótesis harto aventurada; pero que no ha faltado, sin embargo, quien admitiera como posible; pues Humboldt hace mencion del sério empeño con que el capitan inglés Symmes propuso á él y sir Humphri Davy un viaje de esploracion á tan incógnitas regiones.

Reasumiendo: Poé ha sido el primero que ha esplotado el campo de la ciencia en el terreno de lo maravilloso; su atrevida fantasía ha levantado torres y alcázares de niebla sobre los cimientos de granito que la física y la astronomía le prestaban, de manera que el que los contempla desde abajo se detiene absorto al admirar tanta grandeza creyéndola real, hasta que al soplo de la reflexion ve desaparecer, convertidos en gotas de rocío, esos minaretes calados y esas cúpulas inmensas, semejantes á las populosas ciudades que el capricho de las nubes traza á veces sobre el firmamento en las tardes de otoño, y que luego son barridos por una ráfaga del Sur.

Mas no todas las obras de Poé pertenecen á este género.

III.

Es indudable que existe en el espíritu humano una de esas misteriosas aberraciones que ninguna de las leyes conocidas alcanza á esplicar: una tendencia á buscar el placer en el dolor, la sensacion en el peligro. Ella

es la que impele al niño que horrorizado por un cuento de brujas se refujia trémulo en el regazo de su madre, á desear luego esta misma sensacion pidiendo que le cuenten otro; esta es la que llevaba á las patricias romanas al circo y á nuestro pueblo á las plazas de toros; esta es la que impele á esa multitud inmensa que anhelante rodea los cadalsos en esos dias en que la sociedad hace solemne exhibicion de su justicia; ella es la que anima al jugador impenitente que todas las noches clava las uñas en su pecho, mientras con ansiedad horrible ve deslizarse lentamente entre los dedos del banquero los naipes que se llevan el pan de sus hijos; ella la que nos hace amar la trajedia, donde vamos á sentir los dolores de Electra y Clitemnestra, y á presenciar los horrores de Medea y Orestes; ella es la que, cuando desde lo alto de una roca ó de una torre contemplamos la profundidad de un abismo insondable, nos inspira entre vértigos la idea, hasta el deseo de precipitarnos en él, y esta misma es la que hace que todos los pueblos, que todas las edades se complazcan en escuchar esas historias terroríficas que han poblado de espectros las noches de insomnio y enjendrado las mas horribles pesadillas.

Poé no ha dejado de meditar sobre este

singular fenómeno psicológico, y ha tratado de esplicarlo suponiendo innato en el hombre el *instinto de la perversidad*; esto es, una tendencia infanda que le lleva imperiosa é irresistiblemente á hacer el mal, conociendo que lo es, y sin mas razon que porque no debe hacerlo: teoría desconsoladora que nosotros no podemos aceptar para el hombre cuya inteligencia está sana, persuadidos como estamos de que el hombre nunca obra el mal sino cuando se le presenta bajo la apariencia del bien. No podemos aceptar tampoco el dualismo del espíritu humano que en las mitologías persa é india hace del hombre un maniquí que unas veces obra á impulsos de Ormoz y Vichnon, genios del bien, y otras al de Ahriman y Siva, genios que presiden al mal.

Esta teoría, que encontramos en todas las mitologías asiáticas donde hubo de nacer, como dice Pelletan, de la contemplacion de los fenómenos grandiosos de la naturaleza en aquel clima, que ora se cubre en pocos dias de vejetacion lozana, ora se ve desolado por una inundacion; donde á la par del búfalo y del camello crecen el jaguar y el tigre; donde en las ondas sagradas del Ganges asoma de vez en cuando la cabeza escamosa de un cocodrilo para devorar al desgraciado sou-

dra que hace su ablucion: esta teoría, que no bien borrada por el cristianismo que vino á proclamar la soberanía esclusiva del bien, ha hecho que en los siglos oscuros y en las mentes poco cultivadas sea todavía Satan un ser casi tan poderoso como Jehová, no es admisible para el que comprende que el libre albedrío es el atributo grandioso que distingue á la conciencia humana; el corazon, rechaza indignado esta teoría, que convierte al hombre en un maniquí de la fatalidad deificada, y que al tiempo que destruye la libertad mata la resposabilidad, aplanando esas distancias inconmensurables que separan á la virtud del crímen, al bien del mal.

No admitimos la esplicacion, pero admitimos el hecho; admitimos esa tendencia á los goces dolorosos, *ærumnabilem voluptatem*, que siente á veces el espíritu, análogo á los apetitos desordenados, á las depravaciones del gusto que sufre la mujer en ciertos períodos de su vida. Tambien ha sabido Poé escitar esta cuerda, trasportar el ánimo del lector á atmósferas desconocidas, donde se respira otro aire y se perciben nuevas sensaciones morales, donde se nada en un océano de vago malestar y de melancolía inmensa; á ese mundo de las enfermedades nerviosas, de las *neuropathias*, cuyas estraordinarias mani-

festaciones estudia hoy la ciencia. Al leer el minucioso relato de la série de ideas que conducen á la concepcion del crímen, al ver la poderosa induccion, el severo análisis á que sujeta Poé fenómenos psicológicos de que nadie se habia dado cuenta, al estudiar con él esa patología del espíritu humano en sus mas estrañas aberraciones, se siente el ánimo sobrecogido como en una atmósfera envenenada por epidémicos miasmas, se sienten escalofrios al contemplar esa lógica que partiendo de la paradoja va de deduccion en deduccion á convencernos del absurdo, se siente el ánimo subyugado por la implacable fijeza de esa mirada moral, reverberante como la de un ojo sin párpados. La razon se pasea serena y certera, como los pasos del sonámbulo, por los bordes resbaladizos del delirio, el juicio recorre el campo neutral é indeterminado que separa la exaltacion del genio del paroxismo de la locura, y la meditacion razona á veces confundiéndose con una inofensiva monomanía. Los personajes que pone en escena están en armonía con lo anormal del mundo en que habitan; Bedloe y Morella, Wilson y Ligeia, pasan ante nuestra vista entreabriendo el manto de su misterio; todos ellos llevan en su rostro la palidez especial del cáncer, brilla en sus ojos la fiebre lenta

que los devora y marchan agoviados por el marasmo ó la consuncion dorsal, dejando caer en nuestros oidos las frases del subdelirio de su agonía. *El doble asesinato, la carta robada, el gato negro, el dominio de Arnheim* y en suma, la mayor parte de sus historias ó mejor episodios pertenecen á este género, menos instructivo que el que antes hemos analizado, pero mas conmovedor; á ese mundo desconocido de ideas y percepciones estraviadas cuyas puertas solo se abren ante las emanaciones embriagadoras del ópio, del cloroformo ó del haschisch.

IV.

Por los frutos se conoce el árbol: El estilo es el hombre: Axiomas son estos que hasta la saciedad se han repetido, pero nunca estará su exactitud mas comprobada que en el presente caso. El sello de lo contradictorio y lo estraordinario que reina en la obra, es tambien el sello peculiar y distintivo del genio de su autor, que marcó los dias de su existencia como las páginas de su libro, porque su vida fué un poema de genio y mise-

ria, de gloria y abyeccion, así como sus cuentos una mezcla de lógica y absurdo, de ciencia y de novela. Nació en Baltimore en 1813, y huérfano en Richmond, en edad muy temprana fue llevado á Inglaterra, recibiendo en Lóndres su educacion primera en casa del Dr. Bransby: volvió á América en 1822 á continuar sus estudios en Charlottesville, distinguiéndose entre todos sus compañeros; pero luego siente como Byron el irresistible deseo de tomar parte activa en la poética guerra de la emancipacion griega y marcha á alistarse en las banderas de Ypsilanti. Aquí hay un vacío en la historia de Poé, hasta que aparece en San Petersburgo comprometido en un mal negocio y obligado á reclamar su nacionalidad, para librarse del castigo y volver á su patria en 1829. Entra en la escuela militar de West-Point, pero su imaginacion empieza ya á correr desbordada: es espulsado y dá á luz su primera obra, un tomo de poesías. La miseria, sin embargo, le persigue tenaz y le lleva al estremo de tener que servir en clase de soldado, hasta que conquistando dos premios en un certámen poético, vuelve á la vida literaria. Se fundaba entonces en Richmond (Virginia) el *Southern litterary messenger*: Poé entró á ser su director literario, y supo crear y sostener

la notable prosperidad de esta revista: en ella aparecieron la *aventura de Hans Pfall*, y la mayor parte de sus cuentos, ademas de los artículos críticos; ganaba por todo esto 500 dollars anuales, y se casó entonces con su prima Virginia Clemm. Pero no tardó en separarse del propietario del periódico y desde entonces le vemos errante por los estados de la Union, escribiendo en todas partes y luchando en todas con la miseria, hasta que en esta lucha horrible sucumbe su esposa. Se decide entonces á dar *lecturas* de su poema cosmogónico *Eureka* y de esta manera vuelve á Virginia, y consigue escitar allí el entusiasmo de sus compatriotas, pero este era su postrer triunfo; cuando pensaba ya fijarse en los lugares donde habia pasado su infancia cuando la felicidad le sonreia, viene la muerte á sorprenderle, y de qué manera?

Su miseria ó sus dolores morales le habian llevado á buscar el olvido en la intemperancia, y por mas que ni aun en el genio sea perdonable el vicio, seános permitido al menos compadecer su desgracia: esta fatal pasion por las bebidas alcohólicas fue el sambenito que con el descrédito atrajo sobre él todas las miserias, y sin embargo no podia arrancarse de sus brazos, ni producir ya nada sin esta escitacion suicida, que le ponia

en el caso de atravesar ébrio las calles de New York mientras todo el mundo leia con emocion su artículo de la víspera. Así exacerbaba su imaginacion ya exaltada de suyo, y por eso su obra presenta ese carácter de singular estrañeza, que da desde luego á conocer que su cerebro, al pensar de esa manera, no estaba en un estado normal. Si grande fue la falta, grande fue tambien su expiacion, que no es posible quebrantar impunemente las leyes de la naturaleza, pues aquí el pecado lleva siempre consigo el gérmen de ineluctable penitencia. Al amanecer del domingo 7 de octubre de 1845 se encontró en las calles de Baltimore un hombre ébrio, casi un cadáver peor que un cadáver; era Poé presa del *delirium tremens*, enfermedad terrible que con la combustion espontánea es el lúgubre término de la intemperancia alcohólica. No queremos horrorizar á nuestros lectores con la descripcion de esa enfermedad; solo diremos que en la tarde del mismo dia, este genio que hoy aplaudimos murió en el hospital, á la edad de 37 años. Ahora comprendereis muy bien por qué sus obras no han podido menos de impregnarse de esa atmósfera de sufrimiento ignorado, que producen en el espíritu del hombre, que lleva en su cabeza la luz del genio y la inspiracion divina, esas luchas

oscuras y degradantes que un dia y otro dia tiene que sostener con las necesidades mas vulgares; ahora comprendereis dónde encontraba esas visiones estrañas, engendro mestizo de la exaltacion del genio y del alcohol reunidos; ahora comprendereis esa tendencia á gozarse en el dolor, propia del que como él llevaba siempre una pena horrible clavada en el alma, *velut spina in corde.*

Poé fue muy desgraciado en verdad, pero sin embargo creemos que no es justo su biógrafo M. Baudelaire (de quien tomamos todos estos datos), al inculpar por ello á la organizacion política del pais en que nació. No en la democrácia sino en la índole peculiar de su propio genio es donde debe buscarse el orígen de su desdicha. Si aquella atmósfera era para él irrespirable, no lo hubiera sido menos la de Europa, pues si bien es verdad que en los Estados unidos prepondera el desarrollo de los intereses materiales, y reina el mas glacial positivismo, tambien, por un estraño contraste, es allí donde nacen y crecen los mas atrevidos sistemas que puede engendrar una imaginacion delirante. ¿Dónde se han acojido con mas frenesí las maravillas del magnetismo? ¿No hay allí sectas de iluminados que se entregan con fervor á los toques espirituales en derredor de una mesa girato-

ria? ¿No ensaya allí Cabet su Icaria? ¿No predica allí Mistress Bloummer la emancipacion de su sexo, mientras los mormones, esos que se llaman *saints of last day* restablecen la poligámia? ¿Pues entonces, qué cargos podeis, dirigir á una sociedad que lleva su amor á la libertad del pensamiento hasta el punto de respetarle en sus mas lastimosas aberraciones? ¿Queréis mas bïen las pensiones y la degradante proteccion de un Luis XIV? Recordad la introduccion del Don Juan, y ved cuál trata allí Byron á Southey y á la *caterva* de los poetas laureados y pensionados, si acaso no estais convencidos de que no siempre en Europa eran esas pensiones la recompensa del mérito.

Hemos procurado describir la obra y el autor: examinadla ahora y juzgad. No la menosprecieis por su título; no temajs hallar nada en estas páginas que choque demasiado de frente con las escépticas preocupaciones de la época en que habeis nacido. Hay entre las HISTORIAS EXTRAORDINARIAS y los cuentos de brujas, la misma distancia que entre la física y la mágia negra, la química y la alkimia, el álgebra y la kábala. No viste Poé la túnica roja del nigromante, sino el frac de M. Hume: si ha de recorrer los espacios, tiene un Eolo en vez del dragon alado; no ilumina sus escenas

el siniestro fulgor de las llamas del Averno, sino la esplendente luz que producen las pilas de Bunsen: no habitan sus sibilas en tenebrosos antros, son las mesas giratorias de cualquier salon; y esos papeles que veis en sus manos, no son pergaminos cubiertos de diabólicos logogrifos, sino los últimos mapas hidrográficos que ha publicado el Almirantazgo.

De este hecho se desprende á nuestros ojos una reflexion muy consoladora, una prueba mas de las conquistas incesantes de la inteligencia humana y de los beneficios que á la civilizacion debemos. Es que ya la humanidad tiene medios de accion que antes se creian sobrenaturales, es que ya nos parece sencillo lo que fué maravilloso para nuestros abuelos, es que lo fantástico de entonces ha llegado hoy á ser real. Quién sabe si al leer algun dia nuestros nietos las leyendas de la *Travesía del Atlántico* y aun de la *Aventura de Hans Pfall*, se preguntarán con desdeñosa admiracion ¿qué tenia esto de *extraordinario?*

NICASIO LANDA.

SINGULAR AVENTURA

DE UN TAL

HANS PFALL.

I.

Con un corazon henchido
De mil caprichos estraños,
Con una lanza de fuego
Con un aéreo caballo,
Sin pesares, á través
De la inmensidad viajo.
(Cancion de Tom O'Bedlam.)

Segun las noticias mas recientes de Rotterdam, parece que esta ciudad se halla en un notable estado de efervescencia filosófica. En realidad se han visto allí fenómenos de un género tan completamente inesperado, tan enteramente nuevo, tan absolutamente en contradiccion con todas las opiniones emitidas hasta hoy que estoy por asegurar que antes de poco la Europa se ha de encontrar en el mayor desórden, la física en fermentacion, y la razon y la astronomía en completa discordancia.

Parece que el dia... del mes de.....(no recuerdo de fijo la fecha) una multitud inmensa estaba reunida, con objeto que no especifican, en la gran plaza de la Bolsa de la hermosa ciudad de Rotterdam. La estacion hacia que aquel dia estuviese muy caluroso: no corria un soplo de aire, y la muchedumbre no parecia descontenta de sentirse de vez en cuando mojada por la lluvia de algunos minutos que se desprendia de las vastas masas de nubes blancas abundantemente dispersas por la bóveda azul del firmamento.

A eso de las doce del dia se manifestó en la asamblea una ligera, pero notable agitacion, seguida del murmullo de diez mil lenguas; un minuto despues diez mil semblantes se dirigieron hácia el cielo, diez mil pipas bajaron desde el ángulo de diez mil bocas, y un grito que solo puede ser comparado al rugido del Niágara, resonó prolongada, alta y furiosamente en toda la ciudad y sus cercanías.

No tardó en descubrirse el orígen de este alboroto. Vióse desembocar y entrar en una de las lagunas de la estension azulada, del fondo de una de aquellas vastas masas de nubes de contornos vigorosamente definidos, un ser estraño, heterogéneo, de apariencia sólida, tan singularmente configurada, tan fantásticamente organizada, que la multitud de los buenos vecinos que lo miraban desde abajo, con tanta boca abierta, no podia absolutamente comprender nada, ni cansarse de admirarlo.

¿Qué podia ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam, ¿qué podia presagiar aquello? Nadie

lo sabia, nadie podia adivinarlo, nadie: ni el mismo burgomaestre Mynheer Superbus Van Underduk poseia la menor nocion que pudiera aclarar el misterio; de suerte que no sabiendo que hacer, todos los buenos ciudadanos de Rotterdam, como un solo hombre, volvieron sus pipas al ángulo de sus respectivas bocas, y sin perder de vista el fenómeno, empezaron de nuevo á echar humo, hicieron una pausa, se bambolearon á uno y otro lado, y refunfuñaron significativamente: volvieron á moverse en sentido contrario, refunfuñaron de nuevo, hicieron una pausa, y finalmente, empezaron á echar humo.

Sin embargo, veíase bajar, siempre en direccion á la bienaventurada ciudad de Rotterdam, el objeto de tan gran curiosidad y la causa de tanto humo. A los pocos minutos, el objeto llegó bastante cerca para poder ser distinguido exactamente. Parecia ser, ó por mejor decir, *era* indudablemente una especie de globo; pero á buen seguro que hasta entonces no habia visto Rotterdam globo que se le pareciera, pues ¿quién ha oido hablar nunca de globos, enteramente formados de periódicos grasientos? Ciertamente que nadie en Holanda, y sin embargo, á las mismas narices del pueblo, ó mas bien, un poco mas arriba de sus narices, aparecia el objeto en cuestion, el mismo objeto, fabricado, si no mienten las noticias, con esta materia en la cual nadie ha pensado nunca para semejante destino. Era un insulto enorme al buen sentido de los rotterdamenses.

En cuanto á la forma del fenómeno, era, si

cabe, mas reprensible; era nada menos que un gigantesco gorro de loco vuelto al revés. Y esta semejanza estuvo muy lejos de desaparecer, cuando al inspeccionarlo mas de cerca, vió la gente una enorme bellota que colgaba de la punta y en torno del borde superior ó de la base del cono una hilera de pequeños instrumentos que parecian campanillas de ovejas que tintirintineaban sin cesar la cancion de Betty Martin.

Pero aun habia otra cosa mas violenta: colgado por medio de cintas azules en el estremo de la fantástica máquina, balanceábase, á guisa de barquilla, un inmenso sombrero de castor gris americano, de alas superlativamente anchas, de copa hemisférica, con una cinta negra y una hebilla de plata. Cosa muy notable era esta, pues cualquier ciudadano de Rotterdam habria jurado que conocia aquel sombrero, y en verdad que toda la asamblea lo contemplaba con ojos familiares, mientras que la señora Grettel Pfall lanzaba al verlo un grito de alegría y de sorpresa, y declaraba que era positivamente el sombrero de su querido esposo. Esta circunstancia fue muy notable, por cuanto Pfall con tres compañeros habia desaparecido de Rotterdam, hacia cinco años, de una manera repentina é inesplicable, y hasta el momento en que empieza esta narracion todos los esfuerzos empleados para saber su paradero habian sido inútiles. Es verdad que habian sido descubiertos recientemente en un sitio retirado de la ciudad, al Este, algunos huesos que fueron tomados por huesos humanos, mezclados con un monton de escombros de estraño

aspecto, y algunos profanos hasta habian llegado á asegurar que habia debido cometerse un asesinato en aquel paraje, y que Hans Pfall y sus camaradas habian sido probablemente las víctimas. Pero volvamos á nuestra relacion.

El globo, pues decididamente era un globo, habia ya bajado hasta cien piés del suelo y mostraba distintamente á la muchedumbre el personaje que lo habitaba. Singular individuo, en verdad. Tenia unos dos piés de estatura, pero esto no le habria impedido perder el equilibrio y pasar por encima del borde de su pequeña barquilla, sin la intervencion de otro borde circular que le llegaba al pecho y estaba unido á las cuerdas del globo. El cuerpo del hombrecillo era voluminoso mas allá de toda proporcion, y daba al conjunto del individuo una apariencia de rotundidad muy absurda. Los piés, naturalmente, no se le veian. Sus manos eran monstruosamente grandes; llevaba el pelo gris echado atrás y reunido en cola; tenia la nariz prodigiosamente larga, engarabitada y purpúrea; los ojos llenos, brillantes y vivos; la barba y las mejillas, aunque arrugadas por la vejez, anchas, abotagadas, dobles; pero en ambos lados de la cabeza era imposible ver señal alguna de orejas.

El enano iba vestido con un paletó de raso de color azul celeste y unos calzones ajustados y cerrados en las rodillas por medio de un par de hebillas de plata. El chaleco era de tela amarilla y brillante; cubríale la cabeza un gorro de tafetan blanco inclinado con cierta coquetería y para completar este atavío, un tajido de color de escarlata ro-

deaba su cuello, que presentando un superlativo nudo, dejaba caer sobre el pecho sus pun'as pretensiosamente largas.

Habiendo bajado, como he dicho, á unos cien piés del suelo, el enano fue atacado repentinamente de un temblor nervioso, y pareció con pocos deseos de acercarse mas á la *tierra firme*. Echó una cantidad de arena de un saco de lienzo que levantó con mucho trabajo, y permaneció estacionario durante un momento. Entonces, con ademanes vivos y precipitados, sacó del bolsillo del paletó una gran cartera de cordoban. Pesóla detenidamente en la mano, la examinó con aire de estrema sorpresa, como si se admirara de su mucho peso: abrióla, sacó una enorme carta sellada con lacre encarnado, y rodeada de hilo del mismo color, y la dejó caer hasta los piés del burgomaestre Superbus Van Underduk.

Su excelencia se bajó á recogerla: pero el aereonauta, al parecer, siempre inquieto, y no teniendo que hacer nada mas en Rotterdam, empezó á prepararse para la marcha; y como para elevarse de nuevo le era preciso descargar una porcion de lastre, sin tomarse la molestia de vaciarlos, unos seis sacos que arrojó sucesivamente cayeron en las espaldas del desdichado burgomaestre y le tumbaron media docena de veces en presencia de todo el pueblo de Rotterdam.

No se vaya á suponer que el gran Underduk dejara pasar impunemente esta impertinencia del viejo hombrecillo; al contrario, á cada uno de sus seis tumbos arrojó seis bocanadas de humo distin-

tas y furiosas de su querida pipa, que retenia durante todo este tiempo con todas sus fuerzas, y que se propone guardar así, Dios mediante, hasta el dia de su muerte.

Entre tanto el globo se elevaba como una golondrina por encima de la ciudad, y acabó por desaparecér tranquilamente detrás de una nube semejante á aquella de que habia salido, perdiéndole de vista los buenos ciudadanos de Rotterdam.

Toda la atencion se dirigió entonces á la carta, cuya transmision, con los accidentes que la siguieron, en poco estuvo que no fuera fatal á la dignidad y á la persona de Su Excelencia Van Underduk. Este funcionario, sin embargo, no se habia olvidado durante sus movimientos giratorios de poner en seguridad el importante objeto, la carta, que segun el sobrescrito habia caido en manos legítimas, pues iba dirigida primeramente á él y luego al profesor Rudabud, en sus respectivas calidades de presidente y vice-presidente del colegio astronómico de Rotterdam. Fue, pues, abierta en seguida por estos dignatarios, y encontraron la muy estraordinaria é importantísima comunicacion siguiente:

A sus Excelencias Van Underduk y Rudabud, presidente y vice-presidente del Colegio astronómico de la ciudad de Rotterdam.

Vuestras Excelencias se acordarán quizá de un humilde artesano llamado Hans Pfall, remendon de fuelles, que desapareció de Rotterdam hace unos cinco años, con otros tres individuos de una ma-

nera que habrá sido considerada como inesplicable. Soy yo, el mismo Hams Pfall, con perdon de Vuestras Excelencias, el autor de esta comunicacion. Es notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos que he vivido por espacio de cuatro años en la casita que se encuentra á la entrada del callejon de *Saner Kraul*, y que allí vivia en el momento de mi desaparicion. Mis abuelos la han habitado desde tiempo inmemorial, y ejercieron como yo la muy respetable y muy lucrativa profesion de remendones de fuelles, pues, la verdad sea dicha, hasta estos últimos años, en que las cabezas de toda la poblacion se han puesto en lucha por la política, nunca industria mas fructífera ha sido ejercida por un honrado ciudadano de Rotterdam, y nadie era mas digno de ella que yo. Tenia crédito, los parroquianos abundaban, no me faltaba dinero y buena voluntad; pero, como ya he dicho, no tardamos en sentir los efectos de la libertad, de los grandes discursos, del radicalismo y de todas las drogas de esta especie. La gente, que hasta entonces se habia compuesto de buenos parroquianos, ya no podia disponer de un momento para pensar en nosotros; apenas le quedaba tiempo para aprender la historia de las revoluciones y seguir en su marcha la inteligencia y la idea del siglo. Si necesitaban soplar el fuego, se hacia un fuelle con un periódico: y á medida de que el gobierno se iba debilitando, adquirí la conviccion de que el cuero y el hierro se hacian cada vez mas indestructibles, y muy pronto no hubo en Rotterdam un solo fuelle que tuviese necesidad de ser remendado, ó que reclamara la asistencia del

martillo. Era un estado de cosas imposible, y no tardé en verme pobre como un raton, y como tenia mujer é hijos á quienes mantener, mi carga se me hizo inaguantable y comencé á reflexionar acerca del modo mas conveniente de quitarme la vida.

Sin embargo, mis pícaros acreedores no me dejaban meditar tranquilamente. Mi casa estaba literalmente bloqueada desde la mañana hasta la noche. Habia en particular tres tunantes que me atormentaban á mas no poder, estando contínuamente de centinela junto á la puerta y amenazándome siempre con la ley. Prometíme vengarme cruelmente de ellos en la primera ocasion que se me proporcionase, y creo que esta deliciosa esperanza fue lo único que me impidió llevar á cabo mi plan de suicidio, que era el de hacerme saltar la tapa de los sesos de un trabucazo. Con todo, consideré que era mejor disimular mi rabia y engañarles con promesas y buenas palabras, hasta que un feliz capricho de la fortuna me ofreciese ocasion de vengarme.

Un dia que habia logrado escaparme y que me sentia mas abatido que de costumbre, vagué durante mucho tiempo y sin objeto á través de las calles mas oscuras, hasta que tropezé con la tienda portátil de un vendedor de libros viejos. Encontrando á mano un sillon destinado á los parroquianos, me eché en él de mal humor, y sin saber por qué, abrí el primer volúmen que se me presentó. Era un cuaderno que trataba de astronomía especulativa, escrito por el profesor Encke, de Berlin, ó por un francés cuyo nombre se parecia mucho al

de este. Tenia algunas nociones de esta ciencia, y me encontré en breve tan absorto con la lectura del libro, que lo leí dos veces de un cabo á otro antes de volver al sentimiento de lo que pasaba en torno mio.

Como empezaba ya á anochecer, emprendí de nuevo el camino de mi casa; pero la lectura de aquel tratado (coincidiendo con un descubrimiento pneumático que me habia comunicado poco ántes un primo de Nantes, como un secreto de la mayor importancia) me habia impresionado de un modo indeleble, y atravesando las oscuras calles, repasé minuciosamente en mi memoria las reflexiones estrañas y á veces ininteligibles del autor. Habia algunos pasages que afectaron mi imaginacion de un modo estraordinario. A medida que pensaba en ellos, se hacia mas intenso el interes que habia escitado en mí. Mi educacion, por lo general muy limitada, mi especial ignorancia de los objetos relativos á la filosofía natural, lejos de quitarme la confianza en mi aptitud de comprender lo que habia leido, ó de inducirme á desconfiar de las nociones confusas y vagas que habian surgido naturalmente de mi lectura, se convertian en aguijon mas poderoso para mi espíritu, y yo era bastante vanidoso, ó quizás razonable, para preguntarme si esas ideas indigestas que brotan de las inteligencias poco arregladas contienen en sí, como aparentan, toda la fuerza, toda la realidad y las demás propiedades inherentes al instinto y á la intuicion.

Cuando llegué á mi casa era ya tarde, y me acosté inmediatamente; pero mi espíritu estaba de-

masiado ocupado para que yo pudiese dormir, y pasé toda la noche meditando. Me levanté temprano, y fui corriendo á la tienda del vendedor de libros viejos, donde empleé todo el dinero que me quedaba en comprar varios volúmenes de mecánica y astronomía prácticas. Los llevé á mi casa como un tesoro, y consagré á su lectura la mayor parte del tiempo, haciendo así en mis nuevos estudios rápidos progresos para poner en ejecucion un proyecto que me inspirara el diablo ó mi buen génio.

Entre tantó hice todos los esfuerzos por conciliarme los tres acreedores que tantos tormentos me habian causado, lo que conseguí finalmente vendiendo una parte considerable de mis muebles para satisfacer la mitad de sus reclamaciones, y prometiéndoles saldar la diferencia despues de la realizacion de un proyecto que me bullia en la cabeza, y para cuyo cumplimiento reclamé sus servicios. Gracias á estos medios, pues eran hombres muy ignorantes, me costó poco conseguir su ayuda.

Arregladas así las cosas, empecé, con el auxilio de mi mujer, con las mayores precauciones y en silencio, á disponer de los escasos bienes que me quedaban, y á realizar por medio de empréstitos y bajo diferentes pretestos una buena cantidad de dinero contante, sin pensar, confieso mi vergüenza, en los medios de reembolsarla.

Gracias á estos recursos, me procuré, comprándolos en diferentes ocasiones, algunas piezas de hermosa batista de doce yards cada una, bramante, barniz de cautchu, un vasto y profundo cesto de

mimbres que mandé hacer espresamente, y algunos otros artículos necesarios para la construccion y aprestos de un globo de estraordinarias dimensiones. Encargué á mi mujer que lo confeccionara lo mas pronto posible, y le dí todas las instrucciones necesarias para este fin.

Al mismo tiempo construí con bramante una red de suficiente dimension, adapté á ella un aro y cuerdas, y compré muchos instrumentos y materias necesarias para hacer esperimentos en las regiones mas elevadas de la atmósfera. Una noche transporte con cautela á un sitio retirado de Rotterdam cinco toneles y otro mayor que los primeros; seis tubos de hojadelata de tres pulgadas de diámetro y cuatro piés de largo, construidos *ad hoc*, una buena cantidad de cierta sustancia metálica ó semi-metálica que no nombraré, y una docena de botijones llenos de un ácido muy comun. El gas que debia resultar de esta combinacion, es un gas que hasta ahora yo solo he fabricado, ó cuando menos, no ha sido aplicado á semejante objeto. Todo cuanto puedo decir es que es una de las partes constituyentes del azoe, que ha sido considerado durante mucho tiempo como irreductible, y que su densidad es menor que la del hidrógeno unas treinta y siete veces y cuatro décimos. No tiene sabor, pero sí olor; arde, cuando es puro, con una llama verduzca, y ataca instantáneamente la vida animal. No tengo dificultad en descubrir el secreto, pero pertenece de derecho al citado ciudadano de Nantes en Francia, que me lo comunicó bajo condicion de reserva.

El mismo individuo me confió tambien, sin sos-

pechar mis intenciones, un procedimiento para fabricar los globos con cierto tejido animal que hace casi imposible la fuga del gas; pero este medio es muy dispendioso, y por otra parte la batista revestida de una capa de cautchu podia servir para los mismos efectos. Menciono esta circunstancia porque creo probable que el individuo en cuestion tratará de verificar, dentro de pocos dias, una ascension con el nuevo gas y la materia de que he hablado, y no quiero privarle del honor de un invento tan original.

En cada uno de los puntos que debia ser ocupado por uno de los toneles, abrí secretamente un pequeño hoyo, formando de este modo un círculo de veinte y cinco piés de diámetro para colocarlos todos. En el centro del círculo, que era el punto designado para el tonel mayor, abrí un hoyo mas profundo.

En cada uno de los cinco hoyos mas pequeños coloqué una caja de hojadelata que contenia cincuenta libras de pólvora, y en el mas grande otra con ciento cincuenta. Uní convenientemente las seis cajas por medio de regueros cubiertos, y habiendo metido en una de ellas el estremo de una mecha de cuatro piés de largo, llené el hoyo y coloqué el tonel encima, dejando asomar el otro estremo de la mecha de una pulgada fuera del tonel y de un modo casi invisible. Llené sucesivamente los demas hoyos, y coloqué los demas toneles en los puntos que les habia destinado.

Ademas de los artículos que he enumerado, transporté á mi depósito general y oculté uno de

los aparatos perfeccionados de Grimm para la condensacion del aire atmosférico; pero descubrí que esta máquina necesitaba algunas modificaciones para serme útil en el empleo á que la destinaba. Gracias á un trabajo obstinado y á una incesante perseverancia, llegué á obtener escelentes resultados en todos mis preparativos. Mi globo no tardó en estar completamente terminado: podia contener mas de cuarenta mil piés cúbicos de gas; podia remontar fácilmente, segun mis cálculos, á mí y á todos los aprestos, y gobernándole convenientemente, setenta y cinco libras de lastre ademas. Habia recibido tres capas de barniz, y vi que la batista reemplazaba perfectamente á la seda; era igualmente sólida y mucho mas barata.

Hallándome dispuesto á emprender el viaje, exigí á mi mujer que guardara el secreto sobre todas mis acciones desde el dia de mi primera visita á la tienda del vendedor de libros viejos, y la prometí estar de vuelta tan luego como las circunstancias me lo permitiesen. Le dí el poco dinero que me quedaba, y me despedí de ella. En realidad no me daba cuidado alguno; era lo que llama la gente un marimacho y podia arreglárselas sin mí. Creo, ademas, que me habia tenido siempre por un triste haragan, por un simple complemento de peso, por un hombre muy bueno para hacer castillos en el aire, y nada mas, y que no quedó descontenta de verse libre de mí. Era de noche cuando nos despedimos, y tomando conmigo, á guisa de ayudantes de campo, á los tres acreedores que tantos sinsabores me habian causado, llevamos el globo con su barquilla y demas

accesorios, por calles estraviadas, al paraje en que habia depositado los demas artículos. Los hallamos perfectamente intactos y puse en seguida manos á la obra. . . . .

Era el dia primero de abril. La noche estaba muy oscura; era imposible distinguir una sola estrella, y la espesa escarcha que á intervalos caia nos incomodaba mucho. Pero lo que me daba mas inquietud era que el globo, á pesar del barniz que lo pretegia, empezaba á volverse pesado por la humedad; y la pólvora podia tambien averiarse. Obligué, pues, á trabajar á mis tres compañeros, les hice amontonar hielo en torno del tonel central y agitar el ácido en los otros. A todo esto no cesaban de importunarme con preguntas para saber lo que queria hacer con todo aquel aparato, y manifestaban un vivo descontento por la terrible tarea á que los condené. No comprendian, segun se espresaban, qué buen resultado podia producir el dejarles mojar la piel únicamente para hacerles cómplices de tan abominable encantamiento. Empecé á sentirme algo inquieto y adelanté la obra con todas mis fuerzas, pues creo que aquellos idiotas se habian figurado que yo habia hecho pacto con el diablo, y me sobrecogió el temor de que me abandonasen. Procuré tranquilizarlos prometiéndo pagarles cuanto les debia tan luego como hubiese llevado á término mi designio. Naturalmente interpretaron mis palabras á su placer, y, figurándose sin duda que de todos modos iba á hacerme dueño de una inmensa cantidad de dinero contante y con tal de que los pagase la deuda, añadiendo á ella una can-

la remuneracion en consideracion á sus servicios, me atrevo á asegurar que les importaba un comino mi alma y mi cuerpo.

Despues de cuatro horas y media, me pareció que el globo estaba bastante henchido. Suspendí, pues, la barquilla, colocando en ella mi equipage, un telescopio, un barómetro con algunas modificaciones importantes, un termómetro, un electómetro, un compás, una brújula, un reloj, una campana, una bocina, etc , etc., como tambien un globo de cristal en el que habia hecho el vacío, y herméticamente cerrado, sin olvidar el aparato condensador, cal viva, lacre, abundante provision de agua, y una buena cantidad de víveres, tales como el *pemmican*, que contiene una enorme materia nutritiva comparativamente á su pequeño volúmen. Instalé tambien en la barquilla un par de pichones y una gata.

Iba á salir el sol, y pensé que ya era tiempo de efectuar mi partida. Dejé caer como por casualidad un cigarro encendido, y bajándome para recogerlo, puse fuego á la mecha cuyo estremo, como llevo dicho, asomaba al borde inferior de uno de los toneles.

Ejecuté esta maniobra sin ser visto por mis tres verdugos; de un salto me metí en la barquilla, corté inmediatamente la única cuerda que me retenia á la tierra, y noté con no poca dicha que me elevaba con inconcebible rapidez: el globo llevaba muy fácilmente sus ciento setenta y cinco libras de lastre y habria podido llevar otras tantas. Cuando dejé la

tierra, el borómetro marcaba treinta pulgadas, y el termómetro centígrado 17 grados.

Sin embargo, habia subido apenas á una altura de cincuenta grados, cuando llegó detras de mí, con un rugido espantoso un tan espeso torbellino de fuego y arena, de madera y metal inflamados, mezclados con miembros humanos destrozados, que sentí desfallecer mi corazon, y me hundí en el fondo de la barquilla, temblando de terror.

Entonces comprendí que habia cargado horriblemente la mina y que me faltaba esperimentar aun las principales consecuencias de la sacudida. Efectivamente, en menos de un segundo, sentí refluir mi sangre á las sienes, é inmediata, inopinadamente, una conmocion que no olvidaré mientras viva, estalló al través de las tinieblas, y pareció romper en dos mitades el mismo firmamento. Mas tarde, cuando tuve espacio para reflexionar, no dejé de atribuir la estrema violencia de la esplosion, relativamente á mí, á su verdadera causa; esto es, á mi posicion directamente encima de la mina y en la línea de su mas poderosa accion; pero en aquel momento solo pensé en salvar la vida. De pronto el globo se hundió; despues se dilató con furia; luego se puso á hacer piruetas con una violencia vertiginosa, y finalmente, vacilando y rodando como un borracho, me lanzó fuera de la barquilla, dejándome colgado cabeza abajo, á una espantosa altura, del estremo de una cuerda muy delgada de tres pies de largo que salia casualmente por un agujero inmediato al fondo del cesto de mimbres, y en la cual, en medio de mi caida se me enganchó pro-

videncialmente el pié izquierdo. Es imposible, absolutamente imposible, dar una idea cabal de lo horroroso de mi situacion. Abrí convulsivamente la boca para respirar; un calofrío semejante á un acceso de calentura sacudia todos los nervios y músculos de mi cuerpo, sentia saltarse los ojos de sus órbitas, una náusea horrible se apoderó de mí y acabé por desmayarme.

Me es imposible decir cuánto tiempo permanecí en este estado; sin embargo, hubo de pasar mucho rato, pues cuando recobré en parte el uso de los sentidos, ví que salia el sol. El globo se encontraba á una prodigiosa altura encima de la inmensidad del Océano, y en los límites de este vasto horizonte, tan lejos como podia estender la vista, no ví señales de tierra. Con todo, al volver en mí, mis sensaciones no eran tan dolorosas como hubiera debido esperar. Habia realmente mucha locura en la plácida contemplacion con que de pronto consideré mi situacion. Llevé sucesivamente ambas manos á los ojos, y me pregunté con asombro qué accidente podia haber henchido mis venas y ennegrecido tan horriblemente mis uñas. Despues examiné detenidamente mi cabeza, la sacudí varias veces, la palpé minuciosamente, hasta que me hube convencido de que no era, como habia creido, tan grande como un globo. En seguida, con la costumbre de un hombre que sabe dónde tiene los bolsillos, palpé los de mi pantalon, y observando que habia perdido mi libro de memorias y el mondadientes, traté de darme cuenta de su desaparicion, y no pudiendo conseguirlo, sentí un indecible pe-

sar. Parecióme entonces esperimentar un vivo dolor en la clavícula del pié izquierdo, y un oscuro conocimiento de mi situacion empezó á iluminar mi espíritu.

Pero no esperimenté asombro ni horror, y si sentí alguna emocion, fué una especie de deseo, pensando en los medios que necesitaba emplear para librarme de aquel singular peligro; y no hice de mi definitiva salvacion objeto de la duda de un segundo. Durante algunos minutos, quedé sumergido en la meditacion mas profunda. Recuerdo distintamente que cerré muchas veces los labios, que me llevé el dedo indice á la nariz, y que practiqué las gesticulaciones y gestos propios de las personas que instaladas tranquilamente en su sillon, meditan sobre materias embrolladas ó importantes.

Cuando creí haber reunido mis ideas, llevé con la mayor precaucion, con la deliberacion mas perfecta, las manos á la espalda, y desaté la fuerte hebilla de hierro de mi pantalon. La hebilla tenia tres dientes que como estaban henmohecidos giraban dificilmente sobre su eje. Con mucho trabajo y paciencia los puse en ángulo recto con el cuerpo de la hebilla y observé que se mantenian firmes en su posicion. Teniendo en las manos esta especie de instrumento, empecé á deshacer el nudo de mi corbata. Mas de una vez antes de conseguirlo, tuve que descansar; pero al fin logré mi intento. Sujeté la hebilla á uno de los estremos de la corbata, y para mayor seguridad, até el otro estremo al rededor de mi puño. Luego, levantando

el cuerpo con toda mi fuerza muscular, conseguí echar la hebilla por encima de la barquilla y engancharla, como habia esperado, en el borde circular del cesto de mimbres.

Mi cuerpo formaba entonces con la pared de la barquilla un ángulo de unos 45 grados; pero no se crea que yo me hallaba á cuarenta y cinco grados debajo de la perpendicular, lejos de esto, me hallaba en un plano casi paralelo al nivel del horizonte, pues la nueva posicion que habia conquistado produjo el afecto de echar otro tanto el fondo de la barquilla, y por consiguiente, mi posicion era de las mas peligrosas.

Pero supóngase que al ser echado de la barquilla hubiese caido de cara al globo, en vez de tenerla en sentido contrario, como la tenia, ó en segundo lugar, que la cuerda en la cual me habia enganchado el pié hubiese colgado del borde superior en vez de pasar por una abertura del fondo, y será fácil convencerse de que en ambas hipótesis me habria sido imposible realizar semejante milagro, y las presentes revelaciones se habrian perdido para la posteridad. Tenia, pues, muchos motivos para bendecir el acaso; pero me sentia tan anonadado, que no sabia que hacer, y permanecí suspendido durante un cuarto de hora en aquella estraordinaria posicion, sin tentar de nuevo el mas ligero esfuerzo, perdido en una calma particular y una tranquilidad idiota. Pero esta disposicion de mi ser no tardó en disiparse haciendo lugar á un sentimiento de horror, de espanto y desesperacion. La sangre acumulada durante mucho tiempo en la ca-

beza y en la garganta, y que hasta allí me produjera un saludable delirio, cuya accion suplia á la energía, empezaba de nuevo á refluir y á recobrar su nivel, y el discernimiento que me devolvia, aumentando la percepcion del peligro, solo me servia para privarme de la serenidad y del valor necesarios para arrostrarlo. Felizmente esta debilidad duró poco. La energía de la desesperacion vino en mi ayuda, y con gritos y esfuerzos frenéticos lancéme convulsivamente varias veces con una sacudida general, hasta que por fin agarrándome al deseado borde con las uñas mas apretadas que un tornillo, retorcí el cuerpo por encima y caí de cabeza y jadeante en el fondo de la barquilla.

Solo despues de pasado un buen rato fue cuando me sentí en disposicion de ocuparme del globo; lo examiné detenidamente y ví con no poca alegría que no habia sufrido avería alguna. Los instrumentos estaban sanos y salvos, y no habia perdido ni lastre ni provisiones. A la verdad, yo los habia sujetado tan bien en su sitio, que semejante accidente no era probable Miré mi relój; señalaba las seis. Continué subiendo rápidamente y el barómetro me daba entonces una altura de tres millas y tres cuartos. Debajo de mí se veia en el Océano un pequeño objeto negro, de figura ligeramente prolongada, á poca diferencia del tamaño de una ficha de dominó. Miréle con el telescópio y ví claramente que era un navío inglés de noventa y cuatro cañones, arfando pesadamente en el mar y haciendo rumbo al oeste-sur-oeste. A escepcion del navío, no vi mas que el

Océano, el cielo y el sol que hacia algun tiempo que habia salido.

—Ya es hora de que esplique á Vuestras escelencias el objeto de mi viaje. Vuestras escelencias recordarán que mi situacion deplorable en Rotterdam me habia llevado á la resolucion de suicidarme. No sentia disgusto por la vida; pero me veia agobiado á mas no poder por las miserias accidentales de mi posicion. En esta disposicion de espíritu deseaba vivir aun, y sin embargo, cansado de la vida, el tratado que leí en la tienda del vendedor de libros viejos, apoyado por el oportuno descubrimiento de mi primo de Nantes, ofreció un recurso á mi imaginacion. Tomé un partido decisivo: resolví partir, pero vivir; dejar el mundo, pero continuar mi existencia; en breves palabras, sin pensar en peligros, abrirme, si podia, un camino hasta la luna.

—Ahora, para que no se me crea mas loco de lo que soy, voy á esponer, lo mejor que pueda, las consideraciones que me movieron á creer que una empresa de esta naturaleza, aunque difícil y llena de peligros, no se hallaba para un espíritu atrevido situada mas allá de los límites de lo posible.

Lo primero que debia considerarse era la distancia positiva de la luna á la tierra. Ahora bien, la distancia media ó aproximativa entre los centros de estos dos planetas es cincuenta y nueve veces, mas una fraccion, el rayo ecuatorial de la tierra, ó unas 237000 millas. Digo la distancia media ó aproximativa; pero es fácil concebir que siendo la forma de la órbita lunar de una escentricidad que no baje

de 0,05484 de su semigrande eje, y ocupando el centro de la tierra el foco de esta elipse, si podia conseguir encontrar la luna en su perigeo, la distancia evaluada mas arriba seria mucho menor. Pero dejando á un lado esta hipótesis, era positivo que en todo caso habia de deducir de las 237.000 millas al radio de la tierra, esto es, 4000, y el radio de la luna, esto es, 1080 total 5080 y que de este modo solo me quedaba que atravesar una distancia aproximativa de 231.920 millas. Me pareció que este espacio no era muy estraordinario. Se han hecho en la tierra muchas veces viajes de una celeridad de 60 millas por hora, y hay fundadas razones para creer que se llegará á una velocidad mayor; pero contentándome con la rapidez de que hablaba, necesitaba 161 dias para llegar á la luna.

Habia muchas circunstancias que me inducian á creer que la rapidez aproximativa de mi viaje seria mucho mayor que la de sesenta millas por hora; y como estas consideraciones produjeron en mi una profunda impresion, las esplicaré mas ámpliamente á continuacion.

El segundo punto que me tocó examinar fué de otra importancia. Segun las indicaciones que ofrece el barómetro, sabemos que al elevarnos, sobre la superficie de la tierra, á una altura de 1000 piés, dejamos debajo de nosotros unos 30 de la masa atmosférica; que á 10.600 piés llegamos casi á una tercera parte; y que á 18.000, que es casi la altura del Cotopaxi, hemos traspasado la mitad de la parte ponderable del aire que rodea nuestro globo. Se

ha calculado tambien que á una altura que no esceda de la centésima parte del diámetro terrestre, esto es, á 80 millas, el enrarecimiento debia ser tal, que la vida animal no podia subsistir, y ademas, que los medios mas sutiles que poseemos para hacer constar la presencia de la atmósfera, no daban resultado alguno. Pero no dejé de observar que estos últimos cálculos estaban basados únicamente sobre nuestro conocimiento esperimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen su dilatacion y compresion en lo que puede llamarse, hablando comparativamente, proximidad inmediata de la tierra. Al propio tiempo, se considera como cierto que á cualquier distancia dada, pero inaccesible, de su superficie, la vida animal es y debe ser esencialmente incapaz de modificacion. Ahora bien, todo razonamiento de este género, y segun semejantes datos, debe ser puramente analógico. La mayor altura á que el hombre ha podido llegar es de 25000 piés: me refiero á la espedicion aérea de los señores Gay-Lussac y Biot. Es una mediana altura, aun comparada con las 80 millas referidas, y no podia menos de pensar que la cuestion daba lugar á la duda y una grande latitud á las conjeturas.

Suponiendo una ascension verificada á cualquier altura dada, la cantidad de aire ponderable atravesada en todo período ulterior de la ascension no está en proporcion con la altura adicional adquirida, como puede verse por lo que se ha anunciado precedentemente, sino en razon siempre decreciente. Es, pues, evidente que elevándonos á la mayor altura posible, no podemos, literalmente hablando,

llegar á un límite mas allá del cual la atmósfera cese absolutamente de existir. *Debe existir*, me dije en consecuencia, aunque es cierto que *puede* existir en un estado de enrarecimiento infinito.

Sabia, por otra parte, que no faltan argumentos para probar que existe un límite real y determinado de la atmósfera, mas allá del cual no hay absolutamente aire respirable; pero los que opinan por este límite han omitido una circunstancia que parecia, no una refutacion perentoria de su doctrina, sino un punto digno de séria investigacion. Comparemos los intervalos entre las vueltas sucesivas del cometa de Encke á su perielio, teniendo cuenta de todas las perturbaciones debidas á la atraccion planetaria, y veremos que los períodos disminuyen gradualmente, esto es, que el grande eje de la elipse del cometa va siempre acortándose en una proporcion lenta, pero perfectamente regular. Este es precisamente el caso que ha de tener lugar, si suponemos que el cometa sufre una resistencia por el hecho de un medio etéreo escesivamente enrarecido que penetra las regiones de su órbita, pues es evidente que semejante medio debe, retardando la rapidez del cometa, acrecer su fuerza centrípeta y debilitar su fuerza centrífuga. En otros términos, la atraccion del sol se haría mas y mas poderosa, y el cometa se acercaria mas á cada revolucion. Verdaderamente no hay otro medio para esplicar esta variacion.

Pero hé aquí otro hecho: se observa que el diámetro real de la parte nebulosa de este mismo cometa se contrae rápidamente á medida que se acer-

ca al sol, y se dilata con la misma rapidez cuando parte de nuevo hácia su afelio. ¿No tenia, pues, alguna razon para suponer con M. Valz que esta aparente condensacion de volúmen tomaba orígen de la compresion del medio etéreo de que acabo de hablar, y cuya densidad está en proporcion de la proximidad del sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular y que llaman luz zodiacal era tambien un punto digno de atencion. Esta luz, tan visible bajo los trópicos, y que es imposible tomar por una luz meteórica, se eleva oblícuamente del horizonte y sigue generalmente la línea del ecuador del sol. Me parecia que provenia de una atmósfera enrarecida estendida desde el sol hasta mas allá de la órbita de Venus cuando menos, y á mi modo de ver, indefinidamente mas lejos. No podia suponer que este medio estuviera limitado por la línea que recorre el cometa, ó que tuviese su confin en la vecindad inmediata del sol. No podia tampoco imaginar que invadiera todas las regiones de nuestro sistema planetario, condensado en torno de los planetas en lo que llamamos atmósfera, y quizás modificado en algunos por circunstancias puramente geológicas; esto es, modificado ó variado en sus proporciones, ó en su naturaleza esencial por las materias volatilizadas procedentes de sus respectivos globos.

Considerada la cuestion bajo este punto de vista, no debia vacilar suponiendo que á mi paso encontrase una atmósfera esencialmente semejante á la que rodea la superficie de la tierra: pensé que por medio del ingeniosísimo aparato de M. Grimm, po-

dria condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiracion, quedando así vencido el principal obstáculo de un viaje á la luna. Habia empleado algun dinero y mucho trabajo para adoptar el aparato del objeto que me proponia, y tenia mucha confianza en su aplicacion, con tal de poder hacer el viaje en poco tiempo, lo cual me hace volver á la cuestion de la rapidez posible.

Todo el mundo sabe que los globos se elevan en su primer período ascensional con una velocidad comparativamente moderada. Luego la fuerza de suspension consiste únicamente en el peso del aire ambiente con relacion al gas del globo, y á primera vista no parece del todo probable ni verosímil que el globo, á medida que gana en elevacion y llega sucesivamente á capas atmosféricas de una densidad decreciente, pueda ganar en rapidez y acelerar su primitiva velocidad.

Por otra parte, no recordaba que en ninguna reseña de anteriores esperimentos se hubiera hecho constar una disminucion aparente en la rapidez absoluta de la sucesion, aunque tal habria podido ser el caso, en razon de la huida del gás al través de un globo mal confeccionado y revestido generalmente de un barniz insuficiente, ó por cualquiera otra causa. Me parecia, pues, que el efecto de esta pérdida podia solamente equilibrar la aceleracion adquirida por el globo á medida que se alejaba del centro de gravitacion. Esto me hizo considerar que como encontrase en mi travesía el medio que habia imaginado, y con tal de que fuese de la misma esencia que lo que llamamos aire at-

mosférico, importaba relativamente muy poco que encontrara á tal ó cual grado de enrarecimiento; esto es, relativamente á mi fuerza ascensional; pues no solo el gas del globo seria sometido al mismo enrarecimiento (y en este caso me bastaba dejar escapar una cantidad proporcional de gas para evitar una esplosion), sino que por la naturaleza de sus partes integrantes debia en todo caso ser siempre específicamente mas ligero que un cualquiera compuesto de puro ázoe y de oxígeno. Habia, pues, una especie de probabilidad de que en ningun período de mi ascension llegase á un punto en que los diferentes pesos reunidos de mi inmenso globo, del gas inconcebiblemente enrarecido que encerraba, de la barquilla y de su contenido pudiesen igualar el peso de la masa de atmósfera ambiente desocupada; y se concibe fácilmente que era la única condicion que pudiese detener mi fuga ascensional. Ademas, si no podia llegar á aquel punto imaginario, me quedaba la facultad de hacer uso del lastre y de otros pesos que formaban un total de trescientas libras.

Al mismo tiempo la fuerza centripeta debia siempre decrecer en razon del cuadrado de las distancias, y por consiguiente debia, con una celeridad prodigiosamente rápida, llegar á aquellas lejanas regiones en que la fuerza atractiva de la luna fuese sustituida por la de la tierra.

Habia otra dificultad que no dejaba de causarme inquietud. Se ha observado que en las ascensiones llevadas á una altura considerable, ademas de la molestia en la respiracion, se esperimentaba una

inmensa incomodidad en la cabeza y en el resto del cuerpo, acompañada muchas veces de pérdidas de sangre por la nariz, y otros síntomas bastante alarmantes, y que se hacia mas insoportable á medida que se iba subiendo (1). Esta era una consideracion que no dejaba de asustarme. ¿No era probable que estos síntomas aumentarian hasta terminar por la muerte? Despues de una profunda reflexion, me dije que nó. Era preciso buscar su origen en la desaparicion progresiva de la presion atmosférica, á la cual está acostumbrada la superficie de nuestro cuerpo, y en la dilatacion inevitable de los vasos sanguíneos superficiales, y no en una desorganizacion positiva del sistema animal, como en el caso de dificultad de respiracion, en la que la densidad atmosférica, es químicamente escasa para la renovacion regular de la sangre en un ventrículo del corazon.

A escepcion del caso en que esta renovacion no pudiese conseguirse, no veia razon para que la vida no subsistiese en el mismo vacío, pues la espansion y la comprension del pecho, llamada comunmente respiracion, es una accion puramente muscular; es la causa y no el efecto de la respiracion. En una palabra, concebí que acostumbrándose el cuerpo á la ausencia de presion atmosférica, esas sensaciones dolorosas debian disminuir gradual-

(1) M. Green y otros aereonautas aseguran que la tal incomodidad va decreciendo á medida que el globo se eleva, lo que está conforme con la teoría presentada aquí.

(Nota del autor.)

mente, y para soportarlas en tanto que duráran, confiaba en mi constitucion de hierro.

He espuesto algunas de las consideraciones, no todas, que me movieron á proyectar un viaje á la luna. Ahora, con permiso de vuestras escelencias, paso á manifestar el resultado de una tentativa cuya concepcion parece tan audaz y que no tiene igual en los anales de la humanidad.

Habiendo llegado á la referida altura, esto es, á tres millas tres cuartos, eché fuera de la barquilla una cantidad de plumas, y vi que subia rápidamente, y que no tenia necesidad de arrojar lastre. Me alegré mucho de ello, pues deseaba guardar todo el lastre que pudiese llevar conmigo, por la sencilla razon de que no tenia datos positivos acerca del poder de atraccion y de la densidad atmosférica de la luna. No esperimentaba ningun malestar físico, respiraba con perfecta libertad y no sentia dolor de cabeza. La gata se hallaba solemnemente acostada sobre la levita que yo me habia quitado y miraba á los palomos con aire indiferente. Estos, que estaban atados por las patas para que no se echaran á volar, parecian muy ocupados en picotear unos granos de arroz que habian dispersado en el fondo de la barquilla.

A las seis y veinte minutos, el barómetro daba una elevacion de 26,400 piés ó cinco millas y una fraccion. La perspectiva parecia carecer de límites. Nada mas fácil que calcular por medio de la trigonometría esférica la estension de superficie terrestre que mi vista abarcaba. La superficie convexa de un segmento de esfera es á la superficie entera

de la esfera, lo que el seno verso del segmento es al diámetro de la esfera. Ahora bien, en mi caso, el seno verso, esto es, el espesor del segmento situado debajo de mí era con poca diferencia igual á mi elevacion, ó á la elevacion del punto de vista encima de la superficie.

La proporcion de 5 á 8 millas espresaria, pues, la estension de la superficie que yo abarcaba, esto es, veia la diez y seis centésima parte de la superficie total del globo. El mar estaba liso como un espejo, á pesar de que con el telescópio descubria que se hallaba violentamente agitado. El navío habia desaparecido; al parecer, habia derivado hácia el Este. Desde entonces empecé á sentir á intervalos un fuerte dolor de cabeza; pero seguia respirando libremente. La gata y los palomos parecian no esperimentar molestia alguna.

A las siete menos veinte minutos, el globo entró en la region de una grande y densa nube que me molestó mucho, el aparato condensador se echó á perder y me mojé hasta los huesos. A fé mia que fué un singular encuentro, pues nunca hubiera creido que una nube semejante pudiese sostenerse á tan grande elevacion. Arrojé dos pedazos de lastre de cinco libras cada uno, quedándome aun ciento sesenta y cinco libras de lastre, y gracias á esta operacion, atravesé muy rápidamente el obstáculo y observé en seguida que habia ganado prodigiosamente en celeridad. Pocos segundos despues de haber salido de la nube, un rayo deslumbrador la atravesó de un estremo á otro y la encendió en toda su estension, dándole el aspecto de una masa

de carbon ardiendo. No se olvide que esto sucedia en pleno dia. No hay pensamiento que pueda describir la sublimidad de semejante fenómeno desplegándose en las tinieblas de la noche: era una exacta copia del invierno. Cuando le ví, se me erizaron los cabellos: sin embargo, hundí la mirada en aquellos abismos abiertos, mi imaginacion se paseó por debajo de aquellas estrañas é inmensas bóvedas, bajó á las encendidas simas y á los abismos rojos y siniestros de un fuego horroroso é insondable. De buena habia escapado. Si el globo tarda un minuto mas en salir de la nube, esto es, si la incomodidad que yo esperimentaba no me habiera determinado á arrojar lastre, la consecuencia podia haber sido mi destruccion y lo habria sido probablemente. Peligros semejantes, por mas que sean desatendidos, son quizás los mayores que se corren yendo en un globo. Entretando habia llegado á una altura bastante considerable para no temer los efectos del fenómeno.

Me elevaba entonces muy rápidamente, y á las siete el barómetro daba una altura que no bajaba de nueve millas y media. Empezé á esperimentar una gran dificultad en la respiracion. La cabeza me dolia mucho, y habiendo sentido poco despues humedad en las mejillas, descubrí que era sangre que me salia de las orejas. Temia en estremo por los ojos; llevé á ellos las manos y me pareció que estaban fuera de sus órbitas en grado considerable, y todos los objetos contenidos en la barquilla y el mismo globo se me presentaba bajo una forma falaz y monstruosa. Estos síntomas sobrepujaron á los que

me esperaban y me causaban no poca alarma. Entonces imprudentemente y sin reflexionar arrojé tres pedazos de lastre de cinco libras cada uno. La rapidez de la ascension me trasladó á una capa de atmósfera muy enrarecida lo que presajiaba, un resultado fatal para mi espedicion y para mí mismo. Sobrecogióme un pasmo que me duró mas de cinco minutos, y cuando hubo cesado en parte, me sucedió que solo podia respirar á intervalos y de una manera convulsiva; echando copiosamente sangre por las narices, por las orejas y tambien, aunque muy poco, por los ojos. Los pichones parecian hallarse en una escesiva agonía y pugnaban por escaparse, en tanto que la gata maullaba lamentablemente tambaleándose aquí y allá al través de la barquilla como bajo la influencia de un veneno.

Entonces descubrí la inmensa imprudencia que habia cometido arrojando lastre, y mi turbacion fué estrema. Aguardaba nada menos que la muerte, y la muerte dentro de breves instantes. El padecimiento físico que sentia contribuia á dejarme casi incapaz de hacer un esfuerzo para salvar la vida. Apenas me quedaba la facultad de reflexionar, y la violencia de mi dolor de cabeza parecia aumentar de minuto en minuto. Entonces vi que iba á perder el sentido, y habia ya empuñado una de las cuerdas de la válvula, cuando el recuerdo de la mala pasada que habia jugado á los otros acreedores, y el temor de las consecuencias que podian acogerme á mi vuelta, me horrorizaron y detuvieron mi mano. Acostéme en el fondo de la barquilla y traté de

reunir mis facultades, lo que conseguido en parte, resolví darme una sangría.

Como nó tenia bisturí, me ví obligado á echar mano de un cortaplumas, con cuya hoja me abrí una vena del brazo izquierdo. Apenas la sangre hubo empezado á correr, cuando esperimenté un notable alivio, y despues de haber perdido poco mas ó menos la cantidad de una media cubeta de regular dimension, la mayor parte de los síntomas mas peligrosos habian desaparecido enteramente. No obstante, creí que no era prudente ponerme inmediatamente en pié, y permanecí inmóvil durante un cuarto de hora. Pasado este tiempo, me levanté, y me sentí mas libre, mas desembarazado de toda especie de malestar de lo que lo habia estado por espacio de cinco cuartos de hora.

Como la facultad de respiracion habia disminuido muy poco, pensé que no tardaria en verme en la necesidad urgente de acudir al condensador. Al mismo tiempo miré á la gata que se habia reinstalado encima de mi levita, y vi con grande sorpresa que habia considerado oportuno, durante mi indisposicion, dar á luz cinco gatitos. A fé mia que no esperaba este suplemento de pasajeros; pero la aventura no dejó de gustarme, pues me proporcionaba ocasion para verificar una conjetura que mas que otra ninguna me habia decidido á intentar aquella ascension.

Habia imaginado que el *hábito* de la presion del aire atmosférico en la superficie de la tierra era causa en gran parte de los dolores que atacan la vida animal á cierta distancia encima de la superfi-

cie. Si los gatitos esperimentaban malestar en igual grado que su madre, debia considerar mi teoría como falsa; pero podia considerar el uso contrario como una escelente confirmacion de mi idea.

A las ocho habia llegado á una elevacion de diez y siete millas; así fué que me pareció que mi rapidez ascensional no solo aumentaba, sino que este aumento habria sido ligeramente sensible, aun en el caso de que no hubiese echado lastre como habia hecho. Los dolores de cabeza y de los oidos se dejaban sentir por intérvalos con violencia, y de vez en cuando volvia á echar sangre por las narices; pero padecia mucho menos de lo que habia creido. Sin embargo, de minuto en minuto la respiracion se hacia mas difícil y cada aspiracion iba seguida de un movimiento espasmódico del pecho. Entonces desplegué el aparato condensador con intento de hacerlo funcionar inmediatamente.

El aspecto de la tierra en este período de mi ascension era verdaderamente magnífico. Al oeste, al norte, y al sur, tan lejos como penetraba mi mirada, se estendia una ilimitada sábana de mar en apariencia inmóvil, que de segundo en segundo tomaba un color azul mas profundo. A una vasta distancia hácia el oeste se veian muy distintamente las islas británicas, las costas occidentales de Francia y de España, como tambien una pequeña porcion de la parte norte del continente africano. Era imposible descubrir una huella de los edificios particulares, y las mas orgullosas ciudades de la humanidad habian desaparecido de la haz de la tierra.

Lo que particularmente me maravilló en el aspecto de las cosas situadas debajo de mí, fué la concavidad aparente de la superficie del globo terráqueo. Pensaba neciamente que veria su convexidad real manifestarse mas distintamente á proporcion que yo me elevase; pero bastáronme algunos momentos de reflexion para esplicarme esta contradiccion. Una línea bajada perpendicularmente sobre la tierra desde el punto en que me encontraba habria formado la perpendicular de un triángulo rectángulo cuya base se hubiera estendido del ángulo recto al horizonte y la hipotenusa desde el horizonte al punto ocupado por mi globo. Pero la elevacion en que me hallaba no era nada ó casi nada comparativamente á la estension abarcada por mi mirada; en otros términos, la base y la hipotenusa del supuesto triángulo eran tan largos, comparados con la perpendicular, que casi podian ser consideradas como dos líneas casi paralelas. De este modo el horizonte del aereonauta se le aparece siempre al nivel de su barquilla; pero como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece y está en efecto á una inmensa distancia, naturalmente se le aparece tambien á una inmensa distancia debajo del horizonte. De aquí la impresion de concavidad; y esta impresion durará hasta que la elevacion se encuentre relativamente á la estension de la perspectiva en una proporcion tal, que el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa desaparezca.

¡Como parecia que los palomos padecian horriblemente, determiné darles la libertad: empezé por desatar uno de ellos y lo dejé en el borde de la bar-

quilla. Parecia no sentirse bien, miraba ansiosamente en torno suyo, batia las alas, dejaba oir un arrullo muy acentuado; pero no podia decidirse á abandonar la barquilla Lo cogí y lo eché á unas seis yardas lejos del globo; pero lejos de descender, como habia creido, hizo vehementes esfuerzos por volver al globo, lanzando al mismo tiempo agudos y penetrantes gritos. Por fin consiguió reconquistar su primera posicion en el borde del cesto: pero apenas se hubo posado, cuando inclinó la cabeza y cayó muerto en el fondo de la barquilla. El otro no tuvo tan deplorable suerte, pues para evitar que siguiera el ejemplo de su compañero y que volviera al globo, le precipité hácia la tierra con todas mis fuerzas, y ví con placer que continuaba bajando con mucha velocidad, sirviéndose muy fácilmente de las alas y de un modo del todo natural. En muy poco tiempo le perdí de vista, y no dudo que llegaria á buen puerto. Por lo que hace á la gata, que al parecer se hallaba repuesta de su crísis, se regalaba con el pichon muerto, y acabó por dormirse con todas las apariencias del mayor contento. Los gatitos estaban perfectamente vivos y no manifestaban síntoma alguno de malestar.

A las ocho y cuarto, no pudiendo respirar mucho tiempo sin un dolor intolerable, empecé inmediatamente á ajustar al rededor de la barquilla el aparato agregado al condensador. Este aparato requiere algunas esplicaciones, y vuestras escelencias recordarán que mi objeto en primer lugar era el de encerrarme enteramente con la barquilla, levantando una barricada contra la atmósfera muy

enrarecida en el seno de la cual existia, é introducir al interior por medio del condensador una cantidad de aquella misma atmósfera condensada: lo bastante para las necesidades de la respiracion.

A este fin habia preparado un vasto saco de cautchuc muy flexible, muy sólido, absolutamente impermeable. Toda la barquilla se encontraba colocada en el saco cuyas dimensiones habian sido enlazadas, esto es, pasaba por debajo del fondo de la barquilla, estendiéndose por encima de los bordes y subia esteriormente á lo largo de las cuerdas hasta el aro al cual iba unida la red.

Habiendo desplegado y cerrado el saco por todos lados, faltaba sujetar la parte alta á la abertura del saco, haciendo pasar el tejido de cautchuc por encima del aro, ó en otros términos, entre la red y el aro; pero si quitaba la red del aro para hacer pasar el tejido, ¿cómo podia sostenerse la barquilla? Como la red no estaba atada al aro de un modo permanente, sino sujeta por una série de cuerdas movibles ó nudos corredizos, desaté algunas de estas cuerdas á un tiempo, y dejé la barquilla suspendida de las otras. Habiendo hecho pasar lo que pude de la parte superior del saco, até otra vez las cuerdas, no al aro, pues lo impedia la interposicion del tejido de cautchuc, sino á una série de grandes botones cosidos en el mismo tejido, á unos tres piés debajo de la abertura del saco, correspondiendo los espacios de los botones á los de las cuerdas. Hecho esto, desaté del aro algunas otras cuerdas, hice pasar otra porcion del saco, y las cuerdas desatadas fueron sujetas á su vez á sus respectivos

botones. De este modo conseguí introducir toda la parte superior del saco entre la red y el aro.

Es evidente que desde entonces el aro habia de caer en la barquilla, sosteniéndose únicamente por la fuerza de los botones la barquilla y todo su contenido. A primera vista, este sistema no podia presentar una garantía suficiente; pero no habia razon alguna para desconfiar de él, pues no solo los botones eran sólidos, sino que se hallaban tan cerca los unos de los otros, que cada uno no sostenia mas que una muy pequeña parte del peso total. Aun cuando la barquilla y su contenido hubiesen pesado tres veces mas, no me habria dado el menor cuidado. Entonces volví á levantar el aro á lo largo del saco, y lo apuntalé por medio de tres pértigas delgadas preparadas para este objeto. De este modo el saco quedaba estendido convenientemente por lo alto y mantenia la parte inferior de la red en la posicion deseada. Solo me faltaba anudar la abertura del saco, lo que verifiqué fácilmente reuniendo los pligues del tejido, y retorciéndolos juntos por medio de una especie de molinete.

A los lados del saco desplegado en torno de la barquilla habia mandado adoptar tres cristales redondos muy espesos, pero muy claros, á través de los cuales podia ver fácilmente á mi alrededor en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que formaba el fondo habia una cuarta ventana análoga, correspondiendo á una abertura practicada en el fondo de la misma barqu lla, por la cual podia mirar perpendicularmente debajo de mi; pero me habia sido imposible abrir otra ventana

encima de mi cabeza, á causa del modo particular como estaba cerrada la abertura y de los numerosos pliegues que resultaban de ello, por cuya razon tuve que renunciar á ver los objetos situados en mi zénit. Poco importante era esto; pues aun cuando hubiese podido abrir una ventana encima de mí, el globo se habria opuesto á mi vista impidiéndome hacer uso de ella.

A cosa de un pié debajo de una de las ventanas laterales habia una abertura circular de tres pulgadas de diámetro con un reborde de cobre que se adaptaba al espiral de una rosca. En aquel reborde se enroscaba el ancho tubo del condensador, hallándose el cuerpo de la máquina colocado en la cámara de cautchuc. Haciendo el vacío en el cuerpo de la máquina, se atraia hácia el tubo una masa de atmósfera ambiente enrarecida, que de este estado pasababa al de condensado y se mezclaba con el aire sutíl contenido en la cámara. Esta operacion, repetida muchas veces, acababa por llenar la cámara de una atmósfera suficiente para las necesidades de la respiracion; pero en un espacio tan estrecho como este, debia necesariamente al cabo de poco tiempo viciarse y hacerse impropia para la vida por su repetido contacto con los pulmones. Entonces era arrojada por una válvula colocada en el fondo de la barquilla, precipitándose prontamente el aire denso en la atmósfera enrarecida. Para evitar el inconveniente de un vacío total en la cámara, la purificacion no debia nunca efectuarse de una sola vez, sino gradualmente, dejando abierta la válvula durante algunos segundos, y volviéndola

á cerrar hasta que uno ó dos golpes de la bomba del condensador hubiesen suministrado con qué reemplazar la atmófera espulsada. Llevado de mi aficion á los esperimentos, habia colocado la gata y sus hijuelos en un cestito, suspendiéndolos fuera de la barquilla por medio de un boton cosido cerca del fondo é inmediato á la válvula, al través de la cual podia darles alimento cuando lo creia conveniente.

Hice esta maniobra antes de cerrar la abertura de la cámara, y no sin dificultad, pues me fue preciso para llegar al fondo esterior de la barquilla servirme de una de las pértigas que tenia un gancho. En cuanto el aire condensado hubo penetrado en la cámara, el aro y las pértigas se hicieron inútiles, pues la espansion de la atmósfera incluida, estendió poderosamente el cautchuc.

Cuando hube llenado la cámara de aire condensado, eran las nueve menos diez minutos. Durante el tiempo que duraron estas operaciones, la dificultad de respirar me hizo padecer horriblemente, y me arrepentia amargamente del descuido, ó mas bien de la increible imprudencia de que me habia hecho culpable, aplazando para el último momento una operacion de tan alta importancia.

Pero cuando hube determinado, empecé á recoger, y prontamente, los beneficios de mi invencion. Respiraba de nuevo con una comodidad y libertad perfectas, y no podia ser de otro modo, lo cual hizo que me sintiera muy aliviado de los vivos dolores que hasta entonces me afligieran. Un ligero dolor de cabeza, acompañado de una sensacion de plenitud

ó de dilatacion en las muñecas, clavijas y garganta era lo único que me incomodaba. Era, pues, positivo que una gran parte del malestar proveniente de la desaparicion de la presion atmosférica se habia desvanecido del todo, y casi todos los dolores que habia sentido durante las dos últimas horas, debian ser atribuidos únicamente á los efectos de una respiracion escasa.

A las nueve menos veinte minutos, esto es, poco tiempo antes de haber cerrado la aberturra de la cámara, el mercurio habia llegado á su último límite y habia vuelto á caer en la cubeta del boró-metro, que, como ya he dicho, era de vasta dimension. Daba entonces una altura de 132,000 piés ó de 25 millas, y por consiguiente mi mirada abarcaba en aquel momento la 320 parte de la superficie total de la tiera. A las nueve habia vuelto á perder de vista la tierra en el este; pero no antes de notar que el globo se dirigia rápidamente hácia el norte-noroeste. El Occéano seguia guardando debajo de mí su apariencia de concavidad; pero mi vista era interceptada muchas veces por las masas de nubes que flotaban á uno y otro lado.

A las nueve y media hice de nuevo el esperimento de las plumas, echando un puñado de ellas por la bálvula. Como ya me esperaba, no dieron vueltas, sino que cayeron perpendicularmente, en masa, como una bola, y con tal velocidad que á los pocos momentos las habia perdido de vista. De pronto no supe qué pensar de este fenómeno estraordinario; no podia creer que mi rapidez ascensional se hubiese acelerado tan repentina y prodigiosamente; pero

no tardé en reflexionar que la atmósfera estaba entonces tan enrarecida que ni plumas podia sostener, que caian realmente, como me habia parecido, con escesiva rapidez, y que habia sido sorprendido por la celeridad de su caida combinada con la de mi ascension.

A las diez me encontré con que nada me faltaba que hacer y que nada reclamaba mi inmediata atencion. Mis negocios iban viento en popa, y estaba convencido de que el globo subia con una rapidez cada vez mayor, si bien carecia yo de medios para apreciar esta progresion de celeridad. No sentia molestia alguna, y hasta disfrutaba de un bienestar que no habia aun conocido desde mi salida de Rotterdam. Ya me ocupaba en examinar el estado de mis instrumentos, ya en renovar la atmósfera de la cámara. En cuanto á este último punto, resolví ocuparme de él á intervalos de cuarenta minutos, mas bien para asegurar completamente mi salud, que por absoluta necesidad. A pesar de todo, no podia menos de hacer mil conjeturas; mi pensamiento se refocilaba con las estrañas y quiméricas regiones de la luna; libre mi imaginacion, vagaba por entre las multiformes maravillas de un planeta tenebroso y cambiante: Ya eran bosques canos y venerables, precipicios peñascosos y sonantes cascadas que se estrellaban en simas sin fondo; ya llegaba de repente á pacíficas soledades inundadas por el sol de mediodia, en las cuales nunca se introducia el viento del cielo, y en donde se estendian hasta perderse de vista vastas praderas de amapolas y largas flores en-

lazadas, parecidas á lises, silenciosas é inmóviles por toda la eternidad. Luego viajaba y viajaba, acabando por penetrar en una comarca que no era mas que un lago tenebroso y vago, con una frontera de nubes. Estas imágenes no eran las únicas que tomaban posesion de mi cerebro, pues á veces horrores de naturaleza mas negra, mas horrible, introducíanse en mi espíritu y con la simple hipótesis de su posibilidad estremecian las últimas profundidades de mi alma. Sin embargo, no podia permitir que mi pensamiento se entorpeciera mucho tiempo en semejantes contemplaciones, pues los peligros reales y palpables de mi viaje bastaban para absorber toda mi atencion.

A las cinco de la tarde, hallándome ocupado en renovar la atmósfera de la cámara, aproveché la ocasion para observar la gata y sus hijuelos al través de la bálvula. La gata parecia padecer mucho, y no dudé que era preciso atribuirlo á la dificultad de respirar; pero mi esperimento relativo á los gatitos habia tenido un resultado de los mas estraños. Naturalmente esperaba verlos en un estado de padecimiento inferior al de su madre, y esto habria bastado para confirmar mi opinion respecto del hábito de la presion atmosférica; pero no creia encontrarlos, despues de un exámen, gozando de perfecta salud y sin manifestar síntoma alguno de malestar. No podia esplicarme esto, sino estendiendo mi teoría, y suponiendo que la atmósfera ambiente altamente enrarecida podia ser muy bien, contraria á la opinion que en un principio adoptara como positiva, esto es, no ser químicamente incapa

para las funciones vitales, y hacer que una persona nacida en una region muy elevada de la atmósfera pudiera no esperimentar incomodidad alguna en la respiracion, mientras que dirigida hácia las capas mas densas é inmediatas á la tierra, sentiria indudablemente dolores análogos á los que á mí me habian atacado poco antes. Motivo de disgusto fue para mí que un desdichado accidente me privara de mi familia de gatos arrebatándome el medio de profundizar esta cuestion por un esperimento contínuo. Al pasar la mano por la bálvula con una taza llena de agua para los gatos, la manga de la camisa se enganchó con el boton que sostenia el cestito y lo desprendió. Aun cuando el cesto se hubiera evaporado de repente en el aire, no habria desaparecido á mis ojos de un modo mas instantáneo. De seguro que no pasó la décima parte de un segundo entre el momento en que el cesto se desenganchó y el en que desapareció completamente con todo su contenido. Mi sentimiento los acompañó hácia la tierra; pero no creo que la gata y sus hijos hayan sobrevivido para poder contar su odisea.

A las seis observé que una gran parte de la superficie de la tierra, hácia el este, estaba sumergida en una espesa sombra que se adelantaba incesantemente con mucha rapidez; y á las siete menos cinco minutos toda la superficie visible quedó envuelta en las tinieblas de la noche. Algunos momentos despues los rayos del sol poniente cesaron de iluminar mi globo, y esta circunstancia que esperaba no dejó de causarme un placer inmenso.

No me quedaba duda de que á la mañana siguiente contemplaria el cuerpo luminoso á su salida muchas horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, por mas que se hallaran mucho mas lejos que yo al este, y que de este modo, de dia en dia, á medida que me remontara en la atmósfera, disfrutaria de la luz del sol durante un período cada vez mas largo. Entonces resolví redactar un diario de mi viaje, contando los días de veinte y cuatro horas consecutivas, sin cuidarme de los intervalos de tinieblas.

A las diez, sintiéndome asaltado por el sueño, resolví acostarme; pero aquí se me presentó una dificultad que, aunque muy natural, habia escapado hasta aquel momento á mi atencion. Si me echaba á dormir como intentaba, ¿quién renovaria el aire de la cámara durante este intervalo? Respirar aquella atmósfera mas de una hora era absolutamente imposible, y de respirarlo por espacio de hora y cuarto, podian resultar las mas deplorables consecuencias. Esta cruel alternativa me causó la mayor inquietud, y apenas se creerá que despues de los peligros que habia vencido, la cosa se me presentó tan grave que desesperé de conseguir mi objeto y me resigné á la necesidad de un descenso; pero esta resignacion duró un momento no mas.

Reflexioné que el hombre es el esclavo mas perfecto de la costumbre, y que mil casos de la rutina de su existencia son considerados como esencialmente importantes, cuando no son tales, sino porque el hombre hace de ellos necesidades de rutina. Era positivo que no podia dejar de dormir; pero

podia acostumbrarme á despertarme sin inconveniente á cada hora durante el tiempo consagrado á mi reposo. Solo necesitaba cinco minutos para renovar completamente la atmósfera, y la única dificultad real consistia en inventar un medio para despertarme en el momento necesario. Problema era este que, lo confieso, me embarazaba en estremo.

Es verdad que habia oido hablar del estudiante que para no dormirse sobre sus libros, tenia en la mano una bala de cobre cuya caida resonando en una vasija del mismo metal, que estaba al lado de la silla, servia para despertarle sobresaltado cuando el sueño le habia vencido; pero yo me encontraba en un caso muy diferente del suyo, que no me permitia adoptar esta idea, pues no deseaba estar despierto, sino despertarme á intervalos iguales. Despues de haber discurrido mucho, me ocurrió el siguiente medio, que, á pesar de su sencillez, fue saludado por mí, al encontrarlo, como una invencion absolutamente comparable con la del telescópio, las máquinas de vapor y la misma imprenta.

Es necesario advertir que el globo, á la altura á que habia llegado, seguia subiendo en línea recta con una perfecta regularidad, y que la barquilla le seguia sin esperimentar la oscilacion mas ligera. En la ejecucion del plan que habia adoptado, esta circunstancia me favoreció mucho. Mi provision de agua habia sido embarcada en barriles que estaban amarrados sólidamente en el interior de la barquilla. Aparté uno de los barriles, y tomando dos cuerdas, las até fuertemente en el borde del cesto,

de modo que atravesaran la barquilla paralelamente y á la distancia de un pié una de otra, formando así una especie de estante sobre el cual coloqué el barril, sujetándolo en una posicion horizontal.

Como á ocho pulgadas debajo de estas cuerdas y á cuatro piés del fondo de la barquilla, fijé otro estante, pero de una plancha delgada, única de esta naturaleza que tenia á mi disposicion, y encima de él, y debajo de uno de los bordes del barril, coloqué un cantarito de vidriado.

En seguida abrí un agujero en el fondo del barril, encima del cántaro, y hundí y retiré mas ó menos en el agujero una clavija cortada en forma de cono, hasta que el agua del barril, filtrando por el agujèro y cayendo en el cántaro, lo llenase completamente en un intervalo de sesenta minutos. En cuanto á esto, me fue fácil asegurarme de ello en poco tiempo, observando hasta qué punto se llenaba el cántaro en un período dado. Debidamente arreglado todo esto, lo demas se adivina.

Mi cama estaba dispuesta en el fondo de la barquilla, de modo que cuando me hallaba acostado, tenia la cabeza inmediatamente debajo de la boca del cántaro. Era evidente que al cabo de una hora el cantaro lleno habia de rebosar, cayendo el agua por la boca que se hallaba algo mas baja que el nivel del borde. No lo era menos que cayendo el agua desde una altura de mas de cuatro piés debia hacerlo sobre mi cara, dando por resultado un despertamiento instantáneo, por mas profundamente que durmiera yo.

Serian las once cuando terminé toda esta instala-

cion, y me acosté inmediatamente, lleno de confianza en la eficacia de mi invencion, y no me engañé. Cada sesenta minutos fui despertado puntualmente por mi fiel cronómetro; vaciaba el contenido del cántaro por el agujero superior del barril, hacia funcionar el condensador y me acostaba otra vez. Estas interrupciones regulares en mi sueño me cansaron menos de lo que esperaba, y cuando me levanté para no volver á acostarme, eran las siete y el sol se habia ya elevado algunos grados sobre la línea de mi horizonte.

Dia 3 de abril.—Encontré que el globo habia llegado é una inmensa altura, y que la convexidad de la tierra se manifestaba de un modo sorprendente. Debajo de mí, en el Océano, se veia un semillero de puntos negros que debian ser indudablemente islas. Sobre mi cabeza el cielo era de un negro de azabache, y las estrellas visibles y esplendentes; en realidad desde el primer dia de mi ascension se me habian aparecido siempre así. Muy lejos hácia el norte, ví en el horizonte una línea ó una banda estrecha, blanca y escesivamente brillante, y supuse inmediatamente que debia de ser el límite sur del mar de los hielos polares. Esto me movió en estremo la curiosidad, pues abrigaba esperanzas de adelantarme mucho mas hácia el norte, y de encontrarme directamente sobre el mismo polo. Entonces deploré que la enorme altura á que me hallaba me impidiese hacer un exámen tan positivo como habria deseado; pero aun podia observarlo.

Durante este dia no me sucedió nada de estraor-

dinario: el aparato funcionaba muy regularmente, y el globo seguia elevándose sin vacilacion aparente. El frio era intenso y me obligaba á envolverme con el paletó. Cuando las tinieblas cubrieron la tierra, me acosté, por mas que me quedaran aun algunas horas de sol. Mi reloj hidráulico cumplia puntualmente su deber, y dormí profundamente hasta la mañana siguiente, salvo las interrupciones periódicas.

Dia 4 de abril.—Me he levantado sin novedad y de buen humor, y he quedado muy sorprendido del cambio particular sobrevenido en el aspecto del mar. Este habia perdido en gran parte su color azul, que hasta entonces conservara, y aparecia de un blanco gris y con un brillo que deslumbraba. La convexidad del Océano se manifestaba tan clara que la masa de sus aguas lejanas parecia precipitarse al abismo del horizonte, y apliqué el oido como procurando oir los ecos de la poderosa catarata.

Las islas ya no eran visibles, ó porque habian pasado detrás del horizonte hácia el sudoeste, ó porque mi creciente elevacion me las habia hecho perder de vista; opinion que creo mas fundada. Al norte, la banda de hielo se hacia cada vez mas aparente. El frio habia perdido mucho de su intensidad. Tampoco me sucedió cosa importante y pasé el dia leyendo, pues no me habia olvidado de proveerme de libros.

Dia 5 de abril.—He contemplado el singular fenómeno de la salida del sol, mientras que casi toda la superficie de la tierra estaba aun envuelta en ti-

nieblas. Sin embargo, la luz empezó á derramarse sobre todas las cosas, y volví á ver la línea de hielos al norte, pero mucho mas distinta y parecia de un color mas súbito que las aguas del Océano. Indudablemente me acercaba á ella con grande rapidez. Se me figuró que distinguia una faja de tierra hácia el este, y otra hácia el oeste; pero me fue imposible asegurarme de ello. Temperatura moderada. Tampoco me sucedió nada de particular. Me acosté muy temprano.

Dia 6 de abril.—Me ha sorprendido encontrar la faja de hielo á una distancia muy escasa, y un inmenso campo de hie'os, estendiéndose al horizonte hácia el norte. Era evidente que si el globo conservaba su actual direccion, debia llegar muy pronto encima del Océano boreal, y esto aumentaba mi esperanza de ver el polo. Durante todo el dia continué acercándome á los hielos.

Al llegar la noche, los límites de mi horizonte se ensancharon súbita y muy sensiblemente, debido sin duda alguna á la figura de nuestro planeta que es la de una esferóide aplastada, y á que yo llegaba encima de las regiones achatadas inmediatas al círculo ártico. Mas tarde, cuando las tinieblas me rodearon, me acosté con mucha ansiedad, temiendo pasar por encima del objeto de tan grande curiosidad sin poderlo observar á mis anchas.

Dia 7 de abril.—Levantéme muy temprano y con indecible alegría contemplé lo que no vacilé en considerar como el mismo polo Norte. Allí estaba, directamente á mis piés; pero me encontraba á tan considerable altura que nada podia ver claramente.

A juzgar por la progresion de los guarismos que indican mis diferentes alturas en varios momentos, desde el dia 2 de abril, á las seis de la mañana, hasta las nueve menos veinte minutos de la misma mañana (momento en que el mercurio del barómetro volvió á caer en la cubeta), habia fundamento para suponer que el globo debia, el dia 7 de abril, á las cuatro de la mañana, haber llegado á una altura á lo menos de 7254 millas sobre el nivel del mar. Esta elevacion puede parecer enorme; pero la apreciacion sobre que estaba basada producia muy probablemente un resultado muy inferior á la realidad. En todo caso, tenia indudablemente á la vista la totalidad del diámetro mayor de la tierra; todo el hemisferio Norte se estendia debajo de mí como un mapa, y el mismo gran círculo del Ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. Vuestras escelencias comprenderán oficialmente que las regiones hasta ahora inesplorables y combinadas á los límites del círculo ártico, aunque situadas directamente debajo de mí, y vistas por consiguiente sin ninguna apariencia de escorzo, se hallaban á una distancia demasiado grande del punto de observacion para admitir un detenido exámen.

No obstante, lo que veia era de una naturaleza singular y de mucho interés. Al norte de aquella inmensa faja de que he hablado, y que puede definirse, salvo una ligera restriccion, el límite de la esploracion humana en aquellas regiones, continúa estendiéndose sin interrupcion, ó casi sin interrupcion, una sábana de hielo. Desde su principio la

superficie de aquel mar de hielo se hunde sensiblemente; mas lejos es deprimido hasta parecer plano, y finalmente, se presenta singularmente cóncavo, y termina en el mismo polo en una cavidad central circular cuyos bordes se distinguen, y cuyo diámetro aparente era entonces, relativamente á mi globo, el de un ángulo de unos sesenta y cinco segundos; el color era oscuro, variando de intensidad, siempre mas sombrío que ningun punto del hemisferio visible, y llegando á veces hasta un negro perfecto. Mas allá era imposible descubrir cosa alguna. A las doce del dia la circunferencia de aquel agujero central habia disminuido sensiblemente, y á las siete de la tarde le habia perdido de vista enteramente; el globo pasaba hácia el borde oeste de los hielos y se elevaba rápidamente en la direccion del Ecuador.

Dia 8 de abril.—He observado una sensible diminucion en el diámetro aparente de la tierra, sin hablar de una alteracion positiva en su color y general aspecto. Toda la superficie visible participaba entonces, en diferentes grados, del tinte amarillo pálido, y en algunos puntos se habia revestido de un brillo casi doloroso para los ojos. Mi vista estaba muy mortificada por la densidad de la atmósfera y los amontonamientos de nubes inmediatas á la superficie, y á duras penas podia de vez en cuando distinguir el planeta por entre aquellas masas. Desde las últimas cuarenta y ocho horas aquellos obstáculos se habian opuesto á mis miradas; pero mi actual elevacion, que era escesiva, acercaba y confundia las masas flotantes de nubes,

y el inconveniente se hizo cada vez mas sensible á medida que yo subia. Sin embargo, percibia fácilmente que el globo pasaba por sobre el grupo de grandes lagos del Norte América, y corria rectamente hasta el sur, lo que debia llevarme muy pronto hácia los trópicos.

„Esta circunstancia no dejó de causarme la mas sensible satisfaccion, y la saludé como buen presagio de mi éxito final. En realidad la direccion que hasta entonces tomara me habia llenado de inquietud, pues era evidente que á haberla seguido mucho tiempo mas, nunca habria podido llegar á la luna, cuya órbita no está inclinada sobre la elíptica sino por un pequeño ángulo de 5 grados 8 minutos 48 segundos. Por estraño que pudiese parecerme, solo en aquel período tardío fue cuando empecé á comprender la gran falta que habia cometido no efectuando mi partida desde algun punto terrestre situado en el plano de la elipse lunar.

Dia 9 de abril.—Hoy el diámetro de la tierra es mucho menor, y la superficie toma de hora en hora un tinte amarillo mas pronunciado. El globo se ha dirigido siempre hácia el sur, y á las nueve de la noche ha llegado encima del lado norte del golfo de Méjico.

Dia 10 de abril.—He sido despertado de mi sueño á eso de las cinco de la mañana por un gran ruido, por un terrible crujido cuya causa no me he podido esplicar. Ha sido de corta duracion; pero mientras ha durado, no se parecia á ningun ruido terrestre, cuya impresion recordara yo. Es inútil

decir que me alarmé, pues al principio atribuí el ruido á un desgarron del globo; pero examiné todo el aparato con mucha atencion, y no descubrí avería alguna. He pasado la mayor parte del dia pensando en este accidente tan estraordinario; pero nada he encontrado que me satisfaga. Me he acostado muy descontento y en un estado de agitacion y ansiedad escesivas.

Dia 11 *de abril.*—He hallado una diminucion sensible en el diámetro aparente de la tierra, y un acrecentamiento considerable, observable por vez primera, en el de la luna, que se hallaba á algunos dias de su lleno. Tarea muy larga y muy penosa fue entonces para mí la de condensar en la cámara una cantidad de aire atmosférico suficiente para la conservacion de la vida.

Dia 12 *de abril.*—Un cambio particular se ha verificado en la direccion del globo que, si bien lo esperaba, me ha causado el mas vivo placer. En su primera direccion habia llegado al vigésimo paralelo de la latitud sur, y de repente se ha dirigido hácia el este, en ángulo agudo, y ha seguido este camino durante todo el dia, manteniéndose poco mas ó menos, si no absolutamente, en el plan exacto de la elipse lunar. Lo que era digno de atencion es que este cambio de direccion ocasionaba una oscilacion muy sensible de la barquilla, oscilacion que ha durado mas ó menos horas, á un grado mas ó menos vivo.

Dia 13 *de abril.*—Me ha alarmado de nuevo la repeticion del grande ruido del crujido que me llenó de terror el dia 10. He pasado mucho tiempo

pensando en este particular, pero me ha sido imposible obtener una conclusion satisfactoria. Gran decrecimiento en el diámetro aparente de la tierra. Ya no formaba, relativamente á mi globo, mas que un ángulo de 25 grados á corta diferencia. En cuanto á la luna, me era imposible verla; se hallaba casi en mi zenit. Andaba siempre en el plano de la elipse, pero hacia pocos progresos hácia el este.

Dia 14 de abril.—Disminucion escesivamente rápida en el diámetro de la tierra. Hoy he sido fuertemente impresionado por la idea de que el globo corria por la línea de los ábsides remontándose hácia el perigeo, ó en otros términos, que seguia directamente el camino que debia conducirle á la luna ó á la parte de su órbita mas inmediata á la tierra. La luna se hallaba encima de mi cabeza, y por consiguiente oculta á mi vista. Sigue costándome mucho trabajo la condensacion de la atmósfera.

Dia 15 de abril.—Ya no podia distinguir claramente en el planeta los contornos de los continentes y de los mares. Hácia el mediodía me ha sobresaltado por tercera vez el ruido horroroso de que he hecho mencion; pero esta vez duró algunos momentos y tomó intensidad. Finalmente, estupefacto, transido de terror, esperaba ansiosamente una espantosa destruccion, cuando la barquilla osciló con escesiva violencia, y una masa de materia que no tuve tiempo de distinguir pasó por el lado del globo; gigantesca é inflamada, rojiza y retumbante como la voz de mil truenos. Cuando mis terrores y mi asombro hubieron disminuido un poco, supuse naturalmente que debia ser algun enorme fragmento

volcánico vomitado por aquel mundo á que me acercaba tan rápidamente, y segun toda probabilidad, un pedazo de esas sustancias particulares que á veces se recogen en la tierra y que se llaman aerólitos, á falta de otro nombre mas preciso.

Dia 16 de abril—Mirando hoy debajo de mí, por ambas ventanas laterales, he visto con mucha satisfaccion una pequeña porcion del disco lunar que se adelantaba, por decirlo así, por todos lados, mas allá de la vasta circunferencia de mi globo. Mi agitacion fue en aumento, pues ya no dudaba de llegar muy pronto al punto de mi peligroso viaje.

El trabajo que exigia entonces el condensador habia aumentado hasta mas no poder. Ya no me acordaba de dormir. Me habia puesto realmente enfermo y me sentia desfallecer. La naturaleza humana no podia soportar por mucho tiempo semejante intensidad en el padecimiento. Durante el intervalo de las tinieblas, muy corto entonces, una piedra meteórica pasó de nuevo junto al globo, y la frecuencia de estos fenómenos empezó á infundirme la mayor inquietud.

Dia 17 de abril.—Esta mañana ha hecho época en mi viaje. Se recordará que el dia 13 la tierra formaba relativamente á mi globo un ángulo de 25 grados. El dia 14 este ángulo habia disminuido mucho: el 15 observé una diminucion todavía mas rápida, y el 16, antes de acostarme, aprecié el ángulo en 7 grados y 15 minutos. Figurénse, pues, cuál habia de ser mi asombro, cuando al despertarme esta mañana, y saliendo de un sueño corto y penoso, ví que la superficie planetaria colocada de-

bajo de mí habia tan inopinada y tan horriblemente aumentado de volúmen, que su diámetro aparente presentaba un ángulo de unos 39 grados. Quedé aterrado. La palabra no puede dar una idea exacta del horror estremo, absoluto, y del estupor de que me sentí poseido. Tembláronme las rodillas, castañetearon mis dientes, sentí erizárseme los cabellos.—¡El globo se ha destrozado! Tal fue la primera idea que se precipitó á mi espíritu. ¡El globo se ha roto!—Caigo; caigo con la rapidez mas impetuosa é incomparable. A juzgar por el inmenso espacio tan rápidamente recorrido, debo encontrar la superficie de la tierra dentro de diez minutos; dentro de diez minutos seré precipitado.

Pero la reflexion vino en mi ayuda. Hice una pausa, medité y empecé á dudar. Mi idea era imposible; sí, no era posible que yo hubiese bajado tan rápidamente. Por otra parte, aun cuando me acercase á la superficie situada debajo de mí, mi rapidez real de ningun modo estaba en relacion con la espantosa velocidad que al principio habia creido.

Esta consideracion calmó eficazmente la perturbacion de mis ideas, y conseguí finalmente contemplar el fenómeno bajo su verdadero punto de vista. Era preciso que el asombro me hubiese privado del ejercicio de los sentidos para no ver la inmensa diferencia que existia entre el aspecto de aquella superficie colocada debajo de mí y el de mi planeta natal. Este último se hallaba encima de mi cabeza y completamente oculto por el globo, al paso que la luna, la misma luna en toda su gloria, se estendia debajo de mí, la tenia bajo mis piés.

El asombro y el estupor producidos en mi espíritu por este estraordinario cambio en la situacion de las cosas eran quizás lo que habia en mi aventura de mas asombroso é inesplicable. Este trastorno era no solo natural é inevitable, sino que hacia mucho tiempo que lo habia previsto como una consecuencia muy sencilla, como una consecuencia que debia verificarse á mi llegada al punto exacto de mi curso, en que la atraccion del planeta fuese reemplazada por la atraccion del satélite, ó en términos mas precisos, cuando la gravitacion del globo hácia la tierra fuese menos poderosa que la gravitacion hácia la luna. . . . .

Es verdad que salia de un profundo sueño, que mis sentidos estaban aun turbados, cuando me encontré de repente delante de un fenómeno de los mas sorprendentes, de un fenómeno que esperaba, pero que no esperaba en aquel momento. . . . .

La revolucion debia haberse verificado naturalmente, del modo mas suave y graduado, y no es menos cierto que aun cuando me hubiese hallado despierto en el momento en que se obró habria esperimentado el desórden, habria sentido algun síntoma interior de la inversion, esto es, una incomodidad, un desarreglo, ya en mi persona, ya en el aparato. . . . .

Es casi inútil decir que volviendo al sentimiento justo de mi situacion, y saliendo del terror que absorviera todos las facultades de mi alma, atendí únicamente á la contemplacion del aspecto general de la luna. Desarrollábase debajo de mi como un mapa, y aunque creia que se hallaba aun á una

distancia bastante considerable, las asperezas de su superficie se dibujaban á mis ojos con una limpieza muy singular, de la que no puedo darme cuenta. La ausencia completa de Océano, de mar, y aun de todo lago y rio, me sorprendió á la primera mirada, como el signo mas estraordinario de su condicion geológica.

Sin embargo, cosa estraña, veia vastas regiones planas, de un carácter positivamente alluvial, si bien la mayor parte del hemisferio visible estaba cubierto de innumerables montañas volcánicas en figura de conos, y que tenian mas bien el aspecto de eminencias trabajadas por el arte que producidas por la naturaleza. La mas alta de ellas no escedia tres millas y tres cuartos en elevacion perpendicular. Un mapa de las regiones volcánicas de los *Campi Phlegræi* daria á vuestras escelencias una idea mejor de su superficie general que toda descripcion que me propusiese hacer. La mayor parte de estas montañas se hallaban al parecer en estado de erupcion, y me daban una idea terrible de su furia y de su poder por las fulminaciones multiplicadas de las piedras impropiamente llamadas meteóricas que ahora partian de abajo y se remontaban hasta el globo con una frecuencia cada vez mas espantosa.

Dia 18 *de abril.*—Hoy he encontrado un aumento enorme en el volúmen aparente de la luna, y la rapidez evidentemente acelerada de un descenso ha empezado á alarmarme. Se recordará que al principio, cuando comencé á aplicar mis ideas á la posibilidad de un camino hácia la luna, la hipótesis

de una atmósfera ambiente cuya intensidad debia ser proporcionada al volúmen del planeta, habia intervenido para mucho en mis cálculos, á despecho de la teoría adversa y de la preocupacion universal contraria á la existencia de cualquier atmósfera lunar. Pero ademas de las ideas que he emitido ya, relativamente al cometa de Encke y á la luz zodiacal, lo que me fortificaba en mi opinion eran ciertas observaciones de M. Shroeter, de Lilienthal, que ha observado la luna durante la noche, á los dos dias y medio de aparecida aquella, poco despues de la puesta del sol, antes que la parte oscura no fuese visible, y continuó observándola hasta que esta parte se hizo invisible. Los dos cuernos parecian adelgazarse en una especie de prolongamiento muy agudo, cuya estremidad era débilmente iluminada por los rayos del sol, cuando ninguna parte del hemisferio oscuro estaba visible. Poco tiempo despues se iluminó todo el borde sombrío, y pensé que la prolongacion de los cuernos mas allá del semi-círculo tomaba su orígen en la refraccion de los rayos del sol por la atmósfera de la luna. Calculé tambien que la altura de aquella atmósfera (que podia refractar bastante luz en su hemisferio oscuro para producir un crepúsculo mas luminoso que la luz reflejada por la tierra, cuando la luz se halla á unos 32 grados de su conjuncion) debia ser de 1,356 piés de rey, y segun esto, supuse que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5,376 piés. Mis ideas respecto de este particular se hallaban confirmadas tambien por un pasaje del volúmen ochenta y dos de las *Transac-*

ciones filosóficas en el cual se dice, á propósito de una ocultacion de los satélites de Júpiter, que el tercero desaparece despues de haber sido distinto por espacio de uno ó dos segundos, y que el cuarto se hace indiscernible acercándose al limbo (1).

En la resistencia, ó mas exactamente, en el sostenimiento de una atmósfera que existia en un estado de densidad hipotética, habia fundado absolutamente la esperanza de bajar sano y salvo. Al fin y al cabo, si mi conjetura era absurda, no me quedaba mas que ser pulverizado contra la áspera superficie del satélite, como desenlace de mi aventura. Véase, pues, si tenia todas la razones posibles para estar asustado. La distancia á que me hallaba de la luna era comparativamente insignificante, mientras que el trabajo exigido por el condensador no habia disminuido del todo, y no descubria indicio alguno de densidad creciente en la atmósfera.

Dia 19 de abril.—Esta mañana, con mucha alegría, á cosa de las nueve, hallándome muy cerca de la superficie lunar, el piston del condensador ha dado síntomas evidentes de una alteracion de la atmósfera. Á las diez, tenia motivos para creer considerablemente aumentada su densidad. Á las once, el aparato apenas reclamaba esfuerzo alguno; y á las doce me atreví con cautela á aflojar el

(1) Observaciones debidas á Hevelius y á Cassini dan á entender que la luna algunas veces, no siempre, está rodeada de una materia densa que refracta los rayos de las estrellas. (*Nota del autor.*)

tornillo, y viendo que no habia en esto ningun inconveniente, abrí decididamente la cámara de cautchuc y quité la funda de la barquilla. Como habria debido esperarme, una violenta jaqueca acompañada de espasmos fue la consecuencia inmediata de un esperimento tan precipitado y tan lleno de peligros; pero como estos inconvenientes y otros relativos á la respiracion no eran bastante grandes para poner mi vida en peligro, resignéme á sufrirlos lo mejor que pude, tanto mas, cuanto tenia motivos para esperar que desaparecerian progresivamente acercándome mas y mas á las capas densas de la atmósfera lunar.

Sin embargo, esta aproximacion se verificaba con una escesiva impetuosidad, y luego me fue demostrando, demostracion alarmante, que aunque no me habia engañado contando con una atmósfera cuya densidad debia ser proporcionada al volúmen del satélite, no habia calculado que aquella densidad, aun en la superficie, era insuficiente para soportar el inmenso peso contenido en la barquilla del globo. Si se supone, exactamente como en la superficie de la tierra, sobre el uno y sobre el otro planeta, el peso real de los cuerpos en razon de la densidad atmosférica, tal *hubiera debido* ser el caso; pero el caso *no era asi*, y mi caida lo demostraba claramente. ¿Pero por qué? Esto solo podia esplicarse teniendo en cuenta las perturbaciones geológicas cuya hipótesis dejo sentada.

Como quiera que sea, tocaba casi el planeta y caia con la mas terrible impetuosidad. No perdí un minuto; arrojé todo el lastre, los barriles, el

aparato condensador, el saco de cautchuc y los demás artículos contenidos en la barquilla; pero todo esto de nada servia, pues seguia bajando con una horrible rapidez, y me hallaba ya á una media milla de la superficie. Como recurso supremo, me quité el paletó, el sombrero y las botas; desaté del globo la misma barquilla, que era muy ligera, y agarrándome á la red con ambas manos, tuve apenas tiempo para observar que todo el pais, tan lejos como podia tender la vista, estaba acribillado de habitaciones lilliputienses, antes de caer, como una bola, en el centro de una ciudad de aspecto fantástico y en medio de una multitud de enanos, ninguno de los cuales pronunció una sílaba, ni se tomó la molestia de acudir á socorrerme. Se habian quedado en jarras, como un enjambre de idiotas, haciendo gestos ridículos y mirándome al soslayo á mí y al globo. Aparté de ellos los ojos y levantándolos hácia la tierra que acababa de dejar y de la cual me habia desterrado quizás para siempre, la ví bajo la forma de un vasto y sombrío escudo de cobre del diámetro de unos dos grados, fijo é inmóvil en los cielos y guarnecido en uno de sus bordes de un creciente de oro brillante. Era imposible ver el mar y el continente, y el conjunto estaba salpicado de manchas y atravesado por las zonas tropicales y equatorial como por medio de cintos; . . . .

Despues de una larga série de angustias, de peligros incomparables é inauditos, despues de diez y nueve dias de haber partido de Rotterdam, habia llegado sano y salvo al término de un viaje el mas

estraordinario é importante que haya podido ser llevado á cabo, emprendido, ni aun concebido por un ciudadano del planeta que habitan vuestras excelencias. Pero debo contar mis aventuras, y vuestras excelencias concebirán fácilmente que en pos de una residencia de cinco años en un planeta que, ya profundamente interesante de sí, lo es doblemente por su íntimo parentesco, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, puedo mantener con el Colegio Nacional Astronómico correspondencias secretas de mucha mas importancia que los detalles, por sorprendentes que sean, del viaje que tan felizmente he llevado á término.

Tengo mucho que decir, y será para mí motivo de placer podéroslo contar. Mucho tengo que decir del clima de este planeta; de sus asombrosas alternativas de frio y de calor; de la claridad solar que dura quince dias, implacable y abrasadora, y de la temperatura glacial, mas que solar, que llena los otros quince; de la translacion constante de humedad que se verifica por destilacion, como en el vacío, desde el punto situado debajo del sol hasta el que se halla mas lejos de él; de la raza de los habitantes; sus hábitos, costumbres é instituciones políticas; de su organizacion particular, su fealdad y carencia de orejas, apéndices supérfluos en una atmósfera tan estrañamente modificada; de su ignorancia del uso y propiedades del lenguaje; del singular método de comunicacion que reemplaza á la palabra; de la incomprensible relacion que une á cada ciudadano de la luna con otro del globo terrestre, relacion análoga y sometida á la que rige

igualmente los movimientos del planeta y del satélite, y por cuya causa las existencias y los destinos de los habitantes del uno están enlazados á las existencias y á los destinos de los habitantes del otro; y sobre todo, de los sombríos y horribles misterios relegados á las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que, gracias á la concordancia casi milagrosa de la rotacion del satélite sobre su eje, con su revolucion sideral al rededor de la tierra, nunca han girado hácia nosotros; y Dios mediante, no se espondrán jamás á la curiosidad de los telescópios humanos.

Esto es lo que quisiera contar, esto y mucho mas; pero en cambio solicito una recompensa. Deseo regresar al seno de mi familia, á mi casa, y en premio de toda comunicacion ulterior de mi parte, en consideracion á la luz que puedo arrojar sobre varios importantes ramos de las ciencias físicas y metafísicas, solicito, por la intervencion de vuestra honorable corporacion, el perdon del crímen que cometí causando la muerte á mis acreedores cuando salí de Rotterdam. Tal es, pues, el objeto de esta carta. El portador, que es un habitante de la luna, á quien he decidido á servirme de mensagero y á quien he dado las debidas instrucciones, esperará la respuesta de vuestras excelencias, que me transmitirá.

Soy con el mayor respeto de vuestras excelencias humildísimo servidor,

HANS PFAAL.

Al terminar la lectura de este estrañísimo documento, cuentan que el profesor Rudabud en el es-

ceso de su sorpresa dejó caer la pipa al suelo, y Mynheer Superbus Von Underduk, habiéndose quitado, enjugado y metido en el bolsillo los anteojos, se olvidó de su persona y de su dignidad hasta el punto de dar tres piruetas, en la quinta esencia del asombro y de la admiracion.

Se obtendria el perdon, sin duda alguna. A lo menos el buen profesor Rudabud lo juró así, y tal fué tambien la opinion del ilustre Von Underduk que tomó el brazo de su colega, y sin proferir una palabra, se dirigió á su casa para deliberar acerca de las medidas urgentes. Pero al llegar á la puerta de la casa del burgomaestre, el profesor observó que el mensagero habia considerado prudente desaparecer (terrificado sin duda por la fisonomía salvaje de los ciudadanos de Rotterdam), y por consiguiente, de nada servia el perdon, pues solo un hombre de la luna podia emprender un viaje tan largo.

En presencia de una observacion tan sensata, el burgomaestre se rindió, y el negocio no tuvo mas consecuencias. No sucedió lo mismo con los rumores y conjeturas. Habiendo sido publicada la carta, dió origen á una multitud de opiniones y hablillas. Algunos llevaron el ridículo hasta desacreditar el hecho y presentarlo como una pura mentira; pero yo creo que la palabra mentira es para ciertas personas un término general que aplican á todas las materias que su inteligencia no sabe esplicarse. Por lo que á mí hace, no puedo comprender sobre qué base han fundado semejante acusacion; pero oigamos lo que dicen:

PRIMERO. Que ciertos truhanes de Rotterdam tienen antipatías especiales contra algunos burgomastres y astrónomos.

SEGUNDO. Que un enano contrahecho, jugador de manos de profesion, cuyas orejas habian sido cortadas en pena de cierto delito, hacia algunos dias que habia desaparecido de la ciudad de Bauger, inmediata á Rotterdam.

TERCERO. Que el globo estaba construido con gacetas de Holanda, y por consiguiente no habian podido ser fabricadas en la luna. Eran periódicos súcios, grasientos, muy grasientos, y Gluck el impresor podia jurar la mano sobre su Biblia que habian sido impresos en Rotterdam.

CUARTO. Que el pícaro borracho Hans Pfall y los tres haraganes que llama acreedores suyos, habian sido vistos pocos dias antes en una taberna de mala nota de los arrabales, al llegar, con los bolsillos replotos de dinero, de una espedicion á Ultramar.

Y finalmente, que es opinion generalmente admitida, ó que debe serlo, que el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, como todos los demas colegios astronómicos de todos los demas puntos del universo, sin hablar de los colegios y de los astrónomos en general, no es ni mejor, ni mas fuerte, ni mas ilustrado de lo que conviene.

DOBLE ASESINATO.

II.

> ¿Qué cancion cantaban las sirenas? ¿qué nombre era el de Aquiles cuando se ocultaba entre las mujeres?—preguntas son estas difíciles de ser contestadas; pero no traspasan los límites de las conjeturas.
>
> SIR TOMAS BROWNE.

Las facultades del espíritu, que suelen ser definidas por el término *analítico*, son en sí mismas muy poco susceptibles de análisis, pues solo las apreciamos por sus resultados. Lo que sabemos, entre otras cosas, es que para el que las posee en grado estraordinario son un manantial de vivísimas fruiciones. A la manera que el hombre robusto celebra su aptitud física y se complace en ejercicios que provocan los músculos á la accion, así el analizador va á buscar su gloria en esa actividad espiritual cuya funcion es desembrollar, y le divierten las ocasiones mas triviales que ponen en juego su talento. Tiene una pasion loca por las charadas,

enigmas y geroglíficos; despliega en cada solucion un poder de perspicacia que en presencia de la opinion del vulgo toma un carácter sobrenatural: los resultados, hábilmente deducidos, por el alma misma y la esencia de su método, tienen realmente todas las apariencias de una intuicion.

Esa facultad de *resolucion* saca tal vez grandes fuerzas del estudio de las matemáticas, y particularmente de la rama muy alta de esta ciencia que, con mucha impropiedad y sencillamente en razon de sus operaciones retrógradas, ha sido llamada análisis, como si fuese el análisis por escelencia, cuando en suma todo cálculo no es mas que un análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace muy bien lo uno sin lo otro. De aquí se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos con respecto á la naturaleza espiritual, está muy mal apreciado. No intento escribir ahora un tratado de análisis, sino encabezar una narracion bastante singular con algunas observaciones hechas como por descuido y que le servirán de prefacio.

Trato de proclamar en esta ocasion que el alto poder de la reflexion es esplotado mas activamente y con mucho mas provecho por el modesto juego de damas que por toda la laboriosa futilidad del ajedréz.

En este último juego en que todas las piezas están dotadas de movimientos distintos y estraños, y representan valores diversos y variados, la complexidad es tomada,—error muy comun,—por profundidad. La atencion se pone en juego con vigor. Si se descuida un instante, se comete un error del

cual resulta una pérdida ó una derrota. Como los movimientos posibles son no solo variados sino desiguales en *potencia*, las suertes de semejantes errores son muy multiplicadas, y en nueve casos sobre diez, no es el jugador mas hábil el que gana, sino el que mas atento estuvo al juego. No así en las damas, en que el movimiento es simple en su especie y sufre escasas variaciones, y por consiguiente las probabilidades de inadvertencia son muchas menos, al paso que no hallándose la atencion absoluta y enteramente estancada, todas las ventajas reportadas por cada uno de los jugadores solo pueden ser debidas á una perspicacia superior.

Para no seguir adelante en estas abstracciones, supongamos un juego de damas en que la totalidad de las piezas esté reducida á cuatro *damas* y no haya que temer los descuidos. Es evidente que en este caso la victoria no puede ser decidida,—hallándose iguales ambas partes,—sino por una táctica hábil, resultado de algun poderoso esfuerzo de entendimiento. Privado de los recursos ordinarios, el analizador entra en el espíritu de su adversario, se identifica con él y á veces descubre de una sola ojeada el único medio, medio muchas veces absurdamente sencillo, de atraerle á una falta ó de precipitarle en un falso cálculo.

Durante mucho tiempo se ha citado el wisth por su accion sobre la facultad del cálculo, y hombres de elevada inteligencia se ha visto que parecian hallar en este juego un placer incomprensible, y desdeñaban el ajedrez como cosa frívola. En efecto, no hay otro juego análogo que haga trabajar

mas la facultad del análisis. El mejor jugador de ajedrez de la cristiandad no puede ser mas que el mejor jugador de ajedrez; al paso que la fuerza en el wisth implica el poder de salir airoso en todas las especulaciones mucho mas importantes, en las cuales el espíritu lucha con el espíritu.

Cuando digo fuerza, entiendo esa perfeccion en el juego que comprende la inteligencia de todos los casos de los cuales podemos aprovecharnos legítimamente. Son no solo diversos sino tambien complexos, y se ocultan muchas veces en las profundidades del pensamiento, absolutamente inaccesibles á una inteligencia ordinaria.

Observar atentamente es hacer memoria con distincion, y bajo este punto de vista el jugador de ajedrez, capaz de una atencion muy intensa, jugará bien al wisth, pues las reglas de Hoyle, basadas en el simple mecanismo del juego, son fácil y generalmente inteligibles.

Tener una memoria fiel y proceder segun el libro, son puntos que constituyen por lo vulgar el *sumarum* de jugar bien; pero el talento del análisis se manifiesta en los casos que se hallan fuera de la regla. Sus adversarios hacen quizá otro tanto, y la diferencia de estension en las luces así adquiridas no estriba tanto en la validez de la deduccion, como en la cualidad de la observacion. Lo importante, lo principal es saber lo que conviene observar. Nuestro jugador no se limita á su juego, y por mas que este sea el objeto actual de su atencion, no por esto rechaza las deducciones que nacen de objetos estraños al juego. Examina la fisonomía de su

adversario; la compara detenidamente con la de los otros jugadores; considera el modo como cada uno de estos distribuye sus naipes; cuenta muchas veces, gracias á las miradas que dejan escapar los jugadores satisfechos, los triunfos y los *honores*, uno á uno. Observa cada movimiento de la fisonomía, á medida que avanza el juego, y recoge un capital de pensamientos en las espresiones variadas de certeza, de sorpresa, de triunfo ó mal humor. En el modo de recoger una baza, adivina si la misma persona puede hacer otra en seguida; conoce lo que acaban de jugar por el aire con que se ha echado sobre la mesa. Una palabra accidental, involuntaria, un naipe que cae, ó que se vuelve por casualidad, que es recogido con ansia ó con indiferencia; la cuenta de las bazas y el órden como están arregladas, el embarazo, la vacilacion, la viveza, la trepidacion todo es para él síntomas, diagnósticos; todo comunica á aquella percepcion, intuitiva en apariencia, el verdadero estado de las cosas. Cuando los jugadores han jugado dos ó tres veces, sabe ya á fondo el juego que hay en cada mano y puede desde entonces jugar sus naipes con perfecto conocimiento de causa, como si sus adversarios le pusieran de manifiesto los suyos.

No debe confundirse la facultad de análisis con la simple ingeniosidad, pues mientras que el analizador es necesariamente ingenioso, sucede muchas veces que el hombre ingenioso es absolutamente incapaz de análisis. La facultad de combinacion ó constructividad por la cual se manifiesta generalmente esa ingeniosidad y á la cual los frenólogos—

equivocadamente en mi concepto—asignan un órgano aparte suponiendo que sea una facultad primordial, ha aparecido en algunos séres cuya inteligencia era limítrofe de la idiotez con mucha frecuencia para llamar la atencion general de los escritores psicologistas. Entre la ingeniosidad y la aptitud analítica hay una diferencia mayor que entre la imaginacion y la ingeniosidad; pero de un carácter rigorosamente análogo. En suma, se verá que el hombre ingenioso está siempre lleno de imaginativa, y el hombre *verdaderamente* imaginativo nunca es otra cosa que un analizador.

La siguiente narracion será para el lector un luminoso comentario de las proposiciones que acabo de adelantar.

Durante la primavera y parte del verano de 18... vivia yo en París, donde conocí á un sugeto llamado C. Augusto Dupin Este jóven pertenecia á una escelente familia, ilustre además; pero por una série de desagradables sucesos se halló reducido á una pobreza tal, que la energía de su carácter hubo de sucumbir, y cesó en su empeño de no retirarse del mundo y de ocuparse del restablecimiento de su fortuna.

Gracias á la cortesía de sus acreedores, quedó en posesion de un pequeño resto de su patrimonio y con la renta que le producia halló medio, economizando rigorosamente, de hacer frente á las necesidades de la vida, sin pensar en las superfluidades. Solo los libros constituían verdaderamente su lujo y en Paris es fácil procurárselos.

Nos vimos por primera vez en un oscuro gabinete

de lectura de la calle de Montmartre, mientras buscábamos los dos un libro tan notable como raro, coincidencia que dió origen á nuestro conocimiento. Desde entonces nos vimos con mucha frecuencia, é interesóme profundamente su pequeña historia de familia, que me refirió minuciosamente con ese candor y abandono, con ese sin cumplimientos del *yo*, tan propios de todo francés cuando habla de sus negocios.

Dejóme maravillado lo mucho que habia leido; pero lo que mas me embelesó fue el estremo calor y la vital frescura de su imaginacion. Buscando yo en Paris algunos objetos que formaban mi único estudio, ví que la compañía de aquel hombre seria para mí un tesoro inapreciable y desde entonces me entregué á él con toda franqueza.

Decidimos, finalmente, vivir juntos todo el tiempo de mi residencia en Paris, y como mis asuntos no estaban tan embrollados como los suyos, me encargué de alquilar y amueblar, en estilo apropiado á la melancolía fantástica de nuestros dos caractéres, una casita antigua y estraña, que supersticiones, que ni nos dignamos averiguar, habian dejado desierta, medio arruinada y sita en un punto retirado y solitario del barrio de San German.

Si el mundo hubiese tenido conocimiento de la rutina de nuestra vida en aquel sitio, hubiéramos pasado por dos locos, quizá por locos inofensivos. Nuestra reclusion era completa; no recibíamos visita alguna. El lugar de nuestro retiro era un secreto, que guardábamos cuidadosamente, para mis antiguos camaradas, y hacia muchos años que

Dupin habia cesado de ver gente y de presentarse en Paris. Solo viviamos entre nosotros.

Mi amigo tenia una estravagancia—no se como difinirla—tal era su amor á la noche, por amor á la noche; la noche era su pasion, y yo mismo dí tambien en esa estravagancia, como en todas las demás que le eran propias, dejándome arrastrar con un perfecto abandono por la corriente de todas sus originalidades.

La negra divinidad no podia permanecer siempre con nosotros; pero nosotros la falsificábamos. Al primer albor del dia cerrábamos todos los macizos postigos de nuestra morada, encendíamos un par de bujías fuertemente perfumadas que solo despedian una luz muy débil y muy pálida. En el seno de aquella escasa claridad entregábamos nuestras almas á sus meditaciones, leíamos, escribíamos ó hablábamos hasta que el reloj nos anunciaba la vuelta de la verdadera oscuridad. Entonces nos escapábamos al través de las calles, de brazero, prosiguiendo la conversacion del dia, rodando hasta hora muy avanzada, y buscando al través de las luces desordenadas y de las tinieblas de la populosa ciudad esas innumerables existencias espirituales que el estudio tranquilo no puede ofrecer.

En estas ocasiones no me era posible dejar de observar y admirad una aptitud analizadora particular en Dupin, si bien la rica idealidad de que estaba dotado hubiera debido prepararme á ello. Parecia que recibia una acre delicia en ejercerla, quizá tambien en violentarla, y confesaba ingénuamente el placer que le causaba. Decíame con una

risita muy franca, que muchos hombres tenian para él una ventana abierta en el sitio del corazon, y por lo regular acompañaba este aserto con pruebas inmediatas y de las mas sorprendentes, sacadas de un conocimiento profundo de mi propia persona.

En aquellos momentos sus maneras eran glaciales y distraidas; sus ojos miraban en el vacío, y sin embargo, su voz, rica voz de tenor habitualmente, por lo sonora parecia de tiple, de modo que se la hubieran atribuido á petulancia, sin la absoluta deliberacion de su hablar y la certeza perfecta del aserto. Observábale en esas ocasiones, y solia pensar en la antigua filosofía del *alma doble*; me divertia la idea de un doble Dupin, un Dupin creador y un Dupin analizador.

No se vaya á creer por lo que acabo de decir que me propongo aclarar un gran misterio ó escribir una novela. Lo que noté en aquel singular francés era simplemente el resultado de una inteligencia sobreescitada, enferma tal vez; pero un ejemplo dará una idea mejor de la naturaleza de sus observaciones en la época de que se trata.

Una noche recorríamos una calle sucia, inmediata al Palacio Real: entrambos nos hallábamos sumidos en nuestros propios pensamientos, en apariencia á lo ménos, y hacia un cuarto de hora que no hablamos pronunciado una sílaba, cuando de repente Dupin profirió estas palabras:

—No hay duda, es muchacho de estatura baja, y estaria mejor en el teatro de Variedades.

—Nada mas cierto, repliqué sin pensar en ello y sin sorprenderme, tan distraido andaba yo, el

modo singular como el interruptor adaptaba su palabra á mis propias reflexiones. Un momento despues volví en mi y mi asombro fue profundo.

—Dupin, le dije con mucha gravedad, acaba de suceder una cosa que no alcanzo á comprender. Os confieso sin rodeos que estoy estupefacto y que apenas me atrevo á dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo habeis adivinado que estaba yo pensando en?... Y me detuve para asegurarme de que realmente habia adivinado mi pensamiento.

—¿En Chantilly? dijo, ¿porqué interrumpiros? Os estabais acordando de que lo bajo de su estatura no le permite representar tragedias.

Esto era precisamente lo que constituia el objeto de mis reflexiones. Chantilly era un ex-zapatero de viejo de la calle de San Dionisio, que tenia la rabia del teatro y habia empezado por representar el papel de Xerjes en la trajedia de Crebillon; sus risibles pretensiones movian á que todos se burlasen de él.

—Decidme por amor de Dios el método, si es que hay método, con cuya ayuda habeis podido penetrar mi alma en el caso actual.

En realidad yo estaba mas confuso de lo que hubiera querido confesar.

—El frutero, repuso mi amigo, es quien os ha llevado á la conclusion de que el zapatero no es bastante alto para representar el papel de Xerjes y los demás de igual género.

—¡El frutero! ¡me dejais asombrado! no conozco á frutero alguno.

—Me refiero al hombre que se echó contra vos

cuando entrábamos en esta calle, hace un cuarto de hora.

Entonces me acordé de que en efecto un frutero que iba cargado con un gran cesto de manzanas me habia casi derribado en tierra, cuando pasábamos de la calle de C... á la arteria principal en donde nos hallábamos. ¿Pero qué relacion tenia esto con Chantilly? Erame imposible darme razon de ello.

En mi amigo Dupin no habia un átomo de charlatanería.

—Voy á esplicároslo, dijo, y para que podais comprenderlo muy claramente, recorreremos la série de vuestras reflexiones desde el momento de que os hablo hasta el encuentro del frutero en cuestion. Los principales eslabones de la cadena están enlazados por el órden siguiente: *Chantilly*, *Orion, el doctor Nichols*, *Epicuro*, *la estereotómia*, *el suelo*, *el frutero*.

Pocas son las personas que no se hayan divertido en un momento ú otro de su vida en recorrer la curso de sus ideas, averiguando por qué vias ha llegado su espíritu á ciertas conclusiones. Esta ocupacion no carece á menudo de interés y el que la ensaya por vez primera se admira de la incoherencia y de la distancia, inmensa en apariencia, entre el punto de partida y el de llegada.

Considérese cuál seria mi asombro al oir á mi francés hablar de esta suerte y la necesidad en que me ví de confesar que acababa de decir la pura verdad.

Dupin prosiguió:

—Si no me engaño, hablabámos de caballos al dejar la calle de C... esto fue nuestro último tema de conversacion. Al entrar en esta calle, un frutero cargado con un gran cesto pasó por delante de nosotros á toda prisa y os arrojó contra unas piedras amontonadas en un punto en que están recomponiendo la calle. Pusisteis el pié encima de una piedra que se movia; resbalasteis, casi caisteis; murmurasteis algunas palabras, os volvisteis para mirar el monton de piedras y luego habeis continuado vuestro camino en silencio. Lo que haciais no era lo que llamaba absolutamente mi atencion; pero para mí la observacion ha degenerado hace mucho tiempo en una especie de necesidad.

Habeis fijado los ojos en tierra, observando con una especie de irritacion los agujeros y los hoyos del piso—de modo que no me cabia duda que seguiais pensando en las piedras—hasta que hemos llegado al pasaje llamado de Lamartine (1), en donde se acaba de hacer un ensayo del pavimento de madera; esto es, de unos leños sólidamente unidos. Allí se ha iluminado vuestra fisonomía, os he visto mover los labios y he creido adivinar que murmurabais la palabra *estereotómia*, palabra aplicada muy jactanciosamente al citado género de pavimento.

Sabia que no podiais pronunciar esta palabra sin ser inducido á pensar en los átomos, y de estos á las teorías de Epicuro; y como en la discusion

(1) El traductor francés de Edgard Poe asegura que este nunca estuvo en Paris.

que tuvimos hace poco tiempo acerca de este particular os habia hecho observar que las vagas conjeturas del ilustre griego habian sido singularmente confirmadas, sin que nadie se apercibiera de ello, por las últimas teorías relativas á los nebulosos y recientes descubrimientos cosmogóricos, sentí que no podriais menos de volver los ojos á la grande y nebulosa Orion, y no me engañé. Entonces estuve cierto de haber encajado estrictamente con vuestras reflexiones.

Luego, como en la amarga crítica que respecto á Chantilly que apareció ayer en el *Museo*, el escritor satírico al aludir desfavorablemente al cambio del nombre del zapatero cuando calzóse el coturno, citaba un verso latino del cual nos hemos ocupado varias veces, me refiero al verso:

Perdidit antignum littera prima sonum

os dije que aludia á Orion, que en un principio se escribió Urion; con motivo de cierta acrimonía de que estuvo acompañada aquella discusion, estaba yo seguro de que no la habiais olvidado. Desde entonces era evidente que ibais á asociar las dos ideas de Orion y de Chantilly, y adiviné esta asòciacion de ideas al ver el *estilo* de la sonrisa que se asomó á vuestros labios. Pensabais en la inmolacion del pobre zapatero.

Hasta entonces habiais caminado encorbado y en seguida observé que os erguiais todo lo posible. No me cabia ya duda de que pensabais en la pequeña estatura de Chantilly. En aquel momento interrumpí vuestras reflexiones para haceros notar que Chantilly era en efecto algo raquítico y que haria

mejor en representar en el teatro de Variedades.

Algun tiempo despues de esta conversacion, recorríamos la edicion de la tarde de la *Gaceta de los tribunales*, cuando llamaron nuestra atencion los siguientes párrafos:

«*Doble asesinato de los mas singulares.*—A cosa de las tres de la madrugada del dia de hoy los vecinos del barrio de San Roque han despertado al sonido de gritos horrorosos, procedentes, al parecer, del cuarto piso de una casa de la calle de Morgue, ocupado únicamente por una señora llamada Espanaye, y su hija la señorita Camila. Despues de alguna tardanza debida á los esfuerzos infructuosos para que abrieran sin estrépito la puerta, esta fue derribada por una palanca y ocho ó diez vecinos entraron acompañados de dos gendarmes.

»Los gritos habian cesado; pero en el momento en que los vecinos llegaban presurosos al primer piso, oyéronse dos voces que parecian disputar con violencia y venian de la parte superior de la casa. Al llegar al segundo piso, el ruido cesó de nuevo y todo quedó tranquilo. Los vecinos se dispersaron por las varias habitaciones, y al llegar al último piso derribaron la puerta que estaba cerrada, con la llave echada por la parte interior, y se encontraron en frente de un espectáculo que hirió de terror y de sorpresa á todos los asistentes.

»El cuarto se hallaba en el desórden mas estraño; rotos los muebles y dispersos en todas direcciones; los colchones de la única cama habian sido arrancados de ella y echados en medio del aposento. Encima de una silla se encontró una navaja de afei-

tar teñida de sangre; en el hogar tres largos y gruesos bucles de pelo gris que al parecer habian sido arrancados violentamente con sus raices. Habia en el suelo cuatro monedas de cinco francos, un pendiente adornado con un topacio, tres cucharas grandes de plata, otras tres mas pequeñas de metal de Argel, y dos paquetes que contenian unos cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda se hallaban abiertos en un rincon y aun cuando parecia que habian sido saquedos, se encontraron en ellos algunos objetos intactos. Debajo de un colchon habia un cofrecito de hierro, abierto, con la llave en la cerradura, y que solo contenia algunas cartas antiguas y varios papeles sin importancia.

»No se halló rastro alguno de la señora Espanaye; pero habiendo visto una cantidad estraordinaria de hollin en el hogar, se examinó la chimenea y, ¡caso horrible! sacaron el cuerpo de la jóven, que con la cabeza caida habia sido introducida á la fuerza por la estrecha abertura, hasta una distancia bastante considerable. El cuerpo estaba aun caliente. Al ser examinado, fueron descubiertas numerosas desolladuras, ocasionadas sin duda por la violencia con que se la habia metido en la chimenea y que habia sido preciso emplear para conseguirlo. El rostro estaba cruzado de fuertes rasguños y la garganta presentábase rodeada de cardenales negros y de profundas huellas de uñas, como si la muerte hubiese sido causada por estrangulacion.

»Despues de haber examinado minuciosamente

los diferentes aposentos de la casa, sin descubrir nada mas, los vecinos se introdujeron en un pequeño patio situado detrás del edificio, donde encontraron el cadáver de la madre, teniendo cortada tan perfectamente la garganta, que cuando trataron de levantarlo, la cabeza se separó del tronco. El cuerpo y la cabeza estaban terriblemente mutilados, de suerte que apenas ofrecian apariencia humana.

»Este suceso está rodeado de un terrible misterio, y hasta el presente no se ha podido dar, que sepamos, con el mas pequeño hilo conductor.»

El siguiente número añadia estos detalles:

«*El drama de la calle de Morgue.*—Se ha interrogado á muchas personas acerca de este terrible acontecimiento; pero nada se ha descubierto que lo aclare. A continuacion damos las declaraciones que se han obtenido.

»Paulina Dubonsy, planchadora, declara que hacia tres años que conocia á las dos víctimas y que durante este tiempo ha trabajado de su oficio para ellas. Madre é hija vivian en buena armonía y, al parecer, se querian mútuamente. Pagaban puntualmente. Nada puede decir respecto á su género de vida y medios de existencia. Cree que la señora Espanaye se ganaba la vida diciendo la buenaventura. Contaban que tenia dinero. Al ir á traer ropa blanca, nunca encontró á nadie en la casa. Está segura de que las dos señoras no tenian criado alguno. Le parece que no habia muebles en ninguna parte de la casa, á escepcion del cuarto piso.

»Pedro Moreau, vendedor de tabaco, declara que solia vender á la señora Espanaye algunas

cantidades de tabaco á veces en polvo. Ha nacido en el barrio y ha vivido siempre en él. La difunta y su hija ocupaban hacia seis años la casa en donde han sido encontrados sus cadáveres. Al principio vivia en ella un joyero que realquilaba los pisos superiores á varias personas. La casa pertenecia á la señora Espanaye. Se babia manifestado muy descontenta del inquilino que se lo echaba á perder todo, y habia venido á ocupar su propia casa, negándose á alquilar pieza alguna. El testigo ha visto á la bija cinco ó seis veces en el intervalo de seis años. Vivian muy retiradas y de renta. Ha oido contar á los vecinos que la señora Espanaye decia la buenaventura, pero no lo cree. Nunca ha visto entrar en la casa á persona alguna, á escepcion de la madre y la hija, un dependiente de comercio en dos ó tres ocasiones, y un médico ocho ó diez veces.

»Muchos otros vecinos declaran en el mismo sentido. A nadie se cita como frecuentador de la casa. Se ignora si la madre y la hija tenian parientes vivos. Los postigos de las ventanas de la fachada se abrian raras veces. Los de la parte posterior de la casa estaban siempre cerrados, menos los del cuarto piso. La casa era bastante buena, pero muy vieja.

«Isidoro Muset, gendarme, declara que á las tres de la madrugada, yendo de patrulla, encontró junto á la puerta de la calle veinte ó treinta personas que hacian esfuerzos por penetrar en la casa. Con una bayoneta y no con una palanca consiguió abrir la puerta, cosa que le costó poco, pues era de dos hojas y no tenia echado cerrojo alguno interior.

Los gritos continuaron hasta que la puerta hubo cedido, y despues han cesado de repente. Parecian gritos de una ó varias personas que padecian vivamente, gritos muy fuertes, muy prolongados, no gritos breves ni precipitados. El testigo subió la escalera, y al llegar á la primera meseta oyó dos voces que disputaban muy fuerte y agriamente; una de las voces era ruda, y la otra, mucho mas aguda, tenia un sonido muy singular. Distinguió algunas palabras de la primera, era la de un francés; pero está seguro de que no era voz de mujer. Oyó las palabras *Señor* y *diablo*. La voz aguda pertenecia á un estranjero. No pudo decir si era voz de hombre ó de mujer. No consiguió entender lo que decia, pero presume que hablaba en español. Este testigo dá cuenta del estado del aposento y de los cadáveres en los mismos términos que lo hicimos ayer.

»Enrique Duval, uno de los vecinos, de oficio platero, declara que formaba parte del grupo que fueron los primeros en entrar en la casa; Confirma generalmente las declaraciones de Muset. En cuanto hubieron entrado en la casa, cerraron la puerta para evitar la invasion de la multitud que se iba reuniendo de un modo considerable, á pesar de la hora mas que matinal. La voz aguda, segun el testigo, era italiana. El declarante conocia á la madre y á la hija Espanaye; habia hablado con ellas varias veces, y está seguro de que la voz aguda no pertenecia á ninguna de las dos víctimas.

»Odenheimar mesonero. Este testigo se ha presentado voluntariamente á declarar. Como no habla

el francés, se le ha interrogado por medio de intérprete. Es natural de Amsterdam; pasaba por la calle al oir los gritos que duraron unos diez minutos. Eran gritos prolongados, fuertes, horrorosos, lastimeros. El testigo es uno de los que penetraron en la casa. Confirma la declaracion anterior menos en un punto. Está seguro de que la voz aguda era de hombre, de francés, aunque no pudo distinguir las palabras articuladas. Hablaba alto y de prisa, en tono desigual, y espresaba la cólera tambien como el miedo. La voz era áspera mas bien que aguda. La otra voz dijo varias veces: *Señor*,—*diablo*—y una vez *Dios mio*!

»Julio Mignaud, banquero, de la casa Mignaud é hijo, calle Deloraine, es el mayor de los Mignaud. La señora Espanaye tenia algun dinero. Le habia abierto cuenta en su casa ocho años antes. Habia depositado en su caja algunas sumas que retiró tres dias antes de su muerte, habiendo ido en persona á buscarlas. Le fueron entregadas en oro, y un dependiente se encargó de llevárselas á su casa.

»Adolfo Lebon, dependiente de la casa de Mignaud *é hijo*, declara que el citado dia, á cosa de las doce, acompañó á la señora Espanaye á su habitacion con la suma de cuatro mil francos en dos saquitos. Cuando se abrió la puerta, la señorita Espanaye se presentó y le tomó de las manos uno de los dos sacos, en tanto que la madre le descargaba del otro. Las saludó y marchóse. En aquel momento no vió á nadie en la calle, calle fea y solitaria.

»William Bird, sastre, declara que es uno de los que se introdujeron en la casa. Es inglés y hace

dos años que vive en Paris. Es uno de los que subieron por la escalera. Oyó las veces que disputaban; la gruesa era de francés; pudo distinguir algunas palabras, pero no las recuerda. Oyó distintamente «señor y Dios mio.» En aquel momento le pareció oir ruido como de algunas personas que estuviesen riñendo, el estrépito de una lucha y de objetos que se rompen. La voz aguda era muy fuerte, mas que la gruesa. Tiene la seguridad de que no era voz de inglés: parecióle voz de aleman, quizá de mujer. El testigo no sabe el aleman.

»Cuatro de los testigos citados han sido llamados de nuevo y han declarado que la puerta del cuarto donde fué encontrado el cuerpo de la señorita Espanaye estaba cerrado por dentro cuando llegaron. Reinaba el mayor silencio; no se oian gemidos ni ruido alguno. Despues de haber violentado la puerta no vieron á nadie.

»Las ventanas de la habitacion de detrás y las de la fachada estaban cerradas y sólidamente sujetas por la parte de adentro. Una puerta de comunicacion estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conduce desde el cuarto de delante al corredor estaba cerrada con llave, y la llave puesta por la parte interior; un pequeño aposento lleno de maderas de cama y de baules, etc., en el cuarto piso á la entrada del corredor estaba abierto, y la puerta entornada. Se han revuelto y examinado todos los objetos que contenia este aposento. No hay rincon de la casa que no haya sido registrado escrupulosamente. Se ha hecho penetrar algunos deshollinadores en la chimenea. La casa consta de cuatro pisos

y boardilla. Una trampa que abre al techo estaba condenada y cerrada sólidamente con clavos; al parecer no habia sido abierta en muchos años. Los testigos están discordes acerca de la duracion del tiempo trascurrido entre el momento en que se oyeron las voces que reñian y el en que se violentó la puerta del cuarto. Algunos lo evalúan en dos ó tres minutos, otros en cinco. La puerta costó mucho de ser abierta.

»Alfonso García, empresario de pompas fúnebres, declara que vive en la calle de Morgue y que ha nacido en España. Es uno de los que penetraron en la casa; pero no subió la escalera; es delicado de nervios, y teme las consecuencias de una violenta agitacion nerviosa. Oyó el sonido de las voces; la gruesa era de frances, la aguda de un inglés, está seguro de ello. El testigo no sabe el inglés; pero juzga segun la entonacion.

»Alberto Montani, confitero, declara que fue de los primeros que subieron la escalera, y oyó las dos voces. La ronca era de frances; ha percibido algunas palabras. La persona que hablaba parecia que dirigia reprensiones. No ha podido adivinar lo que decia la voz aguda, pues hablaba muy aprisa y á sacudidas. Cree que era la voz de un ruso. Por lo demás confirma las declaraciones anteriores. Es italiano, y confiesa que nunca ha hablado con ruso alguno.

»Algunos testigos llamados al efecto certifican que las chimeneas en todos los aposentos son en el cuarto piso demasiado estrechas para dar paso á un sér humano. Cuando han hablado de deshollí-

nadores se referian á esos cepillos de forma cilíndrica de que se hace uso para limpiar las chimeneas. Esos cepillos se hacen pasar de arriba á bajo en todos los tubos de la casa. No hay por la parte de detrás paso alguno que haya podido favorecer la fuga del asesino mientras que los testigos subian por la escalera. El cuerpo de la señorita Espanaye estaba tan sólidamente metido en la chimenea, que para sacarlo de allí fué preciso que cuatro ó cinco de los testigos reuniesen sus fuerzas.

»Pablo Dumas, médico, declara que fue llamado al romper el dia para examinar los cadáveres. Los dos estaban tendidos en la cama en el cuarto en que fue encontrada la señorita Espanaye. El cuerpo de esta aparecia magullado y desollado en parte. Estas particularidades se esplican claramente por el hecho de su introduccion en la chimenea. La garganta estaba notablemente desollada. Debajo de la barba tenia varios rasguños profundos, con una línea de manchas lívidas, evidentemente de resultas de la presion de los dedos. El rostro estaba horriblemente descolorido, y los globos de los ojos le salian de la cabeza. La lengua estaba medio cortada. Una ancha contusion se manifestaba en la cavidad del estómago, producida, segun apariencias, por la presion de una rodilla. En concepto del señor Dumas, la señorita Espanaye ha sido estrangulada por uno ó mas individuos desconocidos.

»El cuerpo de la madre estaba horrorósamente mutilado. Todos los huesos de la pierna y del brazo izquierdo mas ó menos fracturados, rota á pe-

dazos la tibia y las costillas del mismo lado. El cuerpo horriblemente contuso y descolorido. Era imposible decir con qué instrumento habian sido dados aquellos golpes: solo una pesada maza ó una ancha palanca de hierro, un arma gruesa, pesada y contundente pueden haber producido semejantes resultados, siendo manejados dichos instrumentos por las manos de un hombre escesivamente robusto. No hay mujer que con arma alguna pueda causar semejantes contusiones. La cabeza de la difunta, cuando el testigo la vió, estaba enteramente separada del tronco, y como el resto singularmente desfigurada. Es evidente que la garganta habia sido cortada con un instrumento muy afilado, probablemente con una navaja de afeitar.

»Alejandro Etiene, cirujano, ha sido llamado al mismo tiempo que el señor Dumas para examinar los cadáveres; confirma la declaracion y la opinion del señor Dumas.

»Aunque otras varias personas han sido interrogadas, no se ha podido obtener otro resultado importante. Si es que ha habido verdaderamente asesinato, nunca se ha cometido en Paris otro tan misterioso y embrollado.

»La policía ha sufrido una derrota; caso muy inusitado en asuntos de esta naturaleza.»

La edicion de la tarde decia que reinaba en el barrio de San Roque una agitacion permanente; que la casa y sus alrededores habian sido objeto de un segundo exámen; que de nuevo se habia interrogado á los testigos, pero sin resultado. Sin embargo, una *última hora* anunciaba que Adolfo

Lebon, el dependiente de la casa de comercio, habia sido encarcelado, si bien de los hechos conocidos nada aparecia contra él.

Dupin parecia interesarse de una manera notable en el curso de este negocio, á juzgar á lo menos por su conducta, pues no hacia comentario alguno. Solo despues que el periódico hubo anunciado la prision de Lebon, fue cuando me pidió mi parecer relativo á este doble asesinato.

No pude menos de confesarle que yo estaba como todo Paris, y que lo consideraba como un misterio insoluble; no veia medio de alcanzar al asesino.

—No debemos juzgar de los medios posibles, repuso Dupin, por esta instruccion embrionaria. La policia parisiense, tan encomiada por su penetracion, es muy astuta y nada mas. Procede sin método, no tiene otro método que el del momento. Se suelen tomar muchas medidas; pero las mas de las veces son tan intempestivas, tan mal apropiadas al objeto, que hacen pensar en M. Jourdain, que pedia *la bata para oir mejor la música*. De vez en cuando los resultados no dejan de ser sorprendentes; pero por lo regular son debidos á la diligencia y á la actividad, y en los casos en que estas facultades son insuficientes, los planes se frustran. Vidocg, por ejemplo, era bueno para adivinar, era hombre de paciencia, pero su pensamiento carecia de la educacion necesaria; el ardor mismo de sus investigaciones le hacia equivocar continuamente el camino. Disminuia la fuerza de su vision mirando el objeto de demasiado cerca. Puede que viera

dos ó tres puntos con singular limpieza; pero por el mismo hecho de su proceder, perdia el aspecto del negocio abarcado en su conjunto. Esto puede ser llamado el medio de ser demasiado profundo; pero la verdad no se halla siempre en un pozo, y por lo que hace á las nociones que nos interesan de mas cerca, creo que se halla invariablemente en la superficie. La buscamos en el fondo del valle, y la encontramos en la cumbre de la montaña.

Contemplando los cuerpos celestes, se encuentran ejemplos y muestras escelentes de esta clase de error. Dirigid á una estrella una rápida mirada; miradla oblícuamente, volviendo hácia ella la parte lateral de la retina (mucho mas sensible á una luz débil que la parte central), y vereis la estrella distintamente; podreis apreciar todo su brillo, brillo que se oscurece á medida que dirigís de lleno vuestra vista hácia ella. En el último caso cae sobre el ojo un número mayor de rayos, al paso que en el primero hay una receptibilidad mas completa, una susceptibilidad mucho mas viva. Una profundidad desmedida debilita el pensamiento y le deja perplejo; y es posible que se haga desaparecer del firmamento al mismo Venus, por una atencion demasiado sostenida, demasiado directa.

En cuanto á ese asesinato, hagamos un exámen antes de formarnos una opinion. Una pesquisa nos servirá de diversion (esta palabra me pareció estravagante aplicada al caso de que se trata, pero guardé silencio) y además Lebon me hizo un favor al cual no quiero ser ingrato. Iremos á la casa, lo examinaremos todo con nuestros propios ojos. Co-

nozco á G..., prefecto de policía, y obtendremos sin dificultad la autorizacion necesaria.

Se nos dió permiso y nos dirigimos á la calle de Morgue. Es uno de esos miserables pasajes que unen la calle de Richelieu á la de San Roque. Era por la tarde y empezaba á hacerse de noche cuando llegamos, pues aquel barrio se halla situado á mucha distancia del que habitábamos nosotros. No tardamos en hallar la casa, gracias á una multitud de gente que desde el otro lado de la calle contemplaba las ventanas cerradas, con la mayor curiosidad.

Era una casa como todas las de Paris, con puerta cochera, á uno de cuyos lados habia un nicho con vidrieras, representando la habitacion del portero. Antes de entrar seguimos calle arriba doblando la esquina y pasamos á la parte trasera de la casa. Dupin iba observando los alrededores y la casa con una atencion minuciosa, cuyo objeto no podia yo alcanzar.

Retrocedimos hácia la fachada del edificio, llamamos, y exhibiendo el permiso que llevábamos, los agentes nos dejaron entrar. Subimos hasta el cuarto en donde habia sido encontrado el cadáver de la señorita Espanaye, y en donde yacian aun los dos cadáveres. El desórden de la habitacion habia sido respetado, como suele hacerse en semejantes casos. Yo no ví mas que lo que habia ya leido en la *Gaceta de los tribunales*.

Dupin lo analizaba minuciosamente todo, sin esceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos en seguida á otros aposentos, y bajamos á los patios,

acompañados siempre por un gendarme. Este exámen duró mucho tiempo, y era ya de noche cuando salimos de la casa. Al regresar á nuestra habitacion, mi compañero se detuvo algunos minutos en las oficinas de un periódico.

Ya he dicho que mi amigo tenia los caprichos mas raros y yo le dejaba *despacharse á su gusto*. Uno de estos fue negarse á hablar del asesinato hasta la mañana del dia siguiente. Entonces fue cuando me preguntó de repente si habia notado algo de *particular* en el teatro del crimen.

Habia en su modo de pronunciar la palabra *particular* un acento que me hizo estremecer sin saber por qué.

—Nó, nada de particular, contesté; nada mas que lo que ya sabiamos por el periódico.

—La *Gaceta*, contestó, no ha penetrado el horror insólito del negocio; pero dejemos las opiniones tontas de ese papel público. Me parece que el misterio es considerado como insoluble por la misma razon que debiera hacerlo mirar como fácil de resolver; quiero hablar del carácter escesivo bajo el cual aparece. La noticia está confundida por la ausencia aparente de motivos que legitimen, no el asesinato en sí mismo, sino la atrocidad del asesinato. Están tambien embarazados por imposibilidad aparente de conciliar las voces que reñian con el hecho de que en la parte superior de la escalera no se ha encontrado mas que á la señorita Espanaye, asesinada, y que no habia medio de salir sin ser visto por los que subian la escalera. El estraño desórden del cuarto, el cuerpo introducido

con la cabeza baja en la chimenea, la horrorosa mutilacion del cuerpo de la madre, estas consideraciones, agregadas á las que he mencionado y á otras de que no necesito hablar, han bastado para paralizar la accion á los agentes del ministerio, y para derrotar completamente su tan decantada perspicacia. Pero cabalmente siguiendo estas desviaciones del curso ordinario de la naturaleza es como la razon encontrará su camino y se dirigirá hácia la verdad. En investigaciones del género de la que nos ocupa, no conviene tanto preguntarse cómo han pasado las cosas, como estudiar en qué se distinguen de todo cuanto ha sucedido hasta el presente. En breves palabras, la facilidad con que llegaré, ó he llegado ya, á la solucion del misterio, está en razon directa de su insolubilidad aparente á los ojos de la policía.

Miré á mi hombre con silenciosa admiracion.

—Aguardo ahora, prosiguió echando una mirada á la puerta del aposento, á un individuo que, aunque no sea quizá autor de esa carnicería, ha de hallarse implicado en su perpetracion. Es probable que sea inocente en la parte atroz del crímen, y espero no equivocarme en esta suposicion, por cuanto llevo fundada en ella la esperanza de descifrar todo el enigma. Aguardo aquí á mi hombre, en este cuarto, de un momento á otro. Puede ser que no venga, pero hay muchas probabilidades de que no faltará. Si viene, será preciso que nos apoderemos de él; tomad estas pistolas; ya sabeis para qué sirven cuando la ocasion lo exige.

Tomé las pistolas sin saber lo que hacia, pudien-

do apenas dar crédito á mis oidos, mientras que Dupin continuaba á poca diferencia como si recitara un monólogo. He hablado ya de sus maneras distraidas en semejantes momentos. Me dirigia la palabra á mí; pero su voz, aunque elevada á un diapason ordinario, tenia la entonacion de los que hablan con alguno que está á una gran distancia. Sus ojos llenos de espresion vaga no miraban mas que la pared.

—Las voces reñian, decia, las voces que oyeron los que subian la escalera no pertenecian á aquellas pobres mujeres; esto queda mas que probado por la evidencia, y nos desembaraza de la cuestion de saber si la madre asesinó á la hija suicidándose en seguida.

No hablo de este caso sino por amor al método, pues la fuerza de la señora Espanaye no habria bastado para introducir el cuerpo de su hija en la chimenea, en la posicion en que ha sido encontrado; y la naturaleza de las heridas descubiertas en su propia persona escluye enteramente la idea de suicidio. El asesinato ha sido cometido por tercera persona, y las voces de esta son las que se han oido reñir.

Permitidme que llame ahora vuestra atencion, no hácia las declaraciones relativas á estas voces, sino sobre lo que hay de *particular* en las tales declaraciones. ¿Habeis observado en ellas algo de particular?

—Observé que al paso que todos los testigos convenian en que la voz gruesa era de francés, discordaban notablemente en cuanto á la voz agúda,

ó áspera, como la habia llamado un solo individuo.

—Esto constituye la evidencia, dijo Dupin, pero no la particularidad de la evidencia. Nada habeis observado de distintivo, y sin embargo habia *algo* que observar. No olvideis que los testigos están de acuerdo relativamente á la voz gruesa, en esta parte hay unanimidad; pero con respecto á la voz aguda, hay una particularidad que no consiste en el desacuerdo de los testigos, sino en que cuando un inglés, un italiano, un español, un holandés tratan de describirla, cada uno de ellos habla como de una voz de *extranjero*, cada uno de ellos está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo.

Cada uno la compara, nó á la voz de un individuo cuyo idioma le es familiar, sino todo lo contrario. El francés presume que era voz de español, y *habria podido distinguir algunas palabras á estar familiarizado con el español.* El holandés afirma que era voz de francés; pero sabemos que por no saber este testigo el francés ha sido interrogado por medio de intérprete. El inglés piensa que era voz de aleman, y *no entiende el aleman*. El español está positivamente seguro de que era voz de inglés; pero juzga únicamente por la entonacion, pues *no tiene conocimiento alguno de esta lengua*. El italiano cree que era voz de ruso, si bien *nunca ha hablado con una persona natural de Rusia*. Otro francés difiere sin embargo, del primero, y está cierto de que era voz de italiano; pero como no conoce este idioma, hace como el español, *infiere su certeza por la entonacion*. ¿No os parece, en vista de estas

declaraciones, quo la tal voz habia de ser muy insólita y estraña? ¿No os parece muy particular una voz por cuya entonacion ciudadanos de las cinco grandes partes de Europa no hayan podido conocer que les fuese familiar? Quizá me direis que era la voz de un asiático ó de un africano; pero los asiáticos y los africanos no abundan en Paris, y sin que me atreva á negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente la atencion sobre tres punto.

Un testigo ha dicho que la voz era *mas bien áspera que aguda*. Otros dos hablan de ella como de una voz *breve* y *sofrenada*. Estos testigos no han oido palabra alguna, solo sonidos parecidos á palabras.

Ignoro, prosiguió Dupin, qué impresion he podido hacer en vuestro pensamiento, pero no vacilo en afirmar que se pueden deducir consecuencias legítimas de esta misma parte de las declaraciones, la parte relativa á las dos voces, bastante en si mismas para crear una sospecha que indicaria el camino en toda investigacion ulterior del misterio.

He dicho consecuencias legítimas, pero esta espresion no traduce completamente mi pensamiento: Queria decir que estas deducciones son las únicas convenientes y que esa sospecha surge de ellas inevitablemente como el solo resultado posible. Sin embargo, no os diré inmediatamente la naturaleza de esa sospecha; deseo simplemente demostraros que esa sospecha era mas que suficiente para dar un carácter decidido, una tendencia positiva al exámen que queria hacer en el cuarto.

Ahora transportémonos mentalmente al indicado cuarto. ¿Cuál será el primer objeto de nuestra investigacion? Los medios de fuga empleados por los asesinos. ¿No es cierto que podemos afirmar que no creemos ni uno ni otro en acontecimientos sobrenaturales? Las señoras Espanaye no han podido ser asesinadas por los espíritus. Los autores del crímen eran séres materiales y han huido materialmente.

¿Pero cómo? Felizmente acerca de este punto no hay mas que un modo de discurrir, y este modo nos conducirá á una conclusion positiva. Examinemos, pues, uno á uno los medios posibles de evasion.

Es claro que los asesinos se hallaban en el cuarto donde ha sido encontrada la señorita Espanaye, ó á lo menos en el aposento inmediato cuando los vecinos subieron la escalera. Unicamente, pues, en estos dos aposentos hemos de buscar las salidas. La policía ha levantado los ladrillos, ha abierto los techos y sondea el grueso de las paredes; ninguna salida secreta ha podido escapar á su perspicacia; pero yo no me he fiado de sus ojos, he examinado con los mios, y no hay realmente salida secreta alguna. Las dos puertas que conducen desde los cuartos al corredor estaban sólidamente cerradas y con las llaves puestas por la parte interior. Veamos las chimeneas. Estas son de una regular anchura hasta una distancia de ocho ó diez piés sobre el hogar y desde esta altura no ofrecen paso á un gato de proporciones ordinarias.

La imposibilidad de la fuga, á lo menos por las vias arriba indicadas, queda absolutamente establecida, y en consecuencia estamos reducidos á las ventanas. Nadie ha podido huir por las del cuarto de delante sin ser visto por los vecinos que se hallaban en la calle. Ha sido, pues, *preciso* que los asesinos se escaparan por las del cuarto de detrás.

Ahora, habiendo llegado á esta conclusion por deducciones tan irrefragables, no tenemos derecho, como hombres que saben discurrir, de rechazarla en razon de su aparente imposibilidad. Solo nos falta demostrar que esta imposibilidad aparente no existe en realidad.

El cuarto tiene dos ventanas: una de ellas no está obstruida por los muebles y ha quedado enteramente visible. La parte inferior de la otra está oculta por la cabecera de la cama que es muy maciza. Se ha observado que la primera estaba sólidamente sujeta por dentro, y ha resistido á los esfuerzos de los que trataron de levantarla. Se habia abierto en el marco, á la izquierda, un gran agujero con una barrena, y se encontró un grueso clavo hundido casi hasta la cabeza. Examinando la otra ventana, se ha encontrado hundido otro clavo semejante, y un vigoroso esfuerzo para levantar el marco no ha obtenido mejor resultado que en el otro lado. La policía quedó desde entonces convencida de que la evasion no se habia podido verificar por aquel camino, y consideró como supérfluo el retirar los clavos y abrir las ventanas.

Mi exámen fue un poco mas minucioso por la razon que os he dado hace un momento. Habia

llegado el caso de demostrar de toda necesidad que la imposibilidad no era mas que aparente.

Proseguí reflexionando así, *á posteriori*. Los asesinos se habian evadido por una de las ventanas. Siendo así, no podian sujetar de nuevo el marco por la parte interior, como ha sido encontrado; consideracion que por su evidencia ha puesto término á las pesquisas de la policía acerca de este punto. Sin embargo, los marcos estaban bien cerrados. Es *preciso*, pues, que puedan cerrarse por sí mismos. No habia medio de escapar á esta conclusion. Me dirigí á la ventana no atrancada por los muebles, retiré el clavo con alguna dificultad y traté de levantar el marco; pero como me esperaba, resistió á todos mis esfuerzos. Entonces me convencí de que habia un resorte oculto; y este hecho, corroborando mi idea, me persuadió de la exactitud de mis premisas, por mas misteriosas que me parecian las circunstancias relativas á los clavos. Un minucioso exámen no tardó en descubrirme el resorte secreto. Le hice jugar, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el marco.

Volví á colocar el clavo en su sitio y lo examiné atentamente. Una persona pasando por la ventana podia haberla vuelto á cerrar y el resorte habria hecho su oficio; pero el clavo no hubiera sido colocado de nuevo. Esta conclusion era sencilla por demas y limitaba el campo á mis investigaciones. Era *preciso* que los asesinos se hubiesen escapado por la otra ventana. Suponiendo, pues que los resortes de ambas ventanas fuesen iguales, como

era probable, era *preciso*, sin embargo, hallar una diferencia en los clavos, ó á lo menos en la manera como habian sidos clavados. Subí al fondo de correas de la cama, y examiné minuciosamente la otra ventana por encima de la cabecera de aquella. Pasé la mano detrás, descubrí fácilmente el resorte y le hice jugar; era como lo habia ya adivinado, igual al primero. Entonces examiné el clavo; era tan grueso como el otro y estaba clavado del mismo modo que aquel, hundido hasta la cabeza.

Direis que me hallaba confuso; pero si abrigais este pensamiento, estais equivocado acerca de la naturaleza de mis inducciones. Para servirme de un término de juego, diré que no habia cometido *ningun* yerro; no habia perdido la pista un solo instante, no faltaba ningun eslabon en mi cadena. Habia seguido el secreto hasta en su última fase, hasta *el clavo*.

Como he dicho, se parecia bajo todos aspectos á su vecino de la otra ventana; pero este hecho, por concluyente que fuese en apariencia, quedaba absolutamente nulo en presencia de esta consideracion dominante; esto es, que allí, en aquel clavo, acababa el hilo conductor. Es preciso, me dije, que tenga este clavo algo de defectuoso. Lo toqué, y la cabeza con un pequeño pedazo del cuerpo, cosa de un cuarto de pulgada, me quedó en los dedos. El resto del cuerpo estaba en el agujero dentro del cual se habia roto. Esta fractura era muy antigua, pues los bordes estaban incrustados de hollin, y habia sido obrada por un martillazo que habia hundido en parte la cabeza del clavo en el fondo del

marco. Volví á unir la cabeza con el pedazo que la continuaba; y el todo presentó un clavo intacto, el punto de union inapreciable. Moví el resorte, levanté poco á poco la ventana algunas pulgadas; la cabeza del clavo vino con la ventana sin moverse del agujero. Cerré otra vez y el clavo presentó de nuevo el aspecto de un clavo completo.

El enigma quedaba, pues, descifrado: el asesino habia huido por la ventana que tocaba con la cama. Sea que aquella hubiese vuelto á caer por sí misma despues de la fuga ó que hubiese sido cerrada por una mano humana, estaba retenida por el resorte, y la policía habia atribuido esta resistencia al clavo, y por consiguiente toda pesquisa ulterior habia sido considerada supérflua.

La cuestion quedaba reducida al modo de bajar; pero acerca de este punto ya habia yo satisfecho mi espíritu durante nuestro paseo en torno del edificio. A unos cinco piés y medio de la ventana corre la cadena de un pararayos; pero desde esta cadena hubiera sido imposible á cualquiera llegar á la ventana, y con mas razon entrar por ella.

Observé, sin embargo, que las puertas-ventanas del cuarto piso eran del género particular que los carpinteros parisienses llaman *ferrades*, especie de postigos muy poco usados en el dia; pero que se encuentran frecuentemente en las casas antiguas de Lion y de Burdeos. Están hechos como una puerta ordinaria (puerta sencilla y no de dos hojas), escepto que la parte inferior está adornada con calados y enrejada, lo que ofrece á la mano un escelente asidero.

En el caso en cuestion estos postigos tienen tres piés y medio de ancho. Cuando los examinamos desde detrás de la casa estaban abiertos hasta la mitad; esto es, formaban un ángulo recto con la pared. Es presumible que la policía haya examinado como yo la parte posterior del edificio; pero mirando las tales *ferrades* en el sentido de su anchura (como las ha visto inevitablemente) no ha tenido en cuenta esa misma anchura, ó á lo menos no les ha dado la importancia necesaria. Por otra parte, una vez demostrado por los agentes que la fuga no se habia podido efectuar por aquel lado, se han limitado á aplicarle un exámen muy sucinto.

Para mí era evidente que el postigo de la ventana situada á la cabecera de la cama, si se le suponia enteramente abierto y caido tocando la pared, se hallaria á dos piés de la cadena del pararayos. Tambien era evidente que por los esfuerzos de una energía y de un valor insólitos, se podia con ayuda de la cadena haber verificado una invasion por la ventana. Llegado á esta distancia de dos piés y medio (supongo ahora completamente abierto el postigo), un ladron habria podido encontrar en el enrejado un asidero sólido: luego soltando la cadena, asegurando bien los piés en la pared y lanzándose vivamente, habria podido entrar en el cuarto y atraer violentamente el postigo con él, de manera que lo cerrara, suponiendo abierta la ventana en aquel momento.

Notad que he hablado de una energía poco comun, necesaria para salir con éxito en una empresa tan difícil, tan peligrosa. Mi objeto es probaros

en primer lugar que se ha podido hacer; luego, y *principalmente*, llamar vuestra atencion hácia el carácter muy estraordinario, casi sobrenatural de la agilidad necesaria para conseguirlo.

Me direis, sin duda, sirviéndoos del lenguaje judicial, que, para dar mi prueba *á fortiori*, debía mas bien subvaluar la energía necesaria en este caso que reclamar su exacta estimacion. Esta es quizá la práctica de los tribunales, pero no entra en el uso de la razon. Mi objeto final es la verdad. Mi objeto actual es induciros á acercar esa energía indudablemente insólita á aquella voz tan particular, á aquella voz aguda (ó áspera) cuya nacionalidad no ha podido ser probada por la unanimidad de dos testigos, y de la cual nadie ha oido sonidos articulados, silabizacion.

A estas palabras, una concepcion vaga y embrionaria del pensamiento de Dupin pasó á mi espíritu. Parecíame hallarme en el límite de la comprension sin poder comprender, como las personas que se encuentran á veces al borde del recuerdo y que, sin embargo, no consiguen acordarse. Mi amigo continuó su argumentacion.

—Ya veis, dijo; que he trasportado la cuestion del modo de salida al modo de entrada. Convenia á mi plan demostraros que se han efectuado del mismo modo y por el mismo punto. Volvamos ahora al interior del cuarto.

Examinemos todas las particularidades. Los cajones de la cómoda segun cuentan, fueron saqueados, y no obstante, se han encontrado intactos varios artículos de tocador. Esta conclusion es absur-

da; es una simple conjetura regularmente tonta, y nada mas. ¿Cómo podemos saber que los artículos encontrados en los cajones no representaban todo lo que estos contenian? La señora Espanaye y su hija llevaban una vida muy retirada, salian pocas veces, no recibian visitas; tenian, pues, pocas ocasiones de cambiar de vestidos y de adornos. Algunos de los artículos encontrados eran de tan buena calidad como los demas que poseian aquellas señoras, y si un ladron hubiese tomado algunos, ¿porqué no habria tomado los mejores, porqué no todos? Además, ¿por qué abandonar los cuatro mil francos en oro para apoderarse de un lio de ropa blanca? El oro ha sido abandonado; casi toda la suma indicada por el banquero Mignaud ha sido encontrada en el suelo, en los sacos. Queda, pues, desvanecida de vuestro pensamiento la descabellada idea de un *interés*, idea engendrada en el cerebro de la policía por las declaraciones, que hablan de dinero entregado junto á la puerta de la casa.

Coincidencias diez veces mas notables que esta (la entrega del dinero y el asesinato cometido tres dias despues en la persona del propietario) se presentan á cada momento en nuestra vida, sin que llamen nuestra atencion un minuto siquiera. En general, las coincidencias son grandes piedras de escándalo en el camino de esos pobres pensadores mal educados que ignoran la primera palabra de la teoría de las probabilidades, teoría á la cual no debe el saber humano sus conquistas mas preciosas y sus mas bellos descubrimientos. Si en el presente caso hubiese desaparecido el oro, el hecho de ha-

ber sido entregado tres dias antes crearia algo mas que una coincidencia, quedaria corroborada la idea de interés; pero en las circunstancias reales en que nos hallamos, si suponemos que el dinero ha sido el móvil del ataque, nos es preciso suponer muy indeciso y bastante idiota á ese criminal para olvidar á un tiempo el oro y el móvil que le hizo obrar.

Recordad bien los puntos hácia que he llamado vuestra atencion: la voz particular, la agilidad sin igual, y la notable ausencia de interés en un asesinato tan singularmente atroz como este. Examinenemos la carnicería en la misma.

Hé aquí una mujer estrangulada por la fuerza de las manos é introducida en una chimenea con la cabeza caida. Asesinos ordinarios no emplean estos medios para matar, ni ocultan así los cadáveres de sus víctimas. En el acto de meter el cuerpo en la chimenea, se ve algo de escesivo y estravagante, algo absolutamente inconciliable con todo lo que en general conocemos de las acciones humanas, aun suponiendo que los autores sean los mas pervertidos de los hombres. Pensad tambien qué fuerza prodigiosa ha sido precisa para entrar el cuerpo en semejante abertura y hundirlo en ella tan poderosamente, que los esfuerzos de varias personas reunidas apenas hayan bastado para sacarlo.

Hagámonos cargo ahora de otros indicios de ese vigor maravilloso. En el hogar han sido encontrados algunos mechones de pelo, mechones muy espesos de pelo gris, arrancados con sus raices. Ya

sabeis qué poderosa fuerza se necesita para arrancar solamente de la cabeza veinte ó treinta cabellos á la vez. Habeis visto esos mechones tan bien como yo: las raices agrumadas tenian adheridos fragmentos de piel cabelluda, prueba segura de la prodigiosa fuerza que fué preciso desplegar para desarraigar quinientos mil cabellos de un tiron.

No solo el cuello de la madre estaba cortado, sino que tenia la cabeza separada del cuerpo; el instrumento era una simple navaja de afeitar. Notad esa ferocidad *bestial*. No hablo de las magulladuras del cuerpo de la señora Espanaye; el médico Dumas y su cofrade Etiene han afirmado que habian sido producidas por un instrumento contundente, y no han dicho mas que la verdad. Es probable que el tal instrumento fue el pavimento del patio al cual ha caido la víctima desde la ventana que da á la cama. Esta idea, por mas sencilla que aparezca ahora, ha escapado á la policía por la razon misma que le ha impedido notar la anchura de los postigos; porque gracias á la circunstancia de los clavos, su percepcion estaba herméticamente cerrada á la idea de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas nunca.

Si ahora, subsidiariamente, habeis reflexionado acerca del desórden del cuarto, habremos adelantado lo bastante para combinar las ideas de una agilidad maravillosa, de una ferocidad bestial, de una carnicería sin motivo, de una *grotesqueria* en lo horrible, absolutamente estraña á la humanidad, y de una voz cuyo acento no conocen hombres de diferentes naciones, de una voz destituida de silabiza-

cion distinta é inteligible. ¿Qué resulta para vos de todo esto? ¿Qué impresion he causado en vos?

Cuando Dupin me dirigió esta pregunta, sentí correr por mis carnes un calofrio.—Un loco, dije, habrá cometido el crímen, un demente furioso escapado de alguna casa de curacion de la vecindad.

—No andais desconcertado del todo, respondió, vuestra idea es casi aplicable; pero la voz de los locos, aun en sus mas salvajes paroxismos, no concuerda con lo que dicen de la voz estraña oida en la escalera. Los locos forman parte de cualquiera nacion, y su lenguaje, por incoherente que sea en las palabras, es silabizado. Ademas, el pelo de un loco no se parece al que tengo ahora en la mano, y que he arrancado de entre los dedos rígidos y crispados de la señora Espanaye. Decidme si sois de mi opinion.

—Dupin, contesté completamente trastornado, este pelo es muy estraordinario; no es pelo *humano*.

—No he afirmado que lo sea, me dijo; pero antes de decidirnos con respecto á este punto, deseo que echeis una mirada sobre el dibujo que he trazado en este pedazo de papel. Es un *fac-simile* que representa lo que algunas declaraciones llaman *magulladuras negruzcas y las profundas huellas de las uñas* encontradas en el cuello de la señorita Espanaye, y que los señores Dumas y Etiene llaman *una série de manchas lividas, causadas evidentemente por la impresion de los dedos.*

—Ya veis, prosiguió mi amigo, desarrollando el papel encima de la mesa, que este dibujo da la idea de un puño sólido y firme. No aparece que los de-

dos hayan resbalado: cada uno de ellos ha conservado, tal vez hasta la muerte de la víctima, su presa en la cual ha quedado amoldado. Ahora colocad vuestros dedos al mismo tiempo en cada señal análoga que veis aquí.

Traté de hacerlo, pero inútilmente.

—Es posible, dijo Dupin, que no hagamos este esperimiento de una manera decisiva. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y la garganta es cilíndrica. Aquí teneis un cilindro de madera cuya circunferencia es á corta diferencia la de un cuello. Estended el dibujo alrededor y empezad de nuevo el esperimento.

Obedecí; pero la dificultad fue aun mas evidente que la primera vez.

—Esta, dije, no es la huella de una mano humana.

—Ahora, dijo Dupin, leed este pasaje de Cuvier.

Era la historia minuciosa, anatómica y discriptiva del gran orangutan salvaje de las islas de la India oriental. No hay quién no conozca lo bastante la estatura gigantesca, la fuerza y agilidad prodigiosa, la ferocidad salvaje, y las facultades de imitacion de este mamífero. Comprendí en seguida todo lo horrible del asesinato.

—La descripcion de los dedos, dije cuando hube terminado la lectura, concuerda perfectamente con el dibujo. Veo que ningun animal, escepto un orangutan, y de la especie en cuestion, puede haber dejado huellas semejantes á las que habeis dibujado. Este mechon de pelo áspero tiene un carácter idéntico al del animal descrito por Cuvier; pero no

me esplico fácilmente los detalles de este horrible misterio. Por otra parte, las voces que reñian eran dos, una de ellas próbablemente la de un francés.

—Es cierto; y recordareis una espresion atribuida casi unanimamente á esta voz, la espresion ¡*Dios mio*! Estas palabras en las presentes circunstancias, han sido caracterizadas por uno de los testigos (Montani el confitero), como espresando un reproche y dirigiendo reprensiones. Sobre estas dos palabras he fundado la esperanza de descifrar completamente el enigma.

Un francés ha tenido conocimiento del asesinato: es posible, es mas que probable que es inocente de toda participacion en este sangriento crimen; el orangutan puede haberse escapado. Es posible que su dueño le haya seguido hasta el cuarto, pero que en las terribles circunstancias que han sobrevenido no haya conseguido apoderarse de él. El animal anda todavía libre. No seguiré estas conjeturas, no tengo derecho de dar otro nombre á estas ideas, puesto que las sombras de reflexiones que le sirven de base son de una profundidad apenas bastante para ser apreciadas por mi propia razon, y no pretenderé que sean apreciables para otra inteligencia. Las llamaremos, pues, congeturas, y no las tendremos sino por tales.

Si el francés de que se trata es, como supongo, inocente de esta atrocidad, el anuncio que dejé anoche, cuando regresamos á casa, en las oficinas del periódico *El Mundo* (hoja consagrada á los intereses marítimos y muy buscada por los marinos) le traerá á nuestra habitacion.

Alargóme el papel y leí:

Aviso.—En la mañana del..... del corriente (la mañana del asesinato), muy temprano, se encontró en el bosque de Boloña una enorme orangutan salvaje de la especie de Borneo. Su dueño (que se sabe es un marinero que forma parte de la tripulacion de un buque maltés) puede recobrar el animal, despues de haber dado las señas y reembolsado los gastos á la persona que se ha apoderado de este y que lo conserva en su poder. Darán razon en la calle de... número... barrio de San German, tercer piso.

—¿Cómo habeis podido saber, pregunté á Dupin, que el hombre era un marinero y que navega en un buque maltés?

—No lo sé, respondió, no estoy seguro de ello. Sin embargo, hé aquí un pedazo de cinta que, segun juzgo por su forma y aspecto grasiento, ha servido evidentemente para anudar el pelo de una de esas largas colas que hacen á los marineros tan fieros y altivos. Ademas, pocas personas, escepto los marinos, saben hacer estos nudos, y es particular de los malteses. He recogido la cinta al pié de la cadena del pararayos. Es imposible que haya pertenecido á las víctimas. Como quiera que sea, si me he engañado infiriendo de esta cinta que el francés es un marinero perteneciente á la tripulacion de un buque maltés, á nadie habré perjudicado con el anuncio. Si estoy en un error, supondrán que me he dejado engañar por alguna circunstancia que no se han de tomar la molestia de averiguar; al paso que si no estoy equivocado, tengo mucho adelantado.

El francés que tiene conocimiento del asesinato, por mas que sea inocente del crímen, naturalmente vacilará en responder al aviso, en reclamar su orangutan: discurrirá así: «Soy inocente, soy pobre; mi orangutan es de gran precio, es casi una fortuna en una situacion como la mia: ¿porqué lo he de perder? ¿por una necia aprension de peligro? puedo recobrarlo: ha sido encontrado en el bosque de Boloña, á una gran distancia del teatro del crímen. ¿Quién irá á suponer al animal autor del atentado? La policía ha perdido la pista, no ha podido dar con el hilo conductor. Aun cuando se sospechára del animal, seria imposible probarme que he tenido conocimiento de este hecho, ó culparme en razon de este conocimiento. A pesar de todo, yo soy conocido; el redactor del anuncio me designa como dueño del animal, aunque no sé hasta donde se estiende su certeza. Si no me presento á reclamar una propiedad de tan crecido valor, que se sabe me pertenece, puedo hacer que recaigan sospechas en el animal, lo que no me conviene. Acudiré decididamente al aviso del periódico, recobraré mi orangutan, y le encerraré sólidamente hasta que se haya olvidado este negocio.»

En este momento oimos pasos que subian la escalera.

—Preparaos, dijo Dupin, preparad las pistolas; pero no os sirvais de ellas, no las saqueis sin que antes os haga yo una seña.

Habíamos dejado abierta la puerta cochera y el que venia á visitarnos habia entrado sin llamar y subia ya la escalera; pero no parecia sino que vaci-

laba. Dupin se dirigió vivamente á la puerta, cuando oimos que volvia á subir. Esta vez se adelantó deliberadamente y llamó á la puerta de nuestro cuarto.

—Entrad, dijo Dupin con voz alegre y cordial.

Un hombre entró. Era efectivamente un marinero, alto, robusto y musculoso, con una apariencia de audacia de todos los diablos, que no disgustaba del todo. Su semblante fuertemente tostado por el sol estaba medio oculto por las patillas y el bigote. Llevaba un sendo palo de encina, única arma, al parecer. Nos saludó con poca gracia y nos dió las buenas noches con un acento francés que, aunque algo bastardeado de suizo, recordaba bastante un orígen parisiense.

—Sentaos, dijo Dupin, supongo que vendreis por el orangutan. A fé mia, casi os lo envidio; es muy hermoso y costará buenos francos. ¿Qué edad le haceis?

El marinero respiró satisfecho, como un hombre aliviado de un enorme peso, y replicó con voz firme.

—No puedo decíroslo, pero me parece que tendrá cuatro ó cinco años. ¿Lo teneis aquí?

No; no tenemos sitio cómodo donde encerrarlo. Está en el pesebre de un picadero inmediato, en la calle de Dubourg. Mañana os lo podreis llevar, si probais que os pertenece.

—Lo probaré.

—Creed que siento separarme de él, dijo Dupin.

—Presumo, replicó el hombre, que no os habreis molestado gratis, lo presumo y estoy pronto á pa-

gar una recompensa á la persona que ha encontrado al animal, una gratificacion razonable, se entiende.

—Muy bien, contestó mi amigo, es muy justo. Veamos, ¿qué dariais? ¡Ah! yo os diré la gratificacion que quiero: contadme cuanto sepais relativamente á los asesinatos de la calle de Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz baja y muy tranquilamente. Dirigióse á la puerta con la misma calma, la cerró y puso la llave en su faltriquera. Luego sacó una pistola y la dejó sosegadamente encima de la mesa.

El rostro del marinero se volvió purpúreo, como si se hallara en las agonías de una sofocacion. Se puso en pié y empuñó el baston: pero un segundo despues, dejóse caer de nuevo en la silla, temblando violentamente y con la muerte en la cara. No podia articular una sola palabra. Yo le compadecia desde el fondo de mi corazon.

—Amigo mio, dijo Dupin con voz llena de bondad, os alarmais sin motivo, creedme. No tratamos de haceros daño alguno. Por mi palabra de hombre honrado y de francés, no abrigamos intenciones siniestras contra vos. Me consta que sois inocente de los horrores de la calle de Morgne, aunque no significa que no os hallais algo implicado en el asunto. Lo que acabo de deciros debe probaros que estoy seguro de lo que ha pasado por medio de investigaciones que nunca sospechareis. Nada habeis hecho que hayais podido evitar, nada seguramente que os haga culpable. Habriais podido robar impunemente, y no sois culpable de robo: nada teneis

que ocultar, ni razones para que oculteis algo. Por otra parte, todos los principios del honor os obligan á confesar cuanto sepais. Un hombre inocente se halla en la actualidad preso y acusado del crimen cuyo autor podeis indicar.

Mientras que Dupin pronunciaba estas palabras, el marinero habia recobrado en gran parte su presencia de ánimo; pero toda su primera audacia habia desaparecido.

—¡Dios me proteja! dijo despues de una corta pausa; os diré todo lo que sé respecto á este asunto; pero no espero que creais la mitad; seria un majadero en esperar lo contrario. Puedo aseguraros que soy inocente, y descubriré todo el secreto aunque me haya de costar la vida.

Hé aquí en sustancia lo que nos contó: Acababa de hacer un viaje por el archipiélago indio. Una cuadrilla de marineros de la cual formaba parte desembarcó en Borneo y penetró en el interior para hacer una escursion de aficionados. El y uno de sus compañeros se apoderaron del orangutan; murió el compañero, y el animal pasó á ser esclusivamente del marinero. Despues de muchas incomodidades causadas por la indomable ferocidad del cautivo durante la travesía, consiguió al fin instalarle en París en su propia casa, y para no atraer la insoportable curiosidad de los vecinos, habia cerrado cuidadosamente al animal, hasta que se hallase curado de una herida en el pié que se habia hecho á bordo con una astilla, pues trataba de venderlo.

Volviendo una noche, ó mas bien una mañana, la mañana del asesinato, de una fiesta de marine-

ros, encontró al animal instalado en su dormitorio: se habia escapado del aposento vecino donde le creia perfectamente cerrado. Estaba sentado delante de un espejo, con una navaja de afeitar en la mano, la cara cubierta de espuma de jabon, y trataba de afeitarse como sin duda lo habia visto hacer á su amo espiándole por el ojo de la llave. Lleno de terror al ver arma tan peligrosa en las manos de un animal tan feroz, muy capaz de servirse de ella, el hombre no habia sabido durante algunos momentos qué partido tomar. Tenia por costumbre domar al animal, aun en sus mas furiosos accesos, por medio de latigazos, y quiso entonces acudir á este mismo medio; pero al ver el látigo, el orangutan dió un salto al través de la puerta del cuarto, se escurrió por la escalera, y aprovechándose de una ventana abierta por desgracia, se arrojó á la calle.

Desesperado el francés persiguió al mono, el cual empuñando la navaja, deteníase de vez en cuando, y se volvia haciendo gestos al hombre que le perseguia, hasta que viéndose á punto de ser alcanzado, emprendió de nuevo la fuga. Esta caza duró un buen rato. Las calles estaban profundamente tranquilas; serian las tres de la mañana. Al atravesar un callejon detrás de la calle de Morgne, una luz que partia de la ventana abierta de la señora Espanaye llamó la atencion del fugitivo, el cual se precipitó hácia la pared, vió la cadena del pararayos y se encaramó con inconcebible agilidad, agarróse del postigo que se hallaba completamente caido, y apoyándose encima lanzóse dentro de la habitacion.

Toda esta gimnástica no duró un minuto. El postigo habia sido rechazado contra la pared por el salto que el orangutan diera al precipitarse en el aposento. . . . .

El marinero estaba á la vez contento é inquieto. Por una parte tenia esperanzas de apoderarse del animal, que dificilmente podia escaparse de la trampa en que habia caido, y de la cual era fácil evitar que se libertára; pero por otra, estaba inquieto por lo que podia hacer en la casa. Esta última reflexion movió al hombre á emprender de nuevo la persecucion del fugitivo. No es dificil para un marinero encaramarse por una cadena de pararayos; pero llegado á la altura de la ventana, situada bastante lejos á su izquierda, se encontró con que no podia subir mas, y hubo de contentarse con mirar en el interior del cuarto. Lo que entonces vió casi le hizo soltar la cadena en el esceso de su terror. En aquel momento se oyeron los horribles gritos que al través del silencio de la noche dispertaron sobresaltadamente á los vecinos de la calle de Morgne.

La señora Espanaye y su hija, vestidas con sus batas de noche, se hallaban sin duda ocupadas en colocar algunos papeles en el cofrecito de hierro de que se ha hecho mencion y que habian llevado al centro del cuarto. Estaba abierto y todo su contenido disperso por el suelo. Las víctimas se hallarian de espaldas á la ventana, y á juzgar por el tiempo transcurrido entre la invasion del animal y los primeros gritos, es probable que no lo vieron en seguida. En cuanto al ruido del postigo, lo atribuirian al viento. . . . . . .

Cuando el marinero miró en el cuarto, el terrible animal habia agarrado á la señora Espanaye por los cabellos que estaba peinando, y agitaba la navaja en torno de su cara, imitando los gestos de un barbero. La jóven se hallaba en el suelo, inmóvil; se habia desmayado.

Los gritos y los esfuerzos de la madre, durante los cuales le fueron arrancados los cabellos, produjeron el efecto de cambiar en furor las disposiciones probablemente pacíficas del orangutan. De un rápido golpe de su brazo musculoso, casi separó la cabeza del cuerpo. La vista de la sangre transformó su furor en frenesí; rechinaba los dientes, echaba fuego por los ojos. Arrojóse sobre el cuerpo de la jóven, le hundió las terribles uñas en la garganta y no la soltó hasta que la hubo muerto. Sus ojos encendidos y salvajes dirigiéronse en aquel momento á la cabecera de la cama, encima de la cual vió el semblante de su amo, paralizado por el terror.

La furia del animal, que sin duda alguna se acordaba del látigo, trocóse inmediatamente en terror. Sabiendo que habia merecido un castigo, parecia que trataba de ocultar las huellas sangrientas de su accion, y brincaba por el aposento en un acceso de agitacion nerviosa, derribando y rompiendo los muebles á cada uno de sus movimientos, y arrancando los colchones de la cama. Finalmente, apoderóse del cuerpo de la jóven, y lo introdujo en la chimenea, en la posicion en que fué encontrado; en seguida cargó con el de la madre, que arrojó con la cabeza por la ventana.

Cuando el mono se acercaba á la ventana con su carga mutilada, el marinero asustado se bajó, deslizándose sin precaucion á lo largo de la cadena, y huyó á su casa, temiendo las consecuencias de crimen tan atroz, y sin curarse, en su terror, de la suerte del orangutan. Las voces oidas desde la escalera eran sus esclamaciones de horror mezcladas con los ahullidos diabólicos del animal.

Poco me queda que añadir. El orangutan se habia escapado sin duda del aposento por la cadena del pararayos poco antes de que hundieran la puerta, y al pasar por la ventana, evidentemente la habia vuelto á cerrar. Mas tarde se apoderó de él su propio dueño, que lo vendió á buen precio para el jardin de las Plantas.

En cuanto hubimos referido en el mismo gabinete del prefecto de policía las circunstancias del negocio, adicionadas con algunos comentarios de Dupin, Lebon fué puesto en libertad. El prefecto, á pesar del justo concepto en que tenia á mi amigo, no pudo ocultar su mal humor viendo tomar este giro al negocio, y dejó escapar algunos sarcasmos acerca de la manía de algunas personas que se entrometian en las funciones agenas.

—Dejadle hablar, dijo Dupin, que no habia creido conveniente replicar, dejadle garlar, así aligerará su conciencia. Me alegro de haberle derrotado en su propio terreno. Sin embargo de no haber podido desembrollar este misterio, no hay motivo para asombrarse, y esto es menos singular de lo que se cree, pues, á decir verdad, nuestro amigo el prefecto es demasiado ladino para ser profundo. Su

ciencia no tiene base; es todo cabeza, y sin cuerpo, como los retratos de la diosa Laverna, ó mejor, cabeza y espaldas como un baca ao; pero á pesar de esto, es un hombre de bien. Yo le quiero particularmente por un maravilloso género de *caut* al cual debe su reputacion de genio: me refiero á su manía *de negar lo que existe y de esplicar lo que no existe* (1).

(1) Rousseau, *Nueva Eloisa.*



EL ESCARABAJO DE ORO.

III.

¡Oh! ¡oh! ¿qué es eso? ¡Este muchacho tiene una locura en las piernas! Le ha mordido la taráutula.

(TODO DE TRAVÉS.)

Hace algunos años que trabé amistad íntima con un sugeto llamado William Legrand. Pertenecia á una antigua familia protestante y habia sido rico en otro tiempo; pero una série de desgracias le habia reducido á la miseria. Para evitar la humillacion de sus desastres, dejó á Nueva-Orleans, ciudad de sus abuelos, y estableciése en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en la Carolina del Sur.

Esta isla es de las mas singulares: no está compuesta de otra cosa que de arena de mar, y tiene unas tres millas de largo y un cuarto de milla de ancho. Está separada del continente por un ancon apenas visible que filtra al través de una masa de

cañas y fango, cita habitual de las zarcetas. La vegetacion, como puede suponerse, es pobre, ó por mejor decir, enana. No se encuentran árboles de cierta dimension. Hácia la estremidad occidental, en el punto en donde se levantan el fuerte Moultrie y algunas miserables construcciones de maderas habitadas durante el verano por la gente que huye del polvo y de las calenturas de Charleston, es cierto que se encuentra la enana palmera setígera; pero toda la isla, á escepcion de este punto occidental y de un espacio triste y blancuzco que orla el mar, está cubierta de espesas malezas de mirto odorífero, tan estimado por los horticultores ingleses. El arbusto se eleva á veces á una altura de quince ó veinte piés, forma un monte tallar casi impenetrable y carga la atmósfera de perfumes.

En lo mas profundo de este monte, no lejos de la estremidad oriental de la isla; esto es, de la mas lejana, Legrand se habia construido una pequeña choza, que ocupaba cuando por vez primera y por casualidad le conocí.. Este conocimiento se trocó rápidamente en amistad, pues el apreciable recluso poseia cualidades que escitaban el interes y la estimacion. Ví que habia recibido una esmerada educacion, felizmente servida por facultades espirituales poco comunes; pero estaba infectado por la misantropía y sujeto á desgraciadas alternativas de entusiasmo y melancolía. Se servia poco de los libros á pesar de tener muchos en su casa. Sus principales diversiones consistian en cazar y pescar, ó en correr por la playa y al través de los mirtos en busca de conchas y objetos etimológicos, de los

cuales tenia una coleccion que habria dado envidia á un Swammerdam. En estas escursiones le acompañaba generalmente un viejo negro llamado Júpiter, que habia sido libertado antes de los reveses de la familia; pero que no se habia podido decidir ni por amenazas ni por promesas á abandonar á su jóven *Massa Will*, y consideraba como derecho suyo seguirle á todas partes. No es improbable que los padres de Legrand, juzgando que este tenia la razon algo estraviada, se esforzáran en confirmar á Júpiter en su ostinacion, con objeto de dar una especie de guardian al fugitivo.

Bajo la latitud de la isla Sullivan los inviernos son pocas veces rigorosos, y es un acontecimiento que al finalizar el invierno se haga indispensable el fuego. Sin embargo, á mediados de octubre de 18... hubo un dia escesivo de frio. Poco antes de ponerse el sol, me abria yo un camino al través del monte tallar hácia la choza de mi amigo, á quien hacia algunas semanas que no habia visto: yo vivia entonces en Charleston, á la distancia de nueve millas de la isla, y la facilidad de ir y volver era menor que hoy. Al llegar á la cabaña, llamé segun tenia de costumbre, y no recibiendo contestacion, busqué la llave en el sitio en que sabia que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa, y á fe mia, de las mas gratas. Me quité el paletó, acerqué un sillon á los troncos encendidos, y aguardé pacientemente la llegada de mis huéspedes.

Poco despues de anochecido llegaron y me aco-

gieron cordialmente. Júpiter, riéndose de una oreja á otra, movíase sin cesar y preparaba algunas zarcetas para la cena. Legrand se hallaba en una de sus *crisis* de entusiasmo; no sé que nombre darles. Habia encontrado un bivalvo desconocido, formando un nuevo género, y lo que mas, con ayuda de Júpiter habia cazado un escarabajo que creia nuevo, y acerca del cual deseaba saber mi opinion el dia siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? pregunté restregándome las manos delante del fuego, y mandando mentalmente á los diablos á toda la raza de escarabajos.

—¡Si hubiese sabido que estabais aquí! dijo Legrand; ¡pero hace tanto tiempo que no se os vé! ¿Cómo podia adivinar que vendríais á verme esta noche? Regresando á casa, he encontrado al teniente G... y le he prestado el escarabajo, de modo que no podreis verle hasta mañana por la mañana. Quedaos aquí esta noche y al salir el sol mandaré á Júpiter por él. Es la cosa mas encantadora de la creacion.

—¿Qué? ¿la salida del sol?

—No, hombre, el escarabajo. Es de un brillante color de oro, del tamaño á poca diferencia de una nuez grande, con dos manchas de un negro de azabache en uno de los estremos de la espalda y una tercera algo mas larga en el otro estremo. Los cuernecillos son...

—Os aseguro, Massa Will, dijo Júpiter, que no es de estaño; el escarabajo es de oro, de oro macizo, de un cabo al otro, por dentro y por fuera,

menos la alas; nunca he visto un escarabajo que pese la mitad de lo que este.

—Corriente, Júpiter, supongamos que tienes razon, replicó Legrand menos vivamente de lo que correspondia á la situacion; ¿pero es esto motivo para que dejes quemar las zarcetas? El color del insecto,—y se dirigió de nuevo hácia mí—bastaria en verdad para hacer plausible la idea de Júpiter. No habeis visto nunca brillo metálico mas resplandeciente que el de sus elitros, pero no podreis juzgar de ello hasta mañana. Entre tanto os daré una idea de su forma.

Hablando así, sentóse á una mesa sobre la cual habia una pluma y tinta, pero no papel. Buscólo en un cajon y no hallándolo, dijo:

—No importa, esto bastará.

Sacó del bolsillo del chaleco una cosa que me pareció un pedazo viejo de botella muy sucia, y dibujó encima una especie de cróquis con la pluma. Durante este tiempo yo habia permanecido junto al fuego, pues seguia sintiendo frio. Cuando hubo terminado el dibujo me lo dió sin levantarse. Al recibirlo de su mano, se oyó un ladrido acompañado de un ruido en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme perro de Terranova, propiedad de Legrand, se precipitó en el aposento, saltóme sobre los hombros y me colmó de caricias, pues me habia ocupado mucho de él en mis visitas anteriores. Cuando hubo terminado sus brincos miré el papel, y si he decir verdad me sentí turbado por el dibujo de mi amigo.

—Sí, dije despues de haberlo contemplado algu-

nos minutos, es un escarabajo muy estraño, lo confieso; nuevo para mí; nada he visto que se le parezca, como no sea un cráneo ó una cabeza de muerto.

—¡Una cabeza de muerto! repitió Legrand. ¡Ah! sí, tiene alguna semejanza. Las dos manchas superiores forman los ojos y la mas larga que está en el otro estremo figura una boca ¿no es cierto? Por otra parte, la forma general es un óvalo...

—Será así, contesté; pero creo, Legrand, que sois poco artista. Esperaré á que haya visto el animal para formarme una idea de su fisonomía.

—Si sabré yo como se ha de dibujar, dijo Legrand algo resentido; dibujo bastane bien, ó cuando menos deberia dibujar, pues he tenido buenos maestros y me precio de inteligente en la materia.

—Entonces os estais bur ando, amigo mio; esto es un cráneo; un cráneo perfecto segun todas las ideas admitidas relativamente á esta parte de la osteología, y vuestro escarabajo seria el mas estraño de todos los escarabajos del mundo, si se parecia á esto. Vamos, ¿no estableceremos ademas alguna supersticion pasmadora? Presumo que llamareis á vuestro insecto *scarabœus caput hominis*, ó algo que se le parezca; los libros de historia natural están llenos de designaciones de esta clase. Pero, ¿dónde están los cuernecillos de que me hablabais?

—¿Los cuernecillos? dijo Legrand que se enardecia de un modo inesplicable, ¿no los veis? Los he hecho tan distintos como lo son en el original, y presumo que esto basta.

—Los habreis dibujado, dije; pero lo cierto es que no los veo.

Y le devolví el papel sin añadir una palabra mas, no queriendo enojarle; pero me sentia muy conmovido por el aspecto que habia tomado el asunto; su mal humor me tenia violento, y en cuanto el cróquis del insecto, puedo asegurar que no tenia cuernecillllos visibles, y el conjunto se parecia á la imágen ordinaria de una cabeza de muerto.

Volvió á tomar el papel con aire sombrío, é iba á echarlo al fuego, cuando clavando la vista en el dibujo, me pareció que dejaba encadenada toda su atencion.

Su rostro se puso intensamente encendido, y en seguida se volvió pálido, y por espacio de algunos minutos siguió examinando el dibujo, sin moverse del asiento. Despues se levantó, tomó una vela y fue á sentarse encima de un cofre, al otro estremo del cuarto, en donde continuó examinando el papel y volviéndolo en todos sentidos. Como no decia una palabra, me admiraba su conducta; pero consideré prudente no exasperar su mal humor por medio de comentario alguno. Finalmente, sacó del bolsillo una cartera, guardó en ella el papel y la dejó en un pupitre que cerró con llave. Desde entonces pareció que recobraba sus maneras tranquilas, pero su primer entusiasmo habia desaparecido completamente. A medida que la noche iba adelantando, absorbíase mas y mas en sus meditaciones, y no hubo agudeza mia que le arrancara de ella. Primeramente habia tenido la intencion de pasar la noche en la cabaña, como habia hecho otras veces;

pero viendo el mal humor de mi huésped, consideré mas conveniente marcharme. No hizo esfuerzo alguno para detenerme, y al despedirme me estrechó la mano con cordialidad mas viva de lo que acostumbraba.

Un mes habia pasado desde esta aventura, durante el cual no oí hablar de Legrand, cuando recibí en Charleston una visita de su criado Júpiter. Nunca habia visto al buen viejo negro tan abatido y me sobrecogió el temor de que no hubiese sucedido á su mano alguna desgracia.

—¿Qué hay de nuevo, Júpiter? le pregunté. ¿Cómo sigue tu amo?

—Si he de decir la verdad, Massa, no sigue tan bien como debiera.

—No lo creia yo así. ¿De qué se queja?

—De nada; pero os aseguro que está muy enfermo.

—¿Enfermo, Júpiter? ¿Por qué no me lo has dicho en seguida? ¿Guarda cama?

—No, no está en cama. No está en ninguna parte, esto es lo que siento. El pobre Massa Will me infunde sérios cuidados.

—Te confieso que quisiera entender algo de lo que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo y no sabemos cuál es su enfermedad.

—¡Oh! Massa, es inútil romperse la cabeza..... Massa Will dice que no tiene nada absolutamente; pero si es así, ¿por qué camina de uno á otro lado, pensativo, con la cabeza caida, encorvado y pálido como una oca? ¿Por qué escribe sin cesar números y mas números.

—¿Números, Júpiter?

—Números y signos sobre una pizarra, signos los mas estraños de este mundo. Confieso que empiezo á tener miedo. Es preciso que no le pierda nunca de vista. El otro dia se me escapó antes de salir el sol, y corrió por el campo durante todo el dia de Dios. Corté espresamente un buen palo para administrarle una correccion de todos los diablos en cuanto volviera; pero soy tan animal que no tuve valor para hacerlo; ¡parece tan desgraciado!

—Creo que hiciste bien en ser indulgente con el pobre jóven. El látigo no le conviene, Júpiter; no se encuentra en estado de poderlo sufrir. ¿Pero no me dirás el motivo que ha ocasionado esa enfermedad, ó mas bien ese cambio de conducta? ¿Le ha sucedido algo desde que no os he visto?

—No, Massa, nada ha sucedido desde entonces; pero antes, sí; temo que el mismo dia que estuvisteis en la cabaña...

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Hablo del escarabajo, Massa.

—¿De qué?

—Del escarabajo; estoy seguro de que Massa Will ha sido mordido en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y qué razones tienes para hacer semejante suposicion?

—El animal está armado de uñas, Massa, y tiene una boca... En mi vida he visto escarabajo mas endemoniado; coge y muerde todo cuanto encuentra. Massa Will lo agarró, pero no tardó en soltarlo, y sin duda entonces fue cuando le mordió.

La facha y la boca del escarabajo no me gustaron, y en vez de cogerlo con los dedos, recogí un pedazo de papel, envolví el escarabajo en él, le puse un pedacito de papel en la boca, y así me lo llevé.

—¿Y crees que tu amo fue verdaderamente mordido por el escarabajo, y que la mordedura le ha enfermado?

—No solo lo creo, sino que lo sé de una manera positiva. ¿Cómo soñaria continuamente oro, si no le hubiese mordido el escarabajo de oro? No es la primera vez que oigo hablar de esos escarabajos.

—¿Cómo sabes que sueña oro?

—¿Que cómo lo sé? porque le oigo hablar en sueños; por esto lo sé.

—Puede que tengas razon, Júpiter; pero, ¿á qué dichosa circunstancia debo el honor de tu visita de hoy?

—¿Qué quereis decir, Massa?

—¿Me traes algun recado de Legrand?

—No, Massa, traigo esta carta.

Y Júpiter me dió un papel que decia así:

«Amigo mio:

»¿Por qué hace tanto tiempo que no os he visto? Espero que no habreis sido bastante niño para formalizaros en presencia de una descortesía por mi parte; no, no es probable.

»Desde el último dia que os ví estoy muy inquieto. Tengo que deciros algo, pero casi no sé como decíroslo, ni sé si os lo diré.

»Hace algunos dias que estoy preocupado, y el pobre Júpiter me incomoda insoportablemente con sus buenas intenciones y atenciones. ¿Creereis que

el otro dia se armó de un garrote para castigarme por haberme escapado y pasado el dia en medio de las colinas del continente? Creo que mi mal semblante me libró de la paliza.

»Desde que no nos hemos visto nada he añadido á mi coleccion.

»Venid con Júpiter, si no estais muy ocupado. *Venid, venid.* Deseo veros esta noche para un negocio importante, *muy importante*, os lo aseguro.

»Vuestro apasionado

»WILLIAM LEGRAND.»

En el tono de esta carta habia algo que me causó una viva inquietud. Este estilo se diferenciaba absolutamente del estilo habitual de Legrand. ¿En qué diablos estaba pensando? ¿Qué nuevo capricho habia tomado posesion de su cerebro? ¿Qué negocio *muy importante* tenia entre manos? La relacion de Júpiter nada bueno presagiaba; temí que la presion contínua del infortunio no hubiese al fin estraviado la razon de mi amigo, y sin vacilar un instante me preparé á acompañar al negro.

Al llegar á la orilla del mar, vi una hoz y tres azadas nuevas en el fondo del esquife en que íbamos á embarcarnos.

—¿Qué significa esto, Júpiter?

—Es una hoz y tres azadas, Massa.

—Ya lo veo; pero ¿qué hacen aquí estos objetos?

—Massa Will me ha encargado que los comprara en la ciudad, y caro los he pagado, nos cuestan un dineral.

—Pero en nombre de todo lo misterioso, ¿qué

quiere hacer tu Massa Will de la hoz y de las azadas?

—Me preguntais mas de lo que sé, Massa; no sé mas. Estoy convencido de lo que digo: de todo tiene la culpa el escarabajo.

Viendo que nada podia saber por Júpiter, cuyo entendimiento parecia absorbido por el escarabajo, entré en el esquife y desplegué la vela. Una hermosa y fresca brisa nos llevó rápidamente á la pequeña ensenada al norte del castillo de Moultrie, y despues de un paseo de cosa de dos millas, llegamos á la choza. Serian las tres de la tarde, y Legrand, que nos aguardaba con viva impaciencia, me apretó la mano con un apreton nervioso que me alarmó y avivó mis nacientes sospechas. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver, y sus ojos, naturalmente muy hundidos, brillaban con un resplandor sobrenatural. Despues de algunas preguntas relativas á su salud, no sabiendo qué decirle, le pregunté si el teniente G... le habia devuelto el escarabajo.

—¡Oh! sí, respondió poniéndose encarnado, lo recobré al dia siguiente. Por nada del mundo me separaria de este escarabajo.. ¿Sabeis que Júpiter tenia razon?

—¿En qué? pregunté lleno el corazon de tristes presentimientos.

—En suponer que el escarabajo era de oro puro.

Pronunció estas palabras con una gravedad profunda que me hizo daño.

—Este escarabajo está destinado á hacer mi fortuna, prosiguió sonriéndose con aire de triunfo, á

reinstalarme en las posesiones de mi familia. No es, pues, estraño que le quiera tanto. Ya que la fortuna ha creido conveniente otorgármele, me valdré prudentemente de él, y llegaré hasta el oro que él mismo me indica. Tráelo, Júpiter.

—¿El escarabajo, Massa? No quiero nada con el escarabajo; traedlo vos mismo.

Legrand se levantó grave é imponente y fue á buscar el insecto que se hallaba debajo de un globo de vidrio. Era un magnífico escarabajo, desconocido en aquella época de los naturalistas, y que habia de ser de mucho valor bajo el punto de vista científico. En un estremo de la espalda tenia dos manchas negras y redondas y en el otro una mancha de figura prolongada. Los elitros eran escesivamente duros y lucientes y presentaban el aspecto del oro bruñido. Pesaba mucho, y no era de admirar la opinion de Júpiter; pero que Legrand pensara como el negro en este particular, era cosa que yo no podia comprender, era un enigma cuya solucion no me era fácil hallar.

—Os he mandado á buscar, me dijo cuando hube acabado de examinar el insecto, para pediros consejo y asistencia en el cumplimiento de los designios del destino y del escarabajo....

—Amigo Legrand, esclamé interrumpiéndole; me parece que estais algo enfermo y hariais mucho mejor si tomárais algunas precauciones. Acostáos, y os cuidaremos hasta que os hayais restablecido. Teneis calentura, y....

—Tomadme el pulso, respondió.

Se lo tomé, y debo decir en honor de la verdad que no hallé síntomas de calentura.

—Es posible estar enfermo sin tenér calentura. Permitidme por una sola vez que os sirva de médico. Empezad por acostaros; en seguida......

—Os engañais, me siento tan bueno como se puede estarlo durante la escitacion en que me encuentro. Si realmente tratais de cuidarme, aliviadme de esta escitacion.

—¿Qué he de hacer para conseguirlo?

—Poca cosa. Júpiter y yo nos ponemos en camino para una espedicion en las colinas del continente, y necesitamos la ayuda de una persona de la cual no abriguemos la menor desconfianza. Vos sois esta persona única. Si se frustra la empresa ó si salimos con éxito de ella, la escitacion que me domina en este momento se habrá desvanecido.

—Deseo serviros en todo, repliqué; ¿pero insistís en que este escarabajo tiene relacion con vuestra espedicion á las colinas?

—Ciertamente.

—En este caso, Legrand, no puedo cooperar á una empresa tan perfectamente absurda.

—Lo siento, lo siento en estremo, pues tendremos que llevarla á cabo los dos.

—¡Los dos! No hay duda, se ha vuelto loco. Pero vamos á ver, ¿cuánto tiempo durará vuestra ausencia?

—Probablemente toda la noche. Vamos á partir inmediatamente y estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me prometeis que satisfecho este capricho y

evacuado el asunto del escarabajo, volvereis á la cabaña para seguir mis preceptos como los de un médico?

—Sí, os lo prometo. Ahora marchemos, no hay que perder tiempo.

A las cuatro nos poníamos en camino Legrand, Júpiter, el perro y yo. El negro tomó la hoz y las azadas, y á mi modo de ver, cargó con ellas mas bien por temor de dejar uno de estos instrumentos en las manos de su amo, que por esceso de celo y de complacencia. Por otra parte, estaba de un humor de perros, y las palabras *¡Maldito escarabajo!* fueron las únicas que se le escaparon durante el viaje. Yo llevaba dos linternas sordas, y Legrand se habia contentado con llevar el escarabajo atado al estremo de un pedazo de bramante, al cual daba vueltas en torno suyo, mientras andaba, con ademanes de mágico.

Cuando observé este supremo síntoma de demencia en mi amigo, apenas pude contener las lágrimas. Pensé, sin embargo, que valia mas dejarle llevar á cabo aquel capricho, y esperar el momento de poder tomar medidas enérgicas con probabilidades de éxito. Traté inútilmente de averiguar por él el objeto de la espedicion; pero como ya habia conseguido que le acompañára, parecia poco dispuesto á entablar conversacion acerca de un punto tan poco importante. A todas mis preguntas, no respondia mas qué: Veremos.

Atravesamos en un esquife el ancon en la punta de la isla, y trepando por los terrenos montuosos de la orilla opuesta, nos dirigimos hácia el noroeste,

al través de un pais horriblemente salvaje y desolado, en el cual era imposible descubrir huellas de piés humanos. Legrand seguia con decision su camino, deteniéndose únicamente de vez en cuando para consultar ciertas señales que al parecer habia dejado en otra ocasion.

Así anduvimos unas dos horas, é iba á ponerse el sol cuando entramos en una region infinitamente mas siniestra que todo cuanto habíamos visto hasta entonces. Era una especie de terreno cerca de la cumbre de una montaña horrorosamente escarpada, cubierta de leña desde la base hasta la cumbre y sembrada de enormes peñascos que parecian echados en desórden, muchos de los cuales habrian rodado infaliblemente hácia el valle sin el socorro de los árboles contra los cuales se apoyaban. Barrancos profundos se estendian en distintas direcciones y daban á la escena un carácter de solemnidad mas lúgubre.

La plataforma natural á la cual habíamos trepado estaba tan profundamente atestada de zarzas, que á no ser por la hoz, no habríamos podido abrirnos paso. Júpiter, obedeciendo las órdenes de su amo, empezó á abrir camino hasta el pié de un tulipero gigantesco que se alzaba, en compañía de ocho ó diez encinas, en la plataforma, y las sobrepujaba á todas; como tambien á cuantos árboles habia visto hasta entonces, por la hermosura de la forma y del follaje, por el inmenso desarrollo de las ramas y por la majestad general de su aspecto. Al llegar al árbol, Legrand se dirigió á Júpiter, preguntándole si se creia capaz de trepar por él. El

pobre viejo quedó como suspenso al oir la pregunta, y nada respondió. En seguida se acercó al árbol, paseó alrededor examinando el tronco con minuciosa atencion, y terminado el exámen, dijo:

—Sí, Massa; Jup no ha visto árbol al cual no pueda trepar.

—Entonces, sube: vamos aprisa, pues va á oscurecer y no veremos.

—¿Hasta dónde he de subir, Massa?

—Trepa por el tronco y luego te diré qué camino has de seguir. ¡Ah! espera; súbete el escarabajo.

—¡El escarabajo, Massa Will! ¡el escarabajo de oro! gritó el negro retrocediendo espantado; ¿para qué me he de llevar el escarabajo? Cómame él si lo hago.

—Jup, ¿es posible que un viejo negro, un robusto negro, tenga miedo de tocar un insecto muerto é inofensivo? Puedes llevártelo cogido con la punta del bramante; pero si no te lo llevas de un modo ó de otro, me veré en la cruel necesidad de abrirte la cabeza con esta azada.

—¡Dios mio! ¡qué sucede, pues, Massa? dijo Jup, á quien la vergüenza hacia mas complaciente. ¡Es fuerte cosa que hayais de buscar siempre camorra á vuestro pobre negro! ¿Yo tener miedo á un escarabajo? me rio de los escarabajos.

Y tomando con precaucion el insecto por el estremo del cordel, manteniéndole tan lejos de su persona como lo permitian las circunstancias, se dispuso á subir al árbol.

En su juventud el tulipero, ó *Liriodendron Tulipiferum*, el mas magnífico de los árboles america-

nos, tiene un tronco muy liso y se eleva á grande altura sin echar ramas laterales; pero al llegar á la madurez, la cáscara se vuelve rugosa y desigual y muchos pequeños rudimentos de ramas se manifiestan en el tronco, de modo que en el caso actual el escalamiento era mucho mas difícil en apariencia que en realidad. Abrazando lo mejor que pudo el enorme cilindro con los brazos y las rodillas, empuñando algunos renuevos y apoyando en otros los piés descalzos, Júpiter, despues de haber estado una ó dos veces á punto de caer, llegó á la primera horquilla y desde allí consideró la tarea como virtualmente realizada. En efecto, el riesgo principal de la empresa habia desaparecido, por mas que el valiente negro se encontrase á sesenta ó setenta piés d-l suelo.

—¿Hácia dónde conviene que vaya, Massa Will? preguntó el negro.

—Sigue le rama mayor, la de este lado, contestó Legrand.

El negro le obedeció en seguida y al parecer sin mucho trabajo, subió, subió cada vez mas, de suerte que llegó á desaparecer en lo espeso del follaje. Entonces su voz lejana gritó de nuevo:

—¿He de subir mas?

—¿A qué altura te encuentras? Preguntó Legrand.

—Me encuentro tan alto, tan alto, que puedo ver el cielo al través de la cumbre del árbol.

—No pienses en el cielo, sino en lo que voy á decirte. Mira el tronco y cuenta las ramas que hay

debajo de tí hácia este lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco; he pasado cinco grandes ramas, Massa.

—Sube, pues, otra.

Pocos momentos despues la voz de Júpiter se oyó de nuevo diciendo que habia llegado á la séptima rama.

—Ahora, dijo Legrand muy agitado, es preciso que te adelantes por esa rama tan lejos como puedas. Si ves alguna cosa estraña, dímelo.

Desde entonces me asaltaron las dudas que relativamente á la demencia de mi amigo habia tratado de combatir. No podia dejar de considerarle como loco, y empecé á pensar sériamente en los medios de trasladarle á su casa. Mientras que meditaba acerca de lo que podria hacer, se oyó otra vez la voz de Júpiter.

—Tengo miedo de dar un paso mas sobre esta rama, es una rama muerta en toda su longitud.

—¿Te parece que es una rama muerta, Júpiter? preguntó Legrand con voz trémula de emocion.

—Sí, Massa, muerta como un clavo hundido, no hay mas, muerta, sin vida.

—¡Dios mio! ¿qué haré? murmuró Legrand como desesperado.

—¿Qué hareis? respondí aprovechando la ocasion, volver á la choza y acostaros. Vamos, venid. No seais testarudo: se hace tarde..... acordaos de la promesa que me habeis hecho.

—Júpiter, gritó sin escucharme, ¿me oyes?

—Sí, Massa Will, os oigo perfectamente.

—Rompe la rama con tu cuchillo y dime si la hallas podrida.

—Podrida, Massa, bastante podrida, respondió un momento despues el negro; pero no tanto como podria estarlo. Puedo adelantarme mas; pero yo solo.

—¡Tu solo! ¿qué quieres decir?

—Me refiero al escarabajo, que pesa mucho. Si lo suelto, la rama podrá sostener mi peso.

—¡Infernal bellaco! gritó Legrand, ¿qué majaderías son esas? Si dejas caer el insecto te he de romper la cabeza. Oye, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, Massa; no hay para qué maltrateis á un pobre negro.

—Corriente, óyeme. Si te adelantas tanto como puedas sin peligro, y sin soltar el escarabajo, te regalaré un dollar en cuanto bajes.

—Voy, Massa Will: ya lo he hecho, casi toco el estremo.

—¡El estremo! gritó Legrand mas sereno; ¿quieres decir que estás en el estremo de la rama?

—Poco me falta, Massa, ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡Dios del cielo! ¡misericordia! ¿qué es lo que veo en el árbol?

—¿Qué ves? gritó Legrand en el colmo de la alegría.

—Nada menos que un cráneo; alguno se dejó la cabeza en el árbol y los cuervos se han comido toda la carne.

—¿Un cráneo? ¡Muy bien! ¿Cómo está sujeto á la rama?

—Sujeto está; voy á verlo. ¡Cosa mas rara!...

el cráneo está sujeto por medio de un gran clavo.

—Ahora, Júpiter, vas á hacer exactamente lo que te diga. ¿Me oyes?

—Sí, Massa.

—Oye bien. Busca el ojo izquierdo del cráneo.

—No tiene ojo izquierdo

—¡Maldito estúpido! ¿No sabes distinguir la mano izquierda de la derecha?

—Si sé, si sé, mi mano izquierda es la que me sirve para partir leña.

—Recuerdo que eres zurdo, y tu ojo izquierdo se halla en el mismo lado que tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás hallar el ojo izquierdo del cráneo, ó el sitio que ocupaba. ¿Lo has hallado?

Despues de una larga pausa, el negro preguntó:

—El ojo izquierdo del cráneo se halla en el mismo lado que la mano del mismo? Pero el cráneo no tiene manos. No importa, aquí está el ojo izquierdo. ¿Qué he de hacer ahora?

—Arria el escarabajo, tanto como lo permita el bramante, pero guárdate de soltarlo, haciéndolo pasar por el ojo izquierdo.

—Ya está hecho Massa Will, no es difícil hacer pasar el escarabajo por el agujero: miradle cómo baja.

Durante este diálogo, la persona de Júpiter habia quedado invisible; pero el insecto que dejaba bajar aparecia en el estremo del bramante, y brillaba como una bola de oro bruñido á los últimos rayos del sol que se ocultaba en su ocaso y que iluminaba aun débilmente la eminencia en que nos hallábamos. El escarabajo al bajar apartaba el fo-

llaje, y si Júpiter lo hubiese soltado, habria caido á nuestros piés. Legrand se apoderó de la hoz y cortó las zarzas en un espacio circular de tres á á cuatro yards de diámetro, debajo del insecto, y terminada esta operacion, mandó á Júpiter que soltara el cordel y bajara del árbol.

Con un escrupuloso cuidado mi amigo hundió en tierra una clavija, en el mismo punto en que cayera el escarabajo, y sacó del bolsillo una cinta de medir. Atóla por uno de los estremos al tronco del árbol, la desarrolló hasta la clavija y continuó desarrollándola en la direccion dada por estos dos puntos; la clavija y el tronco, hasta la distancia de cincuenta piés. Entre tanto Júpiter segaba las zarzas con la hoz. En el punto encontrado así, clavó una segunda clavija que tomó como centro, y en torno del cual describió groseramente un círculo de cuatro piés de diámetro. En seguida se apoderó de una azada, me dió otra y otra á Júpiter, y nos rogó que caváramos tan vivamente como nos fuera posible.

A decir verdad, nunca me habia dado por semejante diversion, y en el caso presente me habria pasado sin ella con mucho gusto, pues la noche se adelantaba y me sentia bastante cansado del ejercicio de aquella tarde: pero no hallaba medio de sustraerme á aquella ocupacion, y temia turbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi pobre amigo. A poder contar con la ayuda de Júpiter, no habria vacilado en llevar por fuerza al loco á su casa; pero conocia muy bien el carácter del negro para esperar su asistencia en caso de una lucha personal con su amo en cualquiera circunstancia. Ya

no me cabia duda de que Legrand estaba infestado de una de sus innumerables supersticiones del Sur relativas á tesoros escondidos, y que esta creencia se habia confirmado con el hallazgo del escarabajo ó quizás con la obstinacion de Júpiter en sostener que el escarabajo era de oro puro. Un espíritu predispuesto á la locura podia dejarse arrastrar por semejantes sujestiones, particularmente si concordaban con sus ideas favoritas preconcebidas; despues recordé el discurso del pobre mozo relativo al escarabajo *indicio de su fortuna.* A pesar de sentirme cruelmente atormentado, resolví cavar con gusto para convencer lo mas pronto posible á nuestro visionario de lo imaginario de sus cavilaciones por medio de una demostracion ocular.

Encendimos las linternas, y emprendimos nuestra tarea con una union y celo dignos de causa mas racional; y como la luz caia sobre nuestras personas y útiles, no pude menos de pensar que formábamos un grupo verdaderamente pintoresco, y que si un intruso hubiese caido por casualidad en medio de nosotros, se le habríamos aparecido como ocupándonos en una tarea muy estraña y sospechosa.

Cavamos con fuerza durante dos horas, sin hablar palabra. Nuestro principal embarazo era causado por los ladridos del perro, que se interesaba escesivamente en nuestro trabajo. Se puso despues tan turbulento, que temimos alarmara á los rondadores de las cercanías, ó por mejor decir, este era el gran cuidado de Legrand, pues por mi parte me hubiera alegrado de cualquiera interrupcion que

me hubiese permitido volver al vagabundo á su casa. Por fin cesó el alboroto, gracias á Júpiter que lanzándose fuera del hoyo con aire furiosamente decidido puso por medio de una correa un bozal al perro, y volvió á la tarea con una risita de triunfo muy grave.

En dos horas habíamos hecho un hoyo de cinco piés de profundidad, sin hallar indicio alguno de tesoro. Hicimos una pausa general, y empecé á esperar que la farsa tocaba á su término. Sin embargo, Legrand, aunque al parecer muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió á coger la azada. El hoyo ocupaba ya toda la estension del círculo de cuatro piés de diámetro; nos apartamos de este límite y lo ensanchamos dos piés mas. Nada encontramos. Legrand, á quien compadecía de todo corazon, saltó en fin fuera del hoyo, pálido, á mas no poder, y dicidióse lentamente y como con disgusto á vestirse de nuevo la levita que se habia quitado antes de poner manos á la obra. Por lo que á mí hace, me guardé muy bien de hacer observacion alguna. A una seña de su amo, Júpiter empezó á recoger los instrumentos; hecho lo cual, y libre el perro de la correa, emprendimos en silencio el camino de la cabaña.

Habíamos dado unos doce pasos, cuando Legrand, profiriendo una terrible blasfemia se precipitó sobre Júpiter, agarrándole por el cuello. El negro estupefacto abrió los ojos y boca en toda su amplitud, soltó las azadas y cayó de rodillas.

—¡Malvado! gritó Legrand haciendo silbar las sílabas entre los dientes, ¡negro maldito! ¡pícaro

negro! habla, te digo; respóndeme en seguida, obedece: ¿cuál es tu ojo izquierdo.

—¡Misericordia! Massa Will, ¿acaso no es este mi ojo izquierdo? decia Júpiter asustado, llevándose la mano al órgano *derecho* de la vision, y señalándolo con la tenacidad de la desesperacion, como si temiera que su amo tratara de arrancárselo.

—¡Ya lo sospechaba yo!... ¡viva! vociferaba Legrand soltando al negro y dando brincos y cabriolas, con gran asombro de su criado, que levantándose paseaba en silencio sus ojos desde su amo á mí y desde á mí á su amo.

Y se dirigió hácia el tulípero.

—Júpiter, dijo cuando hubimos llegado al pié del árbol, acércate. ¿El cráneo está sujeto de cara al esterior, ó de cara á la rama?

—De cara al esterior, Massa, de modo que los cuervos se han podido comer los ojos sin ninguna dificultad.

—Bien. ¿Has pasado el cordel por este, ó por este otro ojo?

Y Legrand tocaba alternativamente los dos ojos de Júpiter.

—Por este, Massa, por el izquierdo, segun me mandásteis.

Y el pobre negro se volvia á tocar el ojo derecho.

—No hay mas, hemos de empezar de nuevo.

Entonces mi amigo, en cuya locura veia ó creia ver ciertos indicios de método, hundió la clavija que indicaba el punto en que habia el escarabajo, á tres pulgadas hácia el oeste de su primera posicion.

Estendiendo otra vez la cinta desde el punto mas inmediato del tronco hasta la clavija, como habia hecho antes, y continuando en estenderlo en línea recta á una distancia de cincuenta piés, marcó un nuevo punto apartado algunos yards del sitio en que habíamos abierto el hoyo.

En torno de este nuevo centro trazó un círculo algo mas ancho que el primero, y empezamos otra vez á manejar las azadas. Yo estaba escesivamente cansado; pero sin poderme dar cuenta de lo que ocasionaba un cambio en mi pensamiento, ya no sentia tanta aversion á la tarea que me habian impuesto. Me interesaba sin saber por qué, y diré mas, me sentia escitado. Habia en la estravagante conducta de Legrand un aire deliberado, una especie de ademan profético, que me impresionaba. Cavaba ardientemente, y de vez en cuando me detenia como buscando con los ojos y lleno de esperanza, el tesoro imaginario cuya vision habia enloquecido á mi desdichado amigo. Hacia casi una hora y media que estábamos trabajando, cuando otra vez vinieron á interrumpirnos los violentos ladridos del perro. Su inquietud en el primer caso era evidentemente resultado de un capricho ó de una loca alegría; pero esta vez tenia un tono mas violento y mas caracterizado. Cuando Júpiter trató de ponerle de nuevo el bozal, hizo una resistencia furiosa, y saltando dentro del hoyo, se puso á escarbar frenéticamente la tierra con las uñas. Pocos segundos despues habia descubierto una masa de huesos humanos, formando dos esqueletos completos, y mezclados con algunos botones de metal y con una cosa

que nos pareció lana vieja podrida y desmenuzada. Uno ó dos golpes de azada hicieron saltar la hoja de un gran cuchillo español; cavamos mas, y hallamos tres ó cuatro monedas de oro y plata.

Al verlas, apenas pudo Júpiter contener su alegria; pero en el semblante de su amo veiase un profundo descontento. Nos rogó que continuáramos nuestros esfuerzos, y apenas habia acabado de hablar, cuando tropecé y cai de cara; la punta de mi bota se habia introducido en un sendo anillo de hierro, que estaba medio sepultado debajo de un monton de tierra removida.

Seguimos trabajando con nuevo ardor: nunca he pasado diez minutos de tan viva exaltacion. Durante este intervalo, desenterramos una arca de madera de figura oblonga que, á juzgar por su perfecta conservacion y estrema dureza, habia sido sometida á algun procedimiento mineralógico, quizá al biclororo de mercurio. El arca tenia tres piés y medio de largo, tres de ancho, y dos y medio de profundidad. Estaba cerrada perfectamente por medio de planchas de hierro forjado, formando una especie de enrejado. Tenia á cada lado tres anillos de hierro, por medio de los cuales seis personas podian llevarla. Todos nuestros esfuerzos reunidos solo consiguieron moverla ligeramente, y esto nos persuadió de la imposibilidad de trasportar un peso tan enorme. Felizmente, la tapa solo estaba sujeta por dos cerrojos que hicimos correr, temblando y jadeantes de ansiedad. En un momento un tesoro de incalculable valor presentóse resplandeciente á nuestros ojos. Los rayos de las linternas caian en el

hoyo, haciendo brillar un monton confuso de oro y de alhajas, con resplandores que nos deslumbraban.

No trataré de describir los sentimientos con que contemplaba yo aquel tesoro: el estupor, como puede suponerse, dominaba á todos los demas. Legrand parecia abatido por su propia escitacion, y solo pronunció algunas palabras. En cuanto á Júpiter, su rostro se puso tan pálido como puede estarlo el rostro de un negro; no parecia sino que le acababa de herir el rayo. En seguida cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo los brazos desnudos hasta el codo, los tuvo metidos dentro del arca mucho tiempo, como si sintiera el placer de un baño, hasta que exhalando un hondo suspiro, esclamó, hablando consigo mismo:

—¿Y todo esto debemos al escarabajo de oro? ¡Hermoso escarabajo de oro! ¡pobre escarabajo de oro! ¡Y yo le injuriaba, yo le calumniaba! ¿No te dá vergüenza, negro bellaco? vamos, responde.

Fue preciso que despertara, por decirlo así, al amo y al criado, y que les hiciera comprender lo conveniente de que nos lleváramos el tesoro. Se hacia tarde, y era preciso que desplegáramos bastante actividad, si deseábamos que todo estuviese seguro en casa antes del dia. No sabíamos qué partido tomar, y el tiempo se nos iba en deliberaciones, tanto era el desórden de nuestras ideas. Finalmente, aligeramos el arca, sacando las dos terceras partes de su contenido, y con algun trabajo pudimos arrancarla del hoyo. Los objetos que sacamos fueron colocados entre las zarzas, y confiados á la

guardia del perro, al cual Júpiter encargó estrictamente que no se moviera bajo pretesto alguno, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos rápidamente en camino con el arca; llegamos sin obstáculo á la cabaña, pero despues de no poco cansancio y de hora y media. Fatigados como estábamos, no podíamos inmediatamente volver á la tarea; hubiera sido traspasar las fuerzas de la naturaleza; y así fué que descansamos hasta las dos, en seguida cenamos, y luego nos pusimos en camino de nuevo hácia las montañas provistos de tres sacos que felizmente encontramos en la cabaña. Poco antes de las cuatro llegamos al hoyo, nos dividimos por igual el resto del botin, y sin cuidarnos de llenar otra vez el hoyo, regresamos á la cabaña, en donde dejamos nuestras preciosas cargas, cuando los primeros albores del sol aparecian en Oriente por encima de la copa de los árboles.

Estábamos rendidos de cansancio; pero la profunda escitacion actual nos negó el reposo. Nos levantamos despues de un sueño inquieto de tres ó cuatro horas, como si hubiéramos convenido en ello, para proceder al exámen de nuestro tesoro.

El arca habia sido llenada hasta los bordes, y pasamos todo el dia y parte de la noche siguiente en inventariar su contenido. En la colocacion no habia precedido órden alguno; todo estaba confusamente amontonado. Cuando hubimos hecho una clasificacion general, nos encontramos en posesion de una fortuna que iba mas allá de todas nuestras suposiciones. Habia en especies mas de 450,000 dollars,

apreciado el valor de las piezas con todo el rigor posible, segun las tablas de la época. No encontramos ni una partícula de plata; todo era de oro viejo y de grande variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, algunas guineas inglesas y varias piezas de modelo que nunca habíamos visto. Tambien habia muchas monedas muy grandes y muy pesadas, pero tan usadas que no pudimos descifrar las inscripciones. No encontramos ninguna moneda americana. En cuanto á la estimacion de las alhajas, fué cosa mas difícil. Encontramos diamantes, entre los cuales los habia muy hermosos y de notable grosor, hasta ciento y diez; diez y ocho rubíes de precioso brillo; trescientas diez esmeraldas riquísimas; veinte y un záfiros y un ópalo.

Todas estas piedras habian sido arrancadas de sus guarniciones y echadas en desórden en el arca. Las guarniciones, de las cuales hicimos una categoría distinta del otro oro, parecian haber sido aplastadas á martillazos, como para que no pudiesen ser conocidas. Habia además una enorme cantidad de adornos de oro macizo; unas doscientas sortijas ó pendientes, treinta hermosas cadenas, ochenta y tres crucifijos muy grandes y pesados, cinco incensarios de oro de mucho precio, una jigantesca ponchera de oro adornada de pámpanos y figuras de bacantes anchamente cinceladas: dos puños de espada trabajados con primor, y otros muchos artículos mas pequeños de que ya no me acuerdo.

El peso de todos estos valores pasaba de 350 libras, y he omitido ciento noventa y siete relojes de oro, tres de los cuales valian 500 dollars cada uno.

Otros muchos eran antiguos y de ningun valor, como piezas de relojería, á causa de haber sufrido más ó menos la accion corrosiva de la tierra; pero todos estaban magníficamente adornados de pedrerías, y las cajas eran de mucho valor. Avaluamos aquella noche el contenido del arca en un millon y medio de dollars, y cuando mas tarde dispusimos de las alhajas y pedrerías, despues de haber guardado algunas para nuestro uso personal, encontramos que valian mucho mas de lo que habíamos creido.

Terminado el inventario y calmada en gran parte la exaltacion, viendo Legrand que me moria de impaciencia por poseer la solucion de aquel prodigioso enigma, entró en un detalle completo de todas las circunstancias que se referian á este.

—Os acordareis, me dijo, de la noche en que os enseñé un dibujo que representaba el escarabajo, y no habreis olvidado que me chocó vuestra insistencia en sostener que el dibujo representaba una cabeza de muerto. La primera vez que oí este aserto, creí que os chanceábais; recordé en seguida las manchas de la espalda del insecto, y convine conmigo mismo en que vuestra observacion no carecia de fundamento. Con todo, vuestra ironía respecto de mis facultades gráficas me irritaba, pues soy tenido por un regular artista; de modo que cuando me devolvísteis el pedazo de pergamino, estuvé á punto de magullarlo y echarlo al fuego.

—¿Os referís al pedazo de papel?

—Tenia todas las apariencias de papel, y yo mismo creí al principio que lo era; pero cuando fui

á dibujar en él, descubrí que era un pedazo de pergamino muy delgado, y al mismo tiempo muy sucio. Al ir á magullarlo, mis ojos encontraron el dibujo que habíais mirado vos, y juzgad de mi asombro al ver la imágen positiva de una cabeza de muerto en el mismo punto en que habia creido dibujar un escarabajo. Durante un momento me sentí tan sorprendido que no supe qué pensar. Estaba seguro de que mi cróquis se diferenciaba completamente del nuevo dibujo, por mas que hubiese cierta anología en el contorno general. Entonces tomé una vela, y sentándome al otro estremo del cuarto, procedí á un análisis mas detenido del pergamino. Volviéndole al revés, ví el dibujo tal como yo lo habia hecho. Mi primera impresion fue de sorpresa; habia una analogía realmente notable en el contorno, y era una coincidencia singular el hecho de la figura de un cráneo, que me era desconocido, ocupando el otro lado del pergamino, inmediatamente debajo de mi dibujo del escarabajo, y de un cráneo que se parecia exactamente á mi dibujo, no solo por el contorno, sino tambien por la dimension. Digo que lo singular de esta coincidencia me dejó sorprendido durante un instante, efecto comun de esta clase de coincidencias. El espíritu se esfuerza por establecer una relacion de causa á efecto, y sintiéndose impotente para conseguirlo, esperimenta una especie de parálisis momentánea. Pero cuando me recobré de este estupor, sentí lucir en mí por grados una conviccion que me sorprendió todavía mas que la coincidencia. Empecé á recordar distintamente, con claridad, que cuando

dibujé el escarabajo no habia otro dibujo en el pergamino, y adquirí de ello la mayor certeza, acordándome de haberle dado varias vueltas buscando el sitio mas limpio. A estar visible el cráneo, yo lo habria visto infaliblemente. Luego habia allí un misterio que me sentí incapaz de desembrollar; pero desde aquel mismo momento me pareció ver prematuramente una débil luz en las regiones mas profundas y secretas de mi entendimiento, una especie de luciérnaga intelectual, una concepcion embrionaria de la verdad, de la cual nuestra aventura de la otra noche nos ha proporcionado tan espléndida demostracion. Levantéme decididamente, y guardando con cautela el pergamino, aplacé toda reflexion ulterior para cuando me hallase solo.

Cuando estuvisteis fuera y Júpiter se hubo dormido, me entregué á una investigacion algo mas metódica de la cosa, y empecé por recordar la manera cómo el pergamino habia caido en mis manos. El paraje donde descubrimos el escarabajo era la costa del continente, á una milla al Este de la orilla, pero á una pequeña distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando lo cogí me mordió cruelmente y lo solté. Júpiter, con su acostumbrada prudencia, antes de coger el insecto que habia volado de su lado, buscó una hoja ú otra cosa análoga con que envolver al escarabajo, y en el mismo momento sus ojos y los mios vieron el pedazo de pergamino que entonces me pareció papel. Estaba medio hundido en la arena con una punta al aire. Junto al sitio en que le encontramos observé los restos del casco de un gran buque, si no me enga-

ño. Los tales despojos de un naufragio probablemente se hallaban allí hacia mucho tiempo, pues apenas podia descubrirse la fisonomía de una tabla de buque.

Júpiter recogió el pergamino, envolvió el insecto y me lo entregó. Poco tiempo despues emprendió el camino de la cabaña y encontramos al teniente G....., á quien enseñé el insecto y me pidió que se lo dejara llevar al fuerte. Consentí en ello, y se lo puso en el bolsillo del chaleco, sin el pergamino en que estaba envuelto, y que yo seguia teniendo en la mano mientras que él examinaba el escarabajo. Quizá temió que yo mudara de parecer, y consideró prudente apoderarse en seguida del insecto, pues ya sabeis que tiene una aficion loca á la historia natural y á cuanto la concierne. Es probable que entonces, sin pensar en ello, me metí el pergamino en el bolsillo.

No sé si recordareis que cuando me senté á la mesa para dibujar el escarabajo, no hallé papel en el paraje en que suelo tenerlo; busqué en el cajon y tampoco lo hallé; registré mis bolsillos esperando hallar una carta, cuando mis dedos encontraron un pergamino. Os detallo minuciosamente toda la série de circunstancias que lo pusieron en mis manos, porque todas ellas han despertado singularmente mi atencion.

Indudablemente me tendreis por un delirante; pero yo habia establecido una especie de conexion; habia unido dos anillos de una gran cadena. Un buque destrozado en la costa, y no lejos del buque un pergamino, *no un papel*, que tenia pintado un

cráneo. Me preguntareis naturalmente dónde está la relacion, á lo que responderé que el cráneo ó cabeza de muerto es el emblema muy conocido de los piratas, los cuales en todos los combates izan un pabellon en que hay pintado un cráneo.

Ya os he dicho que era un pedazo de pergamino y no de papel: el pergamino es una cosa durable, casi imperecedera; pocas veces se confian al pergamino cosas de escasa importancia, pues no corresponde de mucho tan bien como el papel á las necesidades de la escritura y del dibujo. Esta reflexion me indujo á pensar que habia de tener alguna relacion, algun sentido particular con el cráneo. Observé la forma del pergamino: uno de los lados habia sido destruido por algun accidente; pero se veia que la figura primitiva era oblonga: era, pues, una de estas hojas que se escogen para escribir, para consignar un documento importante, una nota que se desea conservar mucho tiempo.

—Pero decís que el cráneo no estaba en el pergamino cuando dibujásteis el escarabajo. ¿Cómo podeis, pues, establecer relacion entre el buque y el cráneo si, como decís, este último fue dibujado, sabe Dios cómo y por quién, posteriormente al dibujo del escarabajo?

—En esto consiste todo el misterio, por mas que me haya costado comparativamente poco trabajo resolver este punto del enigma. Mi marcha era segura y no podia conducirme mas que á un resultado. Hé aquí cómo discurria yo: cuando he dibujado el insecto, no habia señales de cráneo en el pergamino; cuando hube acabado mi dibujo, os lo

entregué y no os perdí de vista hasta que me lo devolvisteis; por consiguiente, vos no habíais dibujado el cráneo, y no habia con nosotros otra persona para poderlo hacer; luego no habia sido creado por la accion humana, y, sin embargo, yo lo tenia delante de los ojos.

Al llegar á este punto de mis reflexiones, empecé á recordar y recordé en efecto con perfecta exactitud todos los incidentes sobrevenidos durante el intervalo en cuestion. La temperatura era fria, ¡qué feliz nos ha sido este raro accidente! y un buen fuego ardia en la chimenea. El ejercicio me habia hecho entrar en calor, y me senté junto á la mesa; al paso que vos estabais sentado al amor de la lumbre. En el momento en que recibíais el pergamino é ibais á examinarlo, entró mi perro y os puso las patas sobre los hombros. Le acariciásteis con la mano izquierda, procurando apartarlo de vos, dejando caer descuidadamente la mano derecha, con la cual teníais cogido el pergamino, entre las rodillas y muy cerca del fuego. Por un momento creí que la llama iba á consumirlo, é iba á deciros que lo retirarais; pero antes de que yo hablara, lo retirásteis y os pusísteis á examinarlo. Cuando hube recordado todas estas circunstancias, ya no dudé de que el calor era el agente que habia hecho aparecer en el pergamino la figura del cráneo. Ya sabeis que existen, y han existido en todos tiempos, ciertas preparaciones químicas, por cuyo medio se puede escribir en papel ó vitela caractéres que solo se hacen visibles sometiéndolos á la accion del fuego. A veces se emplea el safre, cocido en agua ré-

gia y desleido en cuatro veces su peso de agua, y resulta un tinte verde. El régulo de cobalto disuelto en espíritu de nitro produce un color rojo. Estos colores desaparecen por mas ó menos tiempo despues de enfriada la sustancia sobre la cual se escribió; pero reaparecen por medio de una nueva aplicacion de calor.

Entonces examiné el cráneo con el mayor cuidado. Los contornos esteriores, esto es, los mas inmediatos á la orilla del pergamino, se veian mas distintamente que los demás. Evidentemente la accion del calórico habia sido imperfecta ó desigual. Encendí fuego y sometí todos los puntos del pergamino á un vivo calor. Al principio no logré otro resultado que reforzar las líneas algo pálidas del cráneo; pero continuando el esperimento, vi aparecer en el estremo opuesto al en que estaba dibujada la cabeca de muerto, una figura que al principio tomé por la de una cabra, aunque un exámen mas detenido me convenció de que era un cabrito.

—¡Ah! ¡ah! No puedo burlarme de vos; un millon y medio de dollars son cosa respetable para que yo me burle; pero no creo que añadais un tercer eslabon á la cadena. No puede haber relacion entre los piratas y una cabra; eso de cabras es cosa de pastores.

—Ya he dicho que no era una cabra, sino un cabrito.

—Corriente, cabrito; es casi lo mismo.

—Casi, pero no completamente. Habreis oido hablar del capitan Kidd; pues bien, consideré la figura del animal como una especie de firma logo-

grífica ó geroglífica (*Kidd*, cabrito). Digo firma, porque el lugar que ocupaba en el pergamino sugeria naturalmente esta idea. En cuanto al cráneo colocado en el estremo diagonalmente opuesto, parecia un sello, una estampilla; pero dejóme desconcertado la ausencia de todo lo demás, del cuerpo de mi soñado documento, del testo de mi contesto.

—¿Presumíais hallar una carta entre el sello y la firma?

—Algo de esto, y lo mas singular es que me sentía como irresistiblemente penetrado del presentimiento de una inmensa fortuna inminente. ¿Por qué? No puedo decirlo. Quizá era un deseo mas bien que una creencia; pero ¿creereis que el absurdo de Júpiter de que el escarabajo era de oro macizo influyó notablemente en mi imaginacion? ¡Además, esa série de accidentes y coincidencias era verdaderamente tan estraordinaria! ¿No habeis reparado todo lo que hay de fortuito en esto? Ha sido preciso que todos los sucesos se verificaran el único dia del año en que ha hecho bastante frio para necesitarse fuego, y sin ese fuego, y sin la intervencion del perro en el mismo momento en que apareció, nunca habria tenido noticia de la cabeza de muerto, ni nunca hubiera poseido este tesoro.

—Seguid, seguid; estoy sobre áscuas.

—¿Teneis noticia de mil historias que corren, de mil vagos rumores relativos á tesoros enterrados en las costas del Atlántico por Kidd y sus compañeros? Todos estos rumores han de tener algun fundamento, y si duran tanto tiempo y con tal persis-

tencia, es, á mi modo de ver, porque el tesoro enterrado no habia sido descubierto aun. Si Kidd hubiese ocultado su botin por espacio de cierto tiempo, recobrándolo mas tarde, esos rumores no habrian llegado hasta nosotros en su forma actual é invariable. Observad que las tales historias versan siempre sobre personas que buscan tesoros, y nunca sobre personas que los hayan hallado. Si el pirata hubiese tomado de nuevo su dinero, no se hubiera hablado mas del asunto. Me parecia que algun accidente, como la pérdida de la nota que indicaba el sitio preciso, le habia debido privar de los medios de recobrarlo. Suponia que este accidente habia llegado á conocimiento de sus compañeros, que de otro modo nunca habrian sabido que habia un tesoro enterrado, y que, por sus pesquisas infructuosas, sin guia ni notas ciertas, habian dado nacimiento á este rumor universal y á esos cuentos tan comunes hoy. ¿Habeis oido hablar alguna vez de que en esta costa se haya descubierto un tesoro?

—Nunca.

—Luego es notorio que Kidd habia acumulado inmensas riquezas. Yo consideraba, pues, como cosa cierta que la tierra las ocultaba aun, y no os admirareis cuando os diga que concebí una esperanza, una esperanza que rayabà en certeza, esto es, que el pergamino, tan singularmente hallado, contendria la indicacion del sitio que guardaba el depósito.

—¿Pero cómo lo hicisteis para persuadiros de ello?

—Acerqué de nuevo el pergamino al fuego, despues de haber aumentado el calor, pero nada apareció. Pensé que la capa de grasa podia, tal vez, oponerse á mis deseos; limpié cuidadosamente el pergamino echándole agua caliente, despues lo puse en una cacerola de hojadelata, el cráneo hácia abajo, y coloqué la cacerola encima de un escalfador de carbones encendidos. Pocos momentos despues la cacerola estaba muy caliente; retiré el pergamino, y vi con inefable alegría que estaba salpicado de señales que parecian guarismos colocados en líneas. Lo dejé otra vez en la cacerola por espacio de un minuto, y cuando lo volví á retirar, lo encontré tal como vais á verlo.

Al llegar aquí, Legrand acercó el pergamino al fuego, y en seguida me lo puso de manifiesto. Los caractéres siguientes aparecian escritos con tinta encarnada, colocados groseramente entre el cráneo y el cabrito.

53‡+305))6*;4826)4‡);806*;48+8960)65;1‡(::
‡*8+83(88)5*+;46(;88*96*?;8)*‡(;485);5*+2:*
‡(;4956*2(5*—4)898*;4069285);)6+8)4‡‡;1(‡
9;48081;8:8‡1;48+85;4)485+528806*81(‡9;48;
(88;4)‡?34;48)4‡;161;:188;‡?;

—Nada entiendo, le dije devolviéndole el pergamino. Si me prometieran todos los tesoros de Gol-

conda en premio de la solucion de este enigma, estoy seguro de que no los habia de ganar.

—Y sin embargo, la solucion no es tan difícil cómo parece á primera vista. Estos caractéres, como se vé fácilmente, forman un sentido; pero por lo que sabemos de Kidd, no debia suponerle capaz de inventar una muestra de criptografía muy oscura. Juzgué, pues, desde luego que esta era de una especie muy sencilla, tal como á la inteligencia del marino debia parecer insoluble sin la clave.

—¿Y habeis adivinado ese enigma?

—Muy fácilmente; he adivinado otros mil veces mas complicados. Las circunstancias y cierta inclinacion me han hecho tomar interés por esta clase de enigmas; y es muy dudoso que el ingenio humano pueda crear uno de esta clase sin que consiga adivinarlo. Así es que en cuanto hube logrado establecer una série de caractéres legibles, apenas me digné pensar en la dificultad de conocer todo el significado.

En el caso actual, como en todos los de escritura secreta, la primera cuestion que conviene aclarar es la *lengua* del enigma, pues los principios de solucion, particularmente cuando se trata de cifras las mas simples, dependen del génio de cada idioma y pueden ser modificados. En general, no hay otro medio que probar sucesivamente todas las lenguas que uno conoce, dirigiéndose siguiendo las probabilidades, hasta dar con la verdadera; pero en la cifra que nos ocupa estas dificultades quedaban resueltas, gracias á la firma. El geroglífico sobre la palabra *Kidd* solo es posible en lengua inglesa. Sin

esta circunstancia habria empezado los ensayos por el español y el francés, como idiomas en que un pirata de los mares españoles debia naturalmente encerrar un secreto de esta naturaleza; pero en el caso actual presumí que el criptógamo era inglés.

Notareis que entre las palabras no hay espacios. A haberlos, la cosa habria sido mas fácil, y en este caso hubiera empezado por hacer una solucion y un análisis de las palabras mas cortas; y si hubiese encontrado, como suele ser muy probable, una palabra de una sola letra, por ejemplo, *á* ó *i* (un, yo) habria considerado la solucion como asegurada. Pero como no habia espacios, mi primer deber era el de relevar las letras predominantes, como que las que se encontraban menos veces. Las conté todas, y escribí la siguiente tabla como podeis ver:

El carácter	8	se encuentra	33	veces.
»	;	»	26	»
»	4	»	19	»
»	‡ y)	»	16	»
»	*	»	13	»
»	5	»	12	»
»	† y 1	»	8	»
»	0	»	6	»
»	9 y 2	»	5	»
»	: y 3	»	4	»
»	?	»	3	»
»	1	»	2	»
»	— y .	»	7	»

La letra que se encuentra mas frecuentemente en inglés es *e*. Las otras letras se suceden en este órden: a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z.

E predomina tan singularmente, que es muy raro encontrar una frase de cierta longitud de la cual no sea el principal carácter.

Tenemos, pues, al empezar, una base de operaciones que produce algo mas que una conjetura. El uso general que se puede hacer de esta tabla es evidente; pero para esta cifra particular nos serviremos poco de ella. Ya que nuestro carácter dominante es 8, empezaremos por tomar por la *e* del alfabeto natural. Para verificar esta suposicion, veamos si el 8 se encuentra muchas veces doble, pues la *e* se dobla muy frecuentemente en inglés, como, por ejemplo, en las palabras: *meet*, *speed*, *fleet*, *seen*, *been*, *agree*, etc. En el presente caso vemos que no está doblada menos de cinco veces, por mas que el criptógamo sea muy corto.

Luego 8 representará *e*. Ahora bien: de todas las palabras de la lengua *the* es la mas usada; por consiguiente, conviene que veamos si encontramos repetida muchas veces la misma combinacion de tres caractéres, siendo el 8 el último de los tres. Si encontramos repeticiones de este género, es muy probable que representarán la palabra *the*. Verificado esto, no la hallamos menos de siete veces, y los caractéres son; 48. Podemos suponer, pues, que representa *t*; 4 representa *h*, y 8 figura *e*, hallándose el valor de la última letra confirmado de nuevo.

No hemos determinado mas que una palabra; pero ella sola nos permite establecer un punto mucho mas importante, esto es, los principios y las terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo,

el penúltimo caso en que se presenta la combinacion; 4 8, casi al fin de la cifra. Sabemos que el, que viene inmediatamente despues, es el principio de una palabra; y de los seis caractéres que siguen á ésta *the*, no conocemos menos de cinco. Reemplacemos, pues, estos caractéres por medio de las letras que representan, dejando un espacio para lo desconocido:

t eeth

Debemos apartar la *th* como no pudiendo formar parte de una palabra que empiece por la primera *t*, pues vemos, probando sucesivamente todas las letras del alfabeto para llenar el hueco, que es imposible formar una palabra de la cual ese *th* pueda formar parte. Reduzcamos, pues, nuestros caractéres á

t ee,

y recorriendo de nuevo todo el alfabeto, si es preciso, llegaremos, llegaremos á la palabra *tree* (árbol) como á la única version posible. Así ganamos una nueva letra, *r*, representada por (, y dos palabras unidas, *the tree* (el árbol).

Un poco mas lejos encontramos la combinacion; 4 8, y nos servimos de ella como de terminacion á lo que precede inmediatamente. Esto nos dá el arreglo siguiente:

the tree ; 4 (‡ ? 3 4 *the*,

ó sustituyendo las letras naturales á los caractéres que conocemos,

the tree thr ‡ ? 3 *h the*.

Ahora, si á los caractéres desconocidos sustituimos blancos ó puntos, tendremos:

the tree thr... h the,

y la palabra *through* (por, al través) se desprende por sí misma. Pero este descubrimiento nos dá tres letras mas, *o*, *u* y *g* representadas por

‡ ? y 3.

Ahora busquemos detenidamente en el criptógamo combinaciones de caractéres conocidos, y hallaremos, no lejos del principio, el arreglo siguiente:

83 (88, ó *egree,*

que es evidentemente la terminacion de la palabra *degrée* (grado) y que nos hace conocer la letra *d* representada por +.

Cuatro letras mas lejos de la palabra *degrée* encontramos la combinacion

; 46) ; 88,

de la cual traducimos los caractéres conocidos y representamos lo desconocido por medio de un punto, resultando:

th. rtee,

arreglo que nos sugiere inmediatamente la palabra *thistren* (trece) y nos ofrece dos letras nuevas *i* y *n* representadas por 6 y *.

Volviendo al principio del criptógamo, hallaremos la combinacion

53 ‡‡ +.

Traduciendo como hemos hecho, hallaremos

good,

lo que nos demuestra que la primera letra es una *a*, y que las dos primeras palabras son *a good* (un buen, una buena.)

Para evitar confusion, ya es tiempo de que con nuestros descubrimientos formemos una tabla; esto nos dará un principio de clave:

5	representa	*a*.
†	«	*d*.
8	«	*c*.
3	«	*g*.
4	«	*h*.
6	«	*i*.
*	«	*n*.
‡	«	*o*.
(	«	*r*.
;	«	*t*.

Tenemos, pues, diez de las letras mas importantes, y es inútil que prosigamos la solucion al través de todos sus detalles. Os he dicho lo bastante para convenceros de que las cifras de esta naturaleza son fáciles de resolver, y para daros una prueba del análisis razonado que sirve para desenredarlas. Pero tened por cierto que el modelo que tenemos á la vista pertenece á la categoría mas sencilla de la captografía. No me falta mas que daros la traduccion completa del documento, como si hubiéramos descifrado sucesivamente todos los caractéres. Hélo aquí:

A good glass in the bishop's hostel in thedevils,

seat fortyone degrées and thirteen minutes northeast and by nort main branch seventh limb east side shoot from the leff eye of the death'shead á bee line from the tree through the shot fifty feet ont.

(Un buen vidrio en el meson del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos nordeste cuarto de norte principal tronco séptimo rama lado este soltad del ojo izquierdo de la cabeza de muerto un hilo de abeja del árbol á través la bala á cincuenta piés á lo ancho.)

—Pero, dije, el enigma me parece tan oscuro como antes. ¿Qué sentido resulta de esta jerga de *silla del diablo, cabeza de muerto y meson del obispo*?

—Convengo, replicó Legrand, en que la cosa parece oscura al primer golpe de vista. Mi primer cuidado fué el encontrar en la frase las separaciones naturales segun el espíritu del que las escribió.

—Puntuarla, ¿no es esto?

—Esto mismo.

—¿Y cómo diablo lo conseguísteis?

—Pensé que el autor habia unido las palabras para que la solucion fuese mas difícil. Un hombre que no sea escesivamente astuto, en semejantes casos abusará de ésta prevencion, de modo que llegando en el curso de su composicion á una interrupcion de sentido que exija naturalmente una pausa ó un punto, no podrá menos de estrechar los caractéres mas de lo regular.

Examinad este manuscrito y descubrireis fácilmente cinco pasajes de este género, en los cuales hay, por decirlo así, amontonamiento de caracté-

res. Dirigiéndome segun este indicio, establecí la siguiente division:

Agood glass in the bichop's hostel in the devil's seat fory-one degrees and thirteen minutes—northeast and by north—main branch sevent limb east side—shoot from the left eye of the deat's-head, á bee-line from the tree through the shot fifty feet ont.

(Un buen vidrio en el meson del obispo en la silla del diablo-cuarenta y un grados y trece minutos-nordeste cuarto de norte-principal tronco séptima rama lado este-soltad del ojo izquierdo de la cabeza de muerto-un hilo de abeja á través la bala á cincuenta piés á lo ancho.)

—A pesar de vuestra division, dije, nada entiendo aun.

—Lo mismo me sucedió á mí durante algunos dias. Pregunté á los vecinos de la isla de Sullivan por un edificio que debia llamarse el *meson del Obispo*, y no habiendo adquirido noticia alguna respecto de este punto, iba á continuar mis pesquisas, cuando una mañana me ocurrió de pronto la idea de que *Brishop's hostel* podia referirse á una antigua familia llamada Bessop, que desde tiempo inmemorial estaba en posesion de un manso á unas cuatro millas al norte de la isla. Dirigíme á la plantacion y pregunté á los negros mas ancianos que encontré. Una de las mujeres mas entradas en años me dijo que habia oido hablar de un sitio llamado, segun creia, *Bessop's calle* (castillo de Bessop), y que me acompañaria allí, si bien no era castillo, ni meson, sino un gran peñasco.

Le prometí pagarle su trabajo, y despues de haber vacilado un momento, consintió en acompañarme al indicado sitio. Lo descubrimos fácilmente, la despedí y empecé á examinar la localidad. El *castillo* consistia en un monton irregular de piedras y rocas, una de las cuales era tan notable por su altura, como por su aislamiento y configuracion casi artificial. Trepé hasta la cumbre, y al llegar á ella, me quedé sin saber qué habia de hacer.

Mientras estaba pensando, ví un estrecho vuelo en la parte oriental de la roca, á cosa de un yard debajo de la punta en que yo me hallaba. Este vuelo se proyectaba unas diez y ocho pulgadas, y solo tenia un pié de ancho; un nicho abierto en el pico, y encima le daba cierta semejanza con las sillas de respaldo cóncavo, de que se servian nuestros abuelos. Ya no me quedó duda de que habia encontrado la *silla del diablo*, de que se hace mencion en el escrito, y me pareció que acababa de descubrir el secreto del enigma.

El *buen vidrio* no podiá significar otra cosa que un anteojo de larga vista, porque nuestros marinós emplean pocas veces en otro sentido la palabra *glass*. Comprendí en seguida que era preciso servirse de un buen anteojo, colocándose en un punto de vista definido y *no admitiendo ninguna variacion*, pues las palabras *cuarenta y un grados y trece minutos* y *nórdeste cuarto de norte* debian dar la direccion para apuntar el anteojo. Fuertemente impresionado por todos estos descubrimientos, fui corriendo á mi casa, me procuré un buen anteojo y volví á la roca.

Deslicéme por la cornisa y noté que era imposible mantenerse sentado en ella sino en cierta posicion, hecho que confirmó mi conjetura. Entonces acudí al anteojo: los *cuarenta y un grados y trece minutos* solo podian referirse á la elevacion encima del horizonte sensible, pues la direccion horizontal estaba claramente indicada por las palabras *nordeste cuarto de norte*. Establecí esta direccion por medio de una brújula de faltriquera, despues encarando, lo mas justo posible por aproximacion, el anteojo á un ángulo de cuarenta y un grados de elevacion, lo moví con precaucion de arriba abajo y de abajo arriba, hasta que mi atencion fue detenida por una especie de agujero circular en el follaje de un grande árbol que dominaba á todos sus vecinos en la estension visible. En el centro del agujero ví un punto blanco, pero no pude distinguir lo que era. Despues de haber ajustado el foco del anteojo, miré de nuevo y ví que era un cráneo humano.

Despues de este descubrimiento, que me colmó de esperanza, consideré el enigma como resuelto, pues la frase *principal tronco, séptima rama, lado este*, no podia referirse mas que á la posicion del cráneo en el árbol, y las palabras *soltad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto*, solo admitian una interpretacion, puesto que se trataba de buscar un tesoro. Comprendí que convenia dejar caer una bala del ojo izquierdo del cráneo y un hilo de abeja, ó, en otros términos, una línea recta, partiendo del punto mas inmediato del tronco, y estendiéndose *á través de la bala*, esto es, á través del punto don-

de cayera la bala, indicaria el sitio preciso, y debajo de este sitio, á mi modo de ver, habia de estar el depósito.

—Todo esto, dije, es claro por demas, ingenioso, sencillo y esplícito; pero, ¿qué hicísteis al dejar el meson del Obispo?

—Despues que hube tomado nota de la forma y posicion del árbol, regresé á mi casa. Apenas hube dejado la *silla del diablo*, cuando el agujero circular desapareció, y por mas que miré hácia uno y otro lado, no pude descubrirlo. Lo que me parece la obra maestra del ingenio en todo este asunto es el hecho (pues he repetido el esperimento y me he convencido de que era un hecho) de que la abertura circular solo es visible desde un punto, y este único punto de vista es la estrecha cornisa en el flanco de la roca.

Habiame seguido en mi espedicion al meson del Obispo mi criado Júpiter, que sin duda hacia algunas semanas que me observaba, y ponia un singular cuidado en no dejarme solo. Pero el dia siguiente me levanté muy temprano, me escapé á su vigilancia y corrí á las montañas en busca del árbol, que me costó mucho hallar. Cuando volví á mi casa, mi criado se disponia á darme una buena paliza. Lo demas de la aventura lo sabeis tan bien como yo.

—Supongo, dije, que si nos equivocamos al abrir el primer hoyo, fue por culpa de Júpiter, que dejó caer el escarabajo por el ojo derecho, en vez de soltarlo por el izquierdo.

—Precisamente. Este error producia la diferen-

cia de unas dos pulgadas y media, relativamente á *la bala*, esto es, á la posicion de la clavija cerca del árbol: si el tesoro hubiese estado debajo del sitio señalado por *la bala*, este error no habria tenido importancia; pero *la bala* y el punto mas inmediato del árbol eran dos puntos que solo servian para establecer una línea de direccion; naturalmente, el error, muy mínimo al principio, aumentaba en proporcion de la longitud de la línea, y al llegar á una distancia de cincuenta piés, nos habíamos desviado totalmente. Sin la idea fija de que me sentia poseido de que habia allí un tesoro enterrado, quizá habríamos trabajado en vano.

—Pero vuestro énfasis, vuestros ademanes solemnes, balanceando el escarabajo, ¿qué significaban? Os juro que creí que estábais loco. ¿Por qué quisisteis dejar caer por el ojo del cráneo el escarabajo en lugar de *la bala*?

—Os confesaré francamente que, sintiéndome vejado por vuestras sospechas relativamente al estado de mi juicio, resolví castigaros tranquilamente, á mi modo, por medio de aquellas apariencias. Hé aquí por qué balanceaba el escarabajo y por qué quise que cayera de lo alto del árbol. Una observacion que me hicísteis sobre su mucho peso me sugirió esta idea.

—Ahora lo comprendo todo, menos una cosa. ¿Qué diremos de los esqueletos encontrados en el hoyo?

—Pregunta es esta á la que no sé qué contestar. Solo veo una manera plausible de esplicarla, y mi hipótesis implica una atrocidad que horroriza.

Es claro que Kidd, pues no dudo de que Kidd fue quien escondió el tesoro, se hizo ayudar en esta operacion; pero terminada la obra, consideró conveniente hacer desaparecer á los poseedores de su secreto. Quizá bastaron para ellos dos buenos golpes de azadon, mientras que sus compañeros estaban aun ocupados dentro del hoyo; quizá hubo de darles una docena de aldabonazos. ¿Quién puede decírnoslo?



LA CARTA ROBADA.

IV.

Nihil sapientiæ odiosius acumine nimio.

SÉNECA.

Me hallaba en Paris en 18.....

Despues de una oscura y tempestuosa velada de otoño, deleitábame con el doble placer de la meditacion y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo Dupin, en su reducida habitacion de la calle de Dunot, número 33, piso tercero, barrio de San German.

Hacia mas de una hora que guardábamos el mas profundo silencio, y un observador recien llegado nos hubiera creido ocupados honda y esclusivamente de los rizados torbellinos de humo que cargaban la atmósfera del aposento; pero lo que á mí hace, me hallaba discutiendo para mis adentros acerca de algunos puntos que durante las primeras horas de la

noche habian sido objeto de nuestra conversacion, esto es, del negocio de la calle de Morgate, y del misterio relativo al asesinato de Maria Roget (1).

Pensaba, pues, en la especie de analogía entre estos dos delitos, cuando se abrió la puerta del cuarto, y entró por ella el Sr. G....., nuestro antiguo amigo, el prefecto de policía de Paris.

Saludámosle cordialmente, pues nuestro hombre era tan agradable por un lado como desagradable por otro, y hacia algunos años que le habíamos visto. Como estábamos sentados en medio de las tinieblas, Dupin se levantó para encender un velon; pero volvió á sentarse sin hacerlo, al oir decir á G..... que habia venido á consultarnos, ó mas bien, á preguntar á mi amigo su opinion con respecto á un asunto que le traia muy preocupado.

—Si se trata de un caso que exige reflexion, respondió Dupin, absteniéndose de encender la luz, lo examinaremos mejor á oscuras.

—Otro capricho vuestro, dijo el prefecto, que tenia la manía de llamar caprichos á todas las cosas situadas mas allá de los límites de su comprension, y que por consiguiente, vivia en medio de una legion de caprichos.

—¿Qué le hemos de hacer? dijo Dupin presentando una pipa á nuestro amigo y haciendo rodar hácia este un escelente sillon.

—Sepamos ya de qué se trata, añadí, no creo que sea un nuevo asesinato.

—Nada de esto. El caso es muy sencillo, y no

(1) Otro crímen descubierto por las observaciones de Dupin.

dudo que daremos en la dificultad; pero hé pensado que Dupin no se incomodaria por saber los detalles del negocio, sobre todo siendo *estraño* por demas.

—Sencillo y estraño, dijo Dupin.

—Sí, aunque la espresion no es exacta; lo uno y lo otro, si así os place. Lo cierto es que el asunto nos trae á todos confusos, pues á pesar de su sencillez, nos está derrotando completamente.

—Puede que la misma sencillez del caso os induzca á error, dijo Dupin.

—No digais disparates, respondió riendo el prefecto.

—Quizá el misterio es demasiado claro, añadió Dupin.

—¡Bondad del cielo! ¿A quién se le ocurre semejante idea?

—Demasiado evidente.

—¡Ja! ¡ja! ¡Oh! ¡oh! gritaba nuestro huésped, que se divertia á mas y mejor. Dupin, me hareis morir de risa.

—En fin, dije yo, ¿de qué se trata?

—Voy á decíroslo, contestó el prefecto soltando una larga, sólida y contemplativa bocanada de humo, y acomodándose en el sillon. Os lo diré en pocas palabras; pero antes de empezar, debo advertir que es asunto que exige el mayor secreto, y arriesgo mi destino si se llega á saber que lo he revelado.

—Empezad, añadí yo.

—O no empeceis, dijo Dupin.

—Corriente; empiezo. He sido personalmente

informado, y en altas regiones, de que un documento de la mayor importancia ha sido sustraido en los aposentos reales. La persona que lo robó es conocida; viéronla en el acto de apoderarse del documento, y se sabe tambien que lo tiene en su poder.

—¿Cómo se ha sabido? preguntó Dupin.

—Se infiere claramente por la naturaleza del documento, y la no aparicion de ciertos resultados que surgirian inmediatamente, si saliese de las manos del ladron; ó en otras palabras, si le empleara para el objeto que este debe evidentemente proponerse.

—Esplicaos con mas claridad, dije yo.

—Quiero decir, que ese papel confiere á su detentor cierto poder en cierto lugar en donde el tal poder es de inapreciable valor.

El prefecto se deleitaba con el *cant* (gerigonza) diplomático.

—Sigo no entendiendo jota, dijo Dupin.

—Seré mas claro. El tal documento, revelado á un tercer personaje cuyo nombre callo, pondria en duda el honor de una persona del mas alto rango, y hé aquí lo que da al detentor del documento un ascendiente sobre la ilustre persona cuyo honor y seguridad se hallan en peligro.

—Pero este ascendiente, repuse yo, depende de esto: ¿sabe el ladron que la persona robada le conoce? ¿Quién se atreveria?.....

—El ladron, respondió G..... es D..... que se atreve á todo, así á lo que es digno de un hombre, como á lo que es indigno. El robo fue tan ingenioso como audaz. El documento en cuestion, mas claro,

una carta, fue recibida por la persona robada hallándose sola en el gabinete real. Estando leyéndola, fue interrumpida de repente por la llegada de otro ilustre personaje, del cual deseaba particularmente ocultarla. Despues de haber intentado echarla rápidamente en un cajon, vióse obligada á dejarla abierta encima de una mesa, y como el contenido de la carta quedó oculto, de suerte que solo se veia el sobre escrito, no llamó la atencion. Llegó en esto el ministro D....; su mirada de lince vió inmediatamente el papel, conoció la letra del sobre escrito, observó la confusion de la persona á quien iba dirigida la carta, y penetró su secreto.

Despues de haber hablado de varios asuntos despachados, sacó del bolsillo una carta semejante poco mas ó menos á la otra, la abrió, fingió leerla y la dejó al lado de la primera. En seguida volvió á hablar, por espacio de un cuarto de hora, de los negocios públicos, y al fin se despidió, apoderándose de la carta que no le pertenecia. Lo vió la persona robada; pero no se atrevió á hablar del cambio en presencia del tercer personaje que se encontró á su lado, y el ministro se marchó dejando encima de la mesa su propia carta, carta sin importancia.

—Tenemos, dijo Dupin dirigiéndose á mí, precisamente el caso pedido para que haya completo accidente: el ladron sabe que la persona robada le conoce.

—Sí, replicó el prefecto, y hace algunos meses que está usando, para un fin político, del imperio conquistado por aquella estratagema, y hasta un punto muy peligroso. La persona robada se con-

vence cada dia mas de la necesidad de recobrar su carta; pero ya comprendeis que no se puede hacer de una manera desembozada, y en su desesperacion me ha dado el encargo de devolverle el documento.

—Creo, dijo Dupin, rodeado de una aureola de humo, que no era posible escoger ni imaginar agente mas sagaz.

—Por mas que esto sea lisonja, replicó el prefecto; es posible que tengan de mí una opinion parecida á la que me suponeis.

—Claro está, dije, como habeis notado, que la carta sigue en poder del ministro; pues lo que crea el ascendente, no es el uso, sino la posesion de la carta. Con el uso desaparece el ascendente.

—Nada mas cierto, contestó G..... y he obrado segun esta conviccion. Mi primer cuidado se ha dirigido á registrar la casa del ministro, y la única dificultad para conseguirlo era que él ignorára el registro. Por lo que podia suceder, me hallaba ya en guardia contra el peligro que habria habido en darle motivos para sospechar nuestro designio.

—Pero no sabeis salir de esta clase de pesquisas. La policía de Paris las ha practicado mil veces sin resultado notable.

—Esta vez me alentaban fundadas esperanzas. Las costumbres del ministro me daban, por otra parte, mucha ventaja. Por lo regular, está ausente de su casa todas las noches: sus criados, que son pocos, duermen á cierta distancia del aposento de su amo; y como antes que todo son napolitanos, se dejan emborrachar fácilmente. Tengo, como sa-

bais, llaves con las cuales puedo abrir todas las puertas y aposentos de Paris, y durante tres meses no ha pasado noche sin que yo en persona haya dejado de registrar la casa de D..... Mi honor estaba interesado en ello, y os confieso que la recompensa es enorme No he desistido de la obra hasta hallarme plenamente convencido de que el ladron es mas astuto que yo. Creo haber registrado todos los rincones de la casa, en los cuales era posible esconder un papel.

—¿Quién nos asegura, repuse yo, que, puesto que el ministro posee la carta, no la ha ocultado fuera de su casa?

—No es muy posible, replicó Dupin; la situacion particular actual de los negocios de la corte, especialmente de la naturaleza de la intriga penetrada por D..... da eficacia inmediata al documento, y la posibilidad de presentarlo de repente, un punto de importancia casi igual á su posesion.

—¿La posibilidad de producirlo? pregunté.

—O de aniquilarlo, como querais, contestó Dupin.

—Es cierto, repliqué yo. El papel está, sin duda, en casa del ministro, y consideraremos fuera de cuestion el caso de que D..... lo traiga encima.

—Absolutamente, añadió el prefecto. Le he hecho detener dos veces por fingidos ladrones que le han registrado en mi presencia.

—Hubiérais podido evitaros esta molestia, dijo Dupin. El ministro no es tonto, y habrá prevenido estas asechanzas como cosas naturales.

—Nada de tonto, es cierto, dijo G..... aunque es poeta, y de la poesía á la tontería.....

—Es verdad, contestó Dupin despues de haber echado larga y pensativamente el humo de su pipa, si bien yo mismo me he hecho culpable de cierta rapsodia.

—Veamos, dije, contadnos los detalles de vuestras pesquisas.

—Solo os diré que hemos buscado por todas partes, y que no hemos perdido el tiempo. Hemos recorrido la casa cuarto por cuarto, consagrando á cada uno de ellos las noches de toda una semana. Hemos empezado por examinar los muebles de cada aposento, abriendo todos los cajones, y ya sabeis que para un sagaz agente de policía un cajon *secreto* es cosa que no existe. Quien deja que en pesquisas de esta naturaleza se le escape un cajon secreto, es un bestia. Hay en cada pieza una cantidad de volúmenes y superficies, de los cuales se puede hacer cargo. Para esto tenemos reglas exactas; no puede escapársenos la parte mas ínfima de una línea.

Despues de los aposentos, hemos registrado las sillas, sondando los almohadones con esas largas y delgadas agujas que me habeis visto emplear. Hemos levantado las tablas superiores de las mesas.

—¿Y por qué?

—Muchas veces suelen ser levantadas estas tablas para ocultar algun objeto debajo de ellas, ó para hondar el pié de la mesa, dejando el objeto en la cavidad, y volviendo la tabla á su sitio. Del

mismo modo pueden ser empleados los montantes de una cama.

—¿No se puede dar con la cabidad por medio de la anscultacion? pregunté yo.

—De ningun modo, si se ha rodeado el objeto oculto con borra de algodon. Por otra parte, no nos convenia hacer ruido.

—Pero no habreis podido descomponer ó desmontar todos los muebles capaces de ocultar un depósito del modo que decis. Una carta puede ser arrollada en espiral muy delgado parecido por su forma y volúmen á una aguja, y ser introducida, por ejemplo, en el barrote de una silla. ¿Habeis deshecho todas las sillas?

No; pero hemos hecho mas; hemos examinado los barrotes de todas las sillas y las junturas de los demas muebles con ayuda de un miscroscopio. Si hubiese habido la menor huella de desórden reciente, la habríamos descubierto infaliblemente. Un solo grano de polvo causado por una barrena se nos hubiera aparecido como una manzana. La alteracion mas pequeña en la cola, una simple grieta en las junturas habrian bastado para manifestarnos el escondrijo.

—Presumo que no habreis olvidado los espejos, las camas, las cortinas ni las alfombras.

—Y despues de haber pasado revista á todos los artículos de esta clase, hemos examinado el edificio. Dividido en partes, pues hemos numerado la totalidad de la superficie, para no omitir ninguna, hemos sujetado á un nuevo exámen cada pulgada

cuadrada, comprendiendo ademas las dos casas adyacentes.

—¡Las dos cosas adyacentes! esclamé, pues no os habeis tomado poco trabajo.

—Sí á fe mia; pero la recompensa ofrecida es enorme.

—¿Y habeis examinado tambien el suelo de las casas?

—El suelo está en todas partes enladrillado: pero comparativamente, esta ha sido la investigacion menos importante. Hemos examinado el yeso entre los ladrillos, y estaba intacto.

—No habreis olvidado los papeles de D..... ni los libros de la biblioteca.

—Los hemos abierto paquete por paquete y artículo por artículo, y en cuanto los libros, los hemos recorrido todos hoja por hoja, sin contentarnos con sacudirlos, como suelen hacer simplemente algunos dependientes de policía. Hemos medido tambien el espesor de las encuadernaciones con la mayor detencion, aplicando á cada una de ellas la curiosidad del microscopio. En caso de que en una de las encuadernaciones hubiese sido introducido un papel, era absolutamente imposible que el hecho escapara á nuestra observacion. Cinco ó seis volúmenes que acababan de salir de manos del encuadernador, han sido sondados longitudinalmente con las agujas.

—¿Habeis levantado los ladrillos?

—Sí.

—¿Y el papel de las paredes?

—Tambien.

—¿Habeis visitado la bodega?

—La hemos visitado.

—Tenemos, pues, que os habeis tomado un trabajo inútil, y que la carta no está en la casa como supeníais.

—Pienso como vos, dijo el prefecto. ¿Qué me aconsejais ahora, amigo Dupin?

—Que empeceis otra vez las pesquisas.

—Es de todo punto inútil, replicó G.....: podeis estar seguro de que la carta no se halla en la casa.

—No puedo daros mejor consejo, contestó Dupin. ¿Os han dado las señas de la carta?

—Sí.

Y aquí el prefecto, sacando un libro de memorias, se puso á leer en alta voz una descripcion detallada del documento perdido, de su aspecto interior, y especialmente del esterior. Poco despues de habernos leido la descripcion, el buen hombre se despidió de nosotros mas desalentado de lo que nunca le habia visto.

Como un mes mas tarde, nos hizo una segunda visita, y nos encontró ocupados á poca diferencia del mismo modo. Tomó una silla y una pipa, y despues de haber hablado de varios asuntos, le dije:

—¿Y la carta robada, señor prefecto? Presumo que os habreis resignado á comprender que es algo difícil hundir al ministro.

—El diablo cargue con él. He seguido sin embargo el consejo de Dupin: todo lo he vuelto á registrar; trabajo perdido.

—No dijisteis que la recompensa ofrecida era..... interrumpió Dupin.

—Muy crecida; una recompensa verdaderamente magnífica. No os diré á punto fijo la cantidad; pero me obligo á pagar de mi bolsillo cincuenta mil francos al que me proporcione la carta. El caso es que la cosa se hace cada dia mas urgente, y la recompensa acaba de ser doblada; pero aunque la triplicaran no podria hacer mas de lo que he hecho.

—Pues yo creo, dijo Dupin arrastrando sus palabras en medio de bocanadas de humo, que no habeis hecho todo lo posible; no habeis llegado al fondo de la cuestion. Me parece que podíais haber hecho mas.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Pero... (una bocanada de humo) podríais... (una bocanada despues de otra) haber consultado... (tres bocanadas de humo) ¿sabeis la historia que cuentan de Abernethy? (1).

—No me rompais la cabeza con cuentos.

Este os divertirá. Erase un rico muy avaro que concibió el designio de conseguir gratis de Abernethy una consulta. Para este fin, entabló conversacion con él, hallándose en una reunion, hablándole de su propio caso como del de una persona imaginaria.

—Supongamos, dijo el avaro, que los síntomas sean tales y cuales; ¿qué le aconsejaríais que tomara, doctor?

—Tomar consejo, respondió Abernethy.

—Pero yo estoy dispuesto á tomarlo, dijo el

(1) Médico inglés tan célebre como escéntrico.

prefecto, y á pagarlo. Ya he dicho que daria cincuenta mil francos al que me proporcionara la carta.

—En este caso, repuso Dupin, abriendo un cajon y sacando un libro de cuentas, podeis firmarme un vale de esta cantidad. En cuanto lo hayais firmado, os entregaré la carta.

Yo quedé estupefacto. Por lo que hace al prefecto, parecia herido del rayo. Durante algunos minutos, pareció mudo é inmóvil, mirando á mi amigo con ojos que parecian querer saltarle de la cabeza, la boca abierta, y con aire de incredulidad: despues, como si se recobrara poco á poco, cogió una pluma, vaciló un momento, firmó un pagaré de cincuenta mil francos, y lo entregó á Dupin. Este lo examinó atentamente y lo guardó en su cartera; luego, abriendo un pupitre, sacó una carta y la dió al prefecto.

Nuestro funcionario se apoderó de ella con una angustia de alegría, abrióla con mano trémula, leyó rápidamente su contenido, y tomando precipitadamente la puerta, lanzóse sin ceremonia fuera del cuarto y de la casa, sin haber pronunciado una sola sílaba desde el momento en que Dupin le hablara de firmar el pagaré.

Cuando estuvo fuera, mi amigo entró en algunas esplicaciones.

—La policía parisiense, dijo, es hábil por demas en su oficio. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos, astutos, y poseen á fondo todos los conocimientos que sus funciones especialmente requieren, de modo que cuando G.... nos detallaba su modo

de investigar en la casa de D....., tenia entera confianza en sus talentos, y estaba seguro de que habia hecho una pesquisa, del todo suficiente, en el círculo de su especialidad.

—¿En el círculo de su especialidad? dije.

—Sí, contestó Dupin; las medidas adoptadas, no solo eran las mejores en su especie, sino que fueron llevadas á una absoluta perfeccion. A hallarse la carta en el rayo de sus investigaciones, no dudeis que G..... la habria encontrado.

Yo me contentaba con reir; pero Dupin parecia haber dicho esto muy sériamente.

—Las medidas, prosiguió, eran buenas en su especie y admirablemente practicadas; no tenian otro defecto que el de ser inaplicables al caso y al hombre de que se trataba. Existe todo un órden de medios singularmente ingeniosos que son para el prefecto una especie de lecho de Procusto, al cual adapta y sujeta todos sus planes; pero se equivoca sin cesar por esceso de profundidad ó por esceso de superficialidad en los casos, y mas de un estudiante discurriria mejor que él.

He conocido un niño de ocho años cuya infalibilidad en el juego de pares ó nones causaba la mayor admiracion. Este juego es sencillo, y consiste en tener un jugador en la mano cerrada, cierto número de bolas, y preguntar al otro: ¿Pares ó nones? Si este adivina el número de bolas, gana una; si se equivoca, pierde otra. El niño de que hablo ganaba siempre todas las bolas á sus condiscípulos, por medio de una adivinacion que consistia en la simple observacion y en la apreciacion de la astucia

de su adversario. Supongamos que el adversario sea un bobo, y levantando la mano le pregunte; ¿Pares ó nones? Nuestro estudiante, responde: nones, y ha perdido. Pero á la segunda vez gana, pues se dice para sí: ese tonto ha puesto pares la primera vez, y toda su astucia no llega mas que á poner nones la segunda; diré, pues, nones; dice nones, y gana.

Con un adversario menos lerdo habria discurrido así: este muchacho ve que en el primer caso he dicho nones, y en el segundo se propondrá una simple variacion de pares á nones, como hizo el otro (esta idea será la primera en acudirle); pero una segunda reflexion le dirá que este cambio es muy sencillo, y, finalmente, se decidirá á poner pares como la primera vez. Diré, pues, pares. Dice pares, y gana. Ahora bien; esta manera de discurrir de nuestro estudiante, que sus camaradas llaman suerte, y que es en último análisis.....

—Es simplemente, dije, una identificacion de la inteligencia de nuestro pensador con la de su adversario.

—Esto mismo, contestó Dupin, y cuando pregunté al niño el medio de que se valia para efectuar esa perfecta identificacion á que debia tan buenos resultados, me respondió lo siguiente:

«Cuando quiero saber hasta qué punto es alguno circunspecto ó estúpido, hasta qué punto es bueno ó malo, ó cuáles son, en un momento dado, sus pensamientos, arreglo mi rostro, copiando el suyo tan exactamente como es posible, y observo entonces qué pensamientos ó qué sentimientos nacerán

en mi espíritu ó en mi corazon para correr parejas y corresponder con mi fisonomía.»

Esta respuesta de un niño hunde de repente toda la profundidad sofística atribuida á La Rochefoucauld, á la Bruyère, á Maquiavelo y á Campanella.

—Y la identificacion de la inteligencia del pensador con la de su adversario, depende, si no he comprendido mal, de la exactitud, con la cual es apreciada la inteligencia del adversario.

—Esta es, en efecto, la condicion para el valor práctico, replicó Dupin, y si el prefecto y sus dependientes se han engañado tantas veces, es por la falta de esa identificacion y por una apreciacion inexacta, ó mas bien por la no apreciacion de la inteligencia, con la cual se miden. No ven mas que sus propias ideas ingeniosas, y cuando buscan alguna cosa escondida, solo piensan en los medios que hubieran empleado para ocultarla. Su ingenio es una fiel representacion del ingenio del vulgo, y esta es la razon por qué cuando se encuentra un malhechor cuya astúcia difiere en especie de la suya, naturalmente el malhechor les *derrota*.

Esto sucede siempre que la astucia del criminal es superior á la de la policía, y muchas veces cuando es inferior. Esta no varía su sistema de investigacion, y cuando se ve incitada por una recompensa estraordinaria, exagera y lleva al estremo sus antiguas rutinas, pero no cambian de principios.

En el caso de D...., por ejemplo, ¿qué han hecho para variar el sitema de operaciones? ¿Qué son esas perforaciones, registros, sondas, exámen por

medio del microscopio, division de superficies en pulgadas cuadradas, sino la exageracion de uno ó de varios principios de investigacion basado en un órden de ideas relativas al ingenio humano, y á las cuales se ha acostumbrado el prefecto durante la larga rutina de sus funciones?

¿No veis que considera como cosa demostrada que *todos* los hombres que quieren ocultar una carta se sirven, si no de un agujero abierto con una barrena en el pié de una silla, á lo menos de un agujero, de un rincon apartado cuyo hallazgo toman del mismo registro de ideas que el agujero abierto con una barrena?

¿Y no veis tambien que escondrijos tan *originales* solo se emplean en circunstancias ordinarias y solo los adoptan inteligencias ordinarias? En todos los casos de objetos ocultos, esa manera ambiciosa de esconder el objeto, es en el principio presumible y presumida, y por consiguiente el descubrimiento no depende de la perspicacia, sino simplemente de la paciencia, del cuidado y de la resolucion de los que buscan. Pero cuando el caso es importante, ó así se presenta á los ojos de la policía, cuando la recompensa es considerable, todas esas hermosas cualidades tienen infaliblemente un mal éxito. Ahora comprendereis lo que queria decir al afirmar que si la carta robada hubiese estado oculta en el rayo de la investigacion de nuestro prefecto, ó en otras palabras, si el principio inspirador del escondrijo hubiese estado comprendido en los principios del prefecto, lo habria descubierto infaliblemente. Nuestro hombre se engañó del todo, y la causa

primera, original de su derrota, estriba en la suposicion de que el ministro es un tonto ó un loco porque goza de la reputacion de poeta. Todos los tontos ó locos son poetas, así discurre el prefecto, y solo es culpable de una falsa distribucion del término medio, infiriendo de aquí que todos los poetas son tontos ó locos.

—¿Pero es verdaderamente el poeta? pregunté yo: Me consta que son dos hermanos que se han labrado un nombre en las letras. Si no me engaño, el ministro tiene escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial é integral. Es matemático y no poeta.

—Os engañais, yo le conozco mejor que vos; es poeta y matemático. Como poeta y matemático ha discurrido bien; como simple matemático, no habria reflexionado del todo y se habria puesto á merced del prefecto.

—Opinion semejante, dije, me asombra; está desmentida por la voz del mundo entero. Creo que no pretendereis anonadar la idea madurada por los siglos. La razon matemática es considerada hace muchos años como la razon *por escelencia.*

—*Se puede apostar*, replicó Dupin citando á Chamfort, *que toda idea pública, toda convencion admitida es una tontería, porque ha convenido al mayor número*. Os concedo que los matemáticos han hecho cuanto han podido para propagar el error popular de que hablais, y que á pesar de propagarlo como una verdad, no es mas que un error. Con arte digno de mejor causa nos han acostumbrado, por ejemplo, á aplicar el término del *análisis*

á las operaciones algebráicas. Los franceses son los primeros culpables de esta fullería científica; pero si se reconoce que los términos de la lengua tienen una importancia real, si las palabras toman su valor de su aplicacion, ¡oh! en este caso concedo que *análisis* significa *álgebra*, del mismo modo poco mas ó menos que en latin *ambitio* significa *ambicion*; *religio*, religion; ú *homines honesti*, la clase de gente honrada.

—Veo, dije, que vais á trabar contienda con muchos algebristas de París; pero continuad.

—Dudo de la validez, y por consiguiente de los resultados de una razon cultivada por todo proceder especial que no sea la lógica abstracta. Dudo particularmente del raciocinio debido al estudio de las matemáticas. Estas son la ciencia de las fórmulas y de las cantidades; el raciocinio matemático no es mas que la simple lógica aplicada á la forma y á la cantidad. El grande error consiste en suponer que las verdades llamadas *puramente* algebráicas son verdades abstractas ó generales. Y es tan enorme este error, que me maravillo de la unanimidad con que es admitido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que es verdadero por una relacion de forma ó de cantidad, es muchas veces un error grosero relativamente á la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, es comunmente falso que la suma de las fracciones sea igual al todo. En química tampoco es cierto el axioma. En la apreciacion de una fuerza motriz tampoco es cierto, pues dados dos motores, cada uno de ellos es una potencia dada; no tienen necesariamente,

despues de unidos, una potencia igual á la suma de sus potencias tomadas separadamente. Existen otras muchas verdades matemáticas que solo son verdades dentro de los límites de *relacion*. Pero el matemático argumenta incorregiblemente, segun sus *verdades finitas*, como si fuesen de aplicacion general y absoluta, valor que por otra parte les atribuye el mundo. Bryant, en su muy notable *Mitologia*, hace mencion de un orígen análogo de errores cuando dice que nadie cree en las fábulas del paganismo, y sin embargo, nos olvidamos sin cesar, hasta el punto de deducir de ella consecuencias, como si fuesen vivas realidades. Entre nuestros algebristas, que no son otra cosa que paganos, existen fábulas paganas á las cuales dan crédito, y de las cuales deducen consecuencias, no tanto por ausencia de memoria, sino por una perturbacion incomprensible del cerebro. En una palabra, nunca he hallado matemático puro en quien se pueda tener confianza fuera de sus raices y ecuaciones; no he conocido ninguno que tuviese clandestinamente por artículo de fé que x^2+px es absoluta é incondicionalmente igual á q. Decid á uno de esos señores, á manera de esperimento, que creeis en la posibilidad de que x^2+px en ciertos casos no será igual á q, y cuando le hayais hecho comprender lo que quereis decir, poneos fuera de su alcance lo mas rápidamente posible, pues tratará de moleros á palos.

Intento decir, prosiguió Dupin, mientras yo me reia de sus últimas observaciones, que si el ministro no hubiese sido mas que matemático, el prefecto no se habria visto en la necesidad de firmarme este

pagaré. Yo le tengo por matemático y poeta, y habia tomado mas medidas en razon de su capacidad y teniendo en cuenta las circunstancias en que se encontraba. Sabia que era cortesano y resuelto intrigante, y reflexioné que semejante hombre debia indudablemente estar al corriente de las prácticas de la policía, y prever, como lo prueba el resultado, las asechanzas que le han sido tendidas. Tambien me dije que habia previsto las pesquisas secretas verificadas en su casa. Esas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen prefecto saludó como coadyuvantes positivos de un brillante éxito, las consideré como astucias para facilitar las libres indagaciones de la policía y para persuadirla mas fácilmente de que la carta no estaba en la casa. Sospechaba, además, que toda la série de ideas relativas á los principios invariables de la accion de la policía en los casos de pesquisa, ideas que no sin trabajo os esplicaba ahora mismo, sospechaba, repito, que toda esta série de ideas habia debido necesariamente desarrollarse en el espíritu del ministro.

Esto debia conducirle á desdeñar todos los escondrijos vulgares. El ministro no podia ser bastante débil para no adivinar que el escondrijo mas complicado, mas profundo de su casa, seria tan poco secreto como una antecámara ó un armario á los ojos, sondas, barrenas y microscopios del prefecto. Ví, en fin, que habia debido necesariamente aspirar á la sencillez, dado caso de que un gusto natural no le llevara á ella. Recordareis las carcajadas con que el prefecto acogió la idea que manifesté en nuestra primera entrevista; á saber, que si el mis-

terio le tenia confuso, era quizá en razon á su absoluta sencillez.

—Lo recuerdo perfectamente, y creí que le iba á dar un ataque de nervios.

—El mundo material, prosiguió Dupin, está lleno de analogías parecidas á los del inmaterial, y esto es lo que da un colorido de verdad á aquel conocido dogma de retórica, segun el cual, una metáfora ó una comparacion pueden fortificar un argumento tan bien como hermosear una descripcion. El principio de la fuerza de inercia, supongamos, parece idéntico en las dos naturalezas, física y metafísica; un cuerpo grande es puesto en movimiento con mas dificultad que otro pequeño, y su cantidad de movimiento está en proporcion de esa dificultad, lo que es tan positivo como esta proporcion análoga: las inteligencias de vasta capacidad, que son al mismo tiempo mas impetuosas, mas constantes y mas accidentadas en su movimiento que las de grado inferior, son las que se mueven menos cómodamente y las que mas vacilan cuando se ponen en marcha. Otro ejemplo: ¿habeis observado alguna vez cuáles son las muestras de tienda que llaman mas la atencion?

—Nunca lo he observado, contesté.

—Hay un juego de adivinacion para el cual se emplea un mapa. Uno de los jugadores ruega á otro que adivine un nombre dado,—nombre de ciudad, rio, estado ó imperio,—cualquiera palabra comprendida en la estension pintorreada y embrollada del mapa. Un novicio en el juego busca generalmente para embarazar á su adversario nombres escritos

en caractéres imperceptibles; pero los inteligentes escogen palabras en grandes caractéres que se estienden de un estremo á otro del mapa. Estas palabras, como las muestras y anuncios, escapan al observador por el hecho mismo de su escesiva evidencia, y aquí el olvido material es precisamente análogo á la distraccion moral de un espíritu que deja escapar las consideraciones demasiado palpables, evidentes hasta la importunidad. Pero, á lo que parece, la inteligencia del prefecto no alcanza á nada de esto; y hé aquí por qué no ha creido probable ni posible que el ministro dejara la carta á las narices de todo el mundo, como para impedir que un individuo la viera.

Cuando mas reflexionaba yo acerca del audaz, distinguido y brillante talento de D....., acerca del hecho de que debia tener siempre á su disposicion el documento para hacer uso de él inmediatamente, si era preciso, y en el otro hecho de que la carta no se hallaba oculta dentro de los límites de una pesquisa comun y en regla, tanto mas me convencia de que el ministro para ocultar el documento habia recurrido al medio mas ingenioso que darse puede; esto es, al de no tratar de ocultarlo.

Penetrado de estas ideas, me puse unos anteojos verdes, y una mañana me presenté como por casualidad en casa del ministro y le encontré bostezando, fastidiado y distraido; D..... es quizás el hombre mas realmente enérgico que existe; pero solo lo es cuando está seguro de que nadie le vé.

Quejéme de la debilidad de mi vista, y de la necesidad de usar anteojos; pero detrás de estos yo

inspeccionaba detenida y minuciosamente todo el aposento, aparentando oir la conversacion de mi huésped.

Recorrí con los ojos un vasto bufete al cual D..... estaba sentado y encima del cual se hallaban en desórden muchas cartas y otros papeles, uno ó dos instrumentos de música y algunos libros, y despues de un largo exámen, nada ví que despertara particularmente mis sospechas.

Dando mis ojos la vuelta por el aposento, encontraron un miserable objeto destinado á guardar cartas, cubierto de oropel y colgado de un botoncito de cobre por medio de una cinta azul grasienta encima de la chimenea. El indicado objeto, dividido en tres ó cuatro compartimientos, contenia cinco ó seis tarjetas de visita, y una sola carta muy sucia y manoseada. Estaba casi toda rota en dos mitades, como si se hubiera intentado hacerla enteramente pedazos, como se hace con un objeto sin valor; pero se habia desistido de esta idea. Tenia un ancho sello negro con la cifra de D..... muy visible, é iba dirigida al mismo ministro. El sobreescrito era de letra de mujer. Al parecer habia sido olvidada con desden en una de las divisiones superiores del guarda-cartas.

Apenas hube echado una mirada rápida á la carta, cuando inferí que era la que yo buscaba. Por su aspecto era diferente de la descrita tan minuciosamente por el prefecto. El sello era ancho y negro con la cifra de D..... y en la otra era pequeño y encarnado con el escudo ducal de la familia de S..... El sobreescrito de la una era de letra de mujer; el

de la otra contenia el nombre de una persona real, y era de letra decidida y caracterizada; las dos cartas solo se parecian en la dimension. Pero el carácter escesivo de estas diferencias, fundamentales en suma, la suciedad, el deplorable estado del papel, desgarrado y ajado, que contradecian las verdaderas costumbres de D..... tan metódicas, y que revelaban la intencion de derrotar á un indiscreto ofreciéndole todas las apariencias de un papel sin valor; todo esto, agregado á la situacion imprudente del documento, puesto de lleno á la vista de todos y conforme exactamente con mis conclusiones anteriores, todo esto habia sido hecho para corroborar decididamente las sospechas del primero que, sospechando, hubiese ido á visitar á D.....

Prolongué tanto como pude mi visita, y mientras sostenia una discusion muy viva con el ministro, acerca de un punto que me constaba tenia para él un interés siempre nuevo, mi atencion no se apartaba de la carta. Haciendo este exámen, discurria acerca de su aspecto esterior y acerca del modo como estaba colocada en el guarda-cartas, cuando hice otro descubrimiento que desvaneció la sombra de duda que me quedaba.

Analizando los bordes del papel, noté que estaban mal cortados: presentaban el aspecto de un papel duro que habiendo sido doblado por la plegadera, lo ha sido en sentido inverso, pero en los mismos pligues que constituian su primera forma. No necesitaban mas: para mí era claro que la carta habia sido vuelta como un guante, doblada de nuevo y de nuevo sellada. Me despedí del minis-

tro, olvidando una caja de oro de tabaco de polvo encima del bufete.

Con el pretesto de recoger la caja, le visité el dia siguiente, prosiguiendo vivamente los dos la conversacion de la víspera; cuando á lo mejor de la discusion, sonó un pistoletazo al pié de las ventanas de la casa, seguido de los gritos y esclamaciones de los que pasaban por la calle. D... corrió hácia la ventana, abrióla, y se asomó á ella, al mismo tiempo que yo me dirigí á la chimenea, tomé la carta, la metí en mi bolsillo, reemplazándola con otra; con una especie de *fac-simile* (en cuanto al esterior) que de antemano habia preparado falsificando la cifra de D... con ayuda de un sello de miga de pan.

El tumulto de la calle habia sido causado por el insensato capricho de un hombre que llevaba un fulsil y lo habia disparado en medio de un corro de mujeres y niños: pero como estaba cargado sin bala, creyeron que el hombre era un maniático, y le dejaron proseguir su camino. Cuando se hubo marchado, D... se retiró de la ventana, á donde le siguiera yo inmediatamente despues de haberme asegurado de la preciosa carta. No tardé en despedirme de él. El supuesto loco era un hombre pagado por mí.

—¿Cuál fue vuestro objeto, pregunté á mi amigo, al reemplazar la carta con otra? ¿No habria sido mas sencillo apoderarse de ella cuando la primera visita, y marcharse en seguida?

—D... replicó Dupin, es capaz de todo, y ademas es hombre sólido. Tiene criados fieles, y á llevar yo

á cabo la estravagante tentativa de que hablais, no me habrian dejado salir vivo de la casa. El buen pueblo de París no hubiera oido ya hablar de mí, y ademas de estas consideraciones, yo abrigaba otro objeto particular. Ya conoceis mis simpatías políticas, y en esta cuestion he obrado como partidario de una dama. Hace diez y ocho meses que el ministro la tiene en su poder, y ahora es ella quien tiene á él, pues este ignora que la carta no se halla en su casa y obrará como hasta ahora. Indudablemente se dará el mismo el primer golpe de su ruina política, y su caida no será menos rápida que ridícula. Háblase muy gallardamente del *facilis descensus Averni*, pero en materia de escalamientos, se puede decir lo que la Catalani decia del canto: «Es mas fácil subir que bajar.» En el presente caso no tengo simpatía alguna, ni compasion siquiera por el que va á caer. D... es el verdadero *monstrum horrendum*, un hombre de genio sin principios. Os confieso, con todo, que no me disgustaria saber el carácter exacto de sus pensamientos cuando puesto en desconfianza por lo que el precepto llama *cierta persona*, se vea reducido á abrir la carta que dejé para él.

—¡Cómo! ¿le dejásteis una carta escrita?

—Dejar en blanco el interior no me pareció conveniente, y ademas, hubiera parecido insulto. Hallándome en Viena, D... me jugó una mala pasada, y le dije en tono muy alegre que me acordaria. Como sé que ha de esperimentar cierta curiosidad relativamente á la persona que le ha chasqueado, creí que seria lástima no darle algun indi-

cio, y acordándome de que conoce mi letra, copié en medio de la página en blanco estas palabras:

Un dessein si funeste,
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste. (1)

Hallareis esta cita en el *Atreo* de Crebillon.

---

(1) Tan funesto designio,
si no es digno de Atreo, es digno de Thiestes.



LA VERDAD

DE LO OCURRIDO CON EL SEÑOR DE VALDEMAR.

V.

Que el estraordinario caso del Sr. Valdemar haya suscitado discusion, no tiene en verdad nada de estraño: milagro hubiera sido que así no sucediera, sobre todo en las presentes circunstancias. El deseo de las partes interesadas, de tener secreto este asunto, por ahora al menos, y en tanto que se presentara oportunidad de hacer una nueva investigacion, y los esfuerzos que para conseguirlo hemos hecho, han dado lugar á que se propague por el público una relacion truncada y exagerada, que presentando el asunto bajo los colores mas falsos y desagradables ha llegado á ser orígen de un gran descrédito.

Es, pues, ya necesario que yo refiera *losh echos*, tales al menos como puedo comprenderlos; en resúmen son estos.

De tres años á esta parte me habia llamado muchas veces la atencion el estudio del magnetismo, y hará cosa de nueve meses que repentinamente me ocurrió la idea de que en la série de esperimentos hasta entonces practicados, habia un vacío muy notable, y era que á nadie se habia magnetizado *in articulo mortis*. Faltaba saber: primero, si en tal estado tiene el paciente alguna susceptibilidad para recibir el influjo magnético; segundo, si en caso de que así sea, se encuentra aumentada ó disminuida por esa circunstancia, y tercero, hasta qué punto y por cuánto tiempo podria la operacion detener la invasion de la muerte. Otros muchos puntos habia que comprobar; pero estos eran los que mas escitaban mi curiosidad, sobre todo el último, por la inmensa trascendencia de sus consecuencias.

Buscando en derredor de mí un sugeto por medio del cual pudiera aclarar estas dudas, llegué á pensar en mi amigo, M. Ernesto Valdemar, compilador bien conocido de la *Bibliotheca forensica*, y autor (bajo el seudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas del *Wellenstein* y el *Gargantua*. M. Valdemar, que generalmente residia en Harlem (New-Yorck) desde el año 1839, es ó era muy notable por la escesiva flaqueza de su cuerpo, sus piernas que se asemejaban mucho á las de John Randolph, y por la blancura de sus patillas, que contrastaba con su cabellera negra haciendo creer á todo el mundo que llevaba peluca. Su temperamento era sumamente nervioso, y esto le hacia muy á propósito para los esperimentos magné-

ticos. En dos ó tres ocasiones le habia hecho dormir sin gran dificultad, pero me encontré chasqueado en los demas resultados que su constitucion particular me habia hecho esperar. Jamás se sometia positiva y completamente su voluntad á mi influencia, y en cuanto á la *lucidez* jamás conseguí hacer con él cosa de provecho. Siempre atribuia yo esto al desarreglo de su salud, pues algunos meses antes de que yo le tratara, ya los médicos le habian declarado que padecia una tísis pulmonar bien caracterizada, y él se habia acostumbrado á hablar de su próximo fin con la mayor sangre fria, como de una cosa que ni puede evitarse ni debe sentirse.

Cuando las ideas de que he hablado me ocurrieron por vez primera, era natural que pensara en M. Valdemar, pues conocia muy bien la sólida filosofía de este hombre para no temer escrúpulos por su parte, y no tenia parientes en América que pudieran entrometerse en el asunto; le hablé, pues, con la mayor franqueza, y con gran sorpresa mia ví que tomó la cosa con el mas vivo interés, y digo con sorpresa, porque aunque siempre se habia prestado con la mayor bondad á mis esperimentos, nunca habia mostrado simpatía hácia esa clase de estudios. Como su enfermedad era de las que admiten un cálculo exacto respecto á la época de su *desenlace*, convinimos, por último, en que me avisaria veinte y cuatro horas antes del término que los médicos señalaran á su vida, y con efecto, hace ahora mas de siete meses que recibí del mismo Valdemar la siguiente esquela.

«Querido P. Puede V venir *ya*. D..... y F..... están conformes en que no pasaré de mañana á media noche, y creo que si no aciertan les faltará bien poco.

VALDEMAR.»

A la media hora de escrita llegó á mis manos esta esquela, y quince minutos despues estaba yo en la alcoba del moribundo. Hacia diez dias que no le veia, y me quedé aterrado al ver la alteracion que en este intervalo habia sufrido. Tenia su rostro un color plomizo: sus ojos estaban completamente apagados y el enflaquecimiento era tan notable que sus pómulos habian quebrado la piel: la espectoracion era escesiva y apenas perceptible el pulso; pero sin embargo, conservaba de una manera muy singular todas sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba claramente, tomaba por sí solo algunas preparaciones calmantes, y cuando entré en su cuarto le ví ocupado en escribir algunas notas en su agenda. Estaba sostenido en la cama con una porcion de almohadas, y los doctores D.... y F..... le prodigaban sus auxilios.

Despues de estrechar la mano á M. Valdemar, llamé aparte á estos señores, rogándoles me esplicaran minuciosamente cuál era el estado del enfermo: me dijeron que hacia diez y ocho meses que el pulmon izquierdo se hallaba en un estado semi-huesoso ó cartilaginoso, y por consiguiente completamente inútil para toda funcion vital: el derecho se habia oxificado tambien por su region superior, si no por completo, cuando menos en parte, mientras que la inferior se hallaba ya conver-

tida en una masa de tubérculos reblandecidos, que se mezclaban unos con otros: habia ademas varias cavernas profundas, y aun en algun punto se habia establecido adherencia con las costillas. Estos fenómenos del pulmon derecho eran mas recientes que los del otro: la oxificacion habia marchado con desusada insólita rapidez, puesto que un mes antes no se descubria ningun síntoma de ella, y la adherencia solo se habia notado tres dias antes. Ademas de la tisis; se sospechaba la existencia de un aneurisma de la aorta, pero la oxificacion no dejaba formar un diagnóstico exacto acerca de este punto. Ambos médicos opinaban que M. Valdemar moriria al dia siguiente domingo, á cosa de media-noche: estábamos en sábado y eran las siete de la tarde.

Al salir de la alcoba del moribundo para hablar conmigo los doctores D..... y F..... le habian dado el supremo adios, pues no tenian intencion de volver mas; pero á mis ruegos consintieron en hacerle otra visita á las diez de la noche.

En cuanto se fueron, hablé libremente con M. Valdemar de su próxima muerte, y mas particularmente del esperimento que nos habíamos propuesto hacer. El se mostró de la mejor voluntad, y aun manifestó un vivo deseo de que se hiciera el esperimento, rogándome lo comenzara desde luego. Habia allí para cuidarle un criado y una criada, pero no me atreví á emprender tan grave tarea, sin otros testigos mas fidedignos para el caso en que ocurriera un accidente repentino: aplacé, pues, la operacion para las ocho, cuando la llegada

de un estudiante de medicina que yo conocia, M. Teodoro L..... vino á sacarme del apuro. Aunque habia resuelto aguardar á los médicos, tuve que comenzar desde luego, tanto por las instancias de M. Valdemar, como por la conviccion de que no habia un instante que perder, pues se veia claramente que el enfermo se nos iba.

M. L..... tuvo la bondad de acceder á mi deseo de que tomara notas de todo lo que fuera pasando, y del acta que hizo es de donde saco testualmente esta relacion, pues cuando no la estracto la copio á la letra.

Serian las ocho menos cinco cuando tomando la mano del paciente, le rogué que confirmara á M. L..... lo mas claramente que pudiera, cómo deseaba realmente que yo hiciera con él un esperimento magnético en tales condiciones. Con voz débil, pero clara, dijo: «sí, deseo ser magnetizado,» y añadió en seguida, «temo que lo hayais dilatado demasiado.»

Mientras hablaba, habia principiado yo á darle las pasas (1) que sabia eran mas eficaces para adormecerlo. Al primer movimiento de mi mano atravesando su frente, se conoció que recibia la influencia; pero á pesar de que desplegué todo mi poder, no manifestó ningun otro efecto sensible hasta las diez y diez minutos, hora en que los médicos D..... y T..... llegaron á la casa. Les

(1) Movimientos de la mano del operador pasando á corta distancia del cuerpo del magnetizado: seria mejor decir pases en nuestro idioma, si no tuviera esta voz una significacion tauromáquica.

espliqué en pocas palabras mi designio, y como no hicieron objecion alguna diciendo que yá el paciente estaba en la agonía, continué sin vacilar, pero cambiando las pasas laterales en pasas longitudinales y concentrando toda mi mirada en las pupilas del moribundo. . . . .

Durante este tiempo el pulso se hizo imperceptible, y su respiracion trabajosa marcaba intervalos de medio minuto. . . . .

Este estado duró un cuarto de hora sin alteracion ninguna; pero al cabo de este período, un suspiro natural, pero horriblemente profundo, se exhaló del pecho del agonizante, y cesó la respiracion estertorosa, es decir, no se percibia ya el ronquido, pero sus intervalos no disminuian. Las estremidades del paciente estaban frias como el hielo. . .

A las once menos cinco minutos percibí síntomas inequívocos de la influencian magnética. La vacilacion vidriosa del ojo se habia cambiado en esa espresion penosa de mirada *hácia dentro* que solo se observa en los casos de sonambulismo, y que no puede confundirse con otra alguna: por medio de algunas rápidas pasas laterales hice palpitar sus párpados como cuando nos abruma el sueño, y al cabo de muy pocó conseguí cerrrarlos completamente. No me basta esto, sin embargo, y continué mis ejercicios vigorosamente y con la mas intensa proyeccion de voluntad hasta que hube completamente paralizado los miembros del durmiente despues de colocados en una situacion cómoda al parecer. Las piernas estaban completamente estiradas, los brazós casi estendidos descansando

sobre el lecho á corta distancia de las caderas, y la cabeza un poco elevada.

Cuando concluí de hacer todo esto eran ya las doce dadas y rogué á aquellos señores que examinaran á M. Valdemar: despues de hacer algunas investigaciones reconocieron que se hallaba en un estado de catalepsia magnética estraordinariamente perfecta. La curiosidad de los médicos estaba sumámente escitada; el doctor D..... se decidió desde luego á pasar la noche á la cabecera del paciente, mientras que el doctor F..... se despidió para volver al rayar el alba; M. L..... y los criados se quedaron.

Dejamos completamente tranquilo á M. Valdemar hasta las tres de la mañana, hora en que me aproximé á él y le encontré exactamente en el mismo estado que tenia á la salida del doctor F...., es decir, que se hallaba en la misma actitud; el pulso era impercetible, la respiracion suave y apenas sensible, á no ser acercando un espejo á sus lábios; los ojos estaban cerrados naturalmente, y los miembros tan rígidos y frios como si fueran de mármol. Sin embargo, el aspecto general no era de un cadáver.

Al acercarnos á M. Valdemar, hice una especie de semi-esfuerzo para que su brazo derecho siguiera al mio en los movimientos que describia suavemente sobre su persona. Cuando en otras ocasiones habia ensayado con el paciente este esperimento, nunca me habia salido completamente bien, y ciertamente no esperaba que esta vez saliera mejor; pero con gran sorpresa mia ví que su brazo seguia suave-

mente, aunque indicándole poco, la direccion que el mio le trazaba, y entonces me determiné á ensayar un poco de conversacion.

—Valdemar, le dije, ¿dormís?

No respondió, pero vi estremecerse sus lábios y hube de repetir la pregunta segunda y tercera vez: á la tercera todo su ser se agitó con un ligero estremecimiento, los párpados se levantaron por sí mismos descubriendo una línea blanca del globo del ojo; moviéronse lentamente los lábios dejando escapar estas palabras en un murmullo apenas inteligible:

—Sí, ahora duermo. ¡No me desperteis! ¡Dejadme morir así!

Toqué sus miembros y ví que continuaban rígidos, el brazo derecho seguia obedeciendo á la direccion de mi mano; volví á interrogar otra vez al sonámbulo.

—¿Seguís sintiendo dolor en el pecho, Valdemar?

La respuesta tardó algo y fue menos acentuada aun que la primera:

—¿Dolor?—No—me muero.

No creí conveniente atormentarle más por entonces, y nada se dijo ni se hizo hasta la llegada del doctor F...... que fue un poco antes de salir el sol, quedando muy admirado de encontrar aun en vida al paciente; despues de haberle tomado el pulso, y puesto un espejo á los lábios, me rogó que le volviera á hablar: obedecí y le dije:

—¿Valdemar, seguís durmiendo?

Lo mismo que antes transcurrieron algunos minutos antes de que contestara, durante los cuales

parecia que el moribundo reunia todas sus fuerzas para hablar. Al repetirle por cuarta vez mi pregunta, respondió débil, pero inteligiblemente:

—Si—duermo—me muero.

Fue entonces opinion y mas bien deseo de los médicos, el que se dejara á M. Valdemar en aquel estado de calma aparente sin turbarle, hasta que llegara la muerte, lo cual debia suceder (y en esto anduvieron unánimes), al cabo de cinco minutos. Sin embargo, me decidí á hablarle aun otra vez y para ello me limité á repetir la misma pregunta.

Mientras yo hablaba, se verificó un cambio muy notable en la fisonomía del sonámbulo: rodaron sus ojos en la órbitas, abriéndose los párpado lentamente: tomó la piel un color cadavérico, que mas se asemejaba al papel que al pergamino, y las dos rosetas hécticas que hasta entonces se destacaban con mucha viveza en el centro de cada mejilla, *se apagaron* de repente. Me valgo de esta espresion porque la rapidez con que desaparecieron solo es comparable con la de una bugía al darle un soplo. Al mismo tiempo subió el lábio superior hasta por encima de los dientes, que antes estaban cubiertos, mientras la mandíbula inferior caia dando una sacudida que debió oirse, dejando ver la boca abierta y toda la lengua negra é inchada. Presumo que todos los testigos estaban familiarizados con los horrores de un lecho de agonía, pero el aspecto de M. Valdemar era tan repugnante en este momento, tan escesivamente repugnante, que todos se apartaron lejos de la cama.

Conozco que he llegado á un punto de mi narra-

cion, en que el lector indignado se negará á darme crédito, pero mi deber es continuar.

Ya no habia en M. Valdemar el menor síntoma de vitalidad, y persuadidos de que estaba muerto le dejábamos á cargo de los criados cuando se manifestó en su lengua un fuerte movimiento de vibracion, que duró cosa de un minuto. Al cabo de este tiempo, brotó de entre las mandíbulas abiertas é inmóviles una voz tal, que seria locura tratar de describirla. Hay, sin embargo, dos ó tres epítetos que aproximativamente pudieran aplicársele: así puedo decir que su sonido era áspero, desgarrador, cavernoso; pero el horror de su conjunto es indefinible, porque nunca sonido alguno semejante ha bramado en oidos humanos. Habia, sin embargo, dos particularidades, que segun creí entonces y creo ahora, pueden tomarse como características de la entonacion, y dar alguna idea de su estrañeza extra-terrestre. En primer lugar, parecia que la voz llegaba á nuestros oidos, á los mios al menos, como si viniera de una distancia muy remota ó de algun abismo subterráneo; y en segundo la impresion que me produjo (temo que ni conseguiré darme á entender) fue análoga á la manera con que las materias glutinosas ó gelatinosas afectan al sentido del tacto.

He hablado de voz y sonido: quiero decir, que el sonido era una silabizacion clara, terrible, espantosamente clara. M. Valdemar *hablaba* sin duda para responder á la pregunta que momentos antes le habia dirigido, que era si continuaba durmiendo: entonces dijo:

Si,—no,—*he dormido*;—pero ahora,—ahora *estoy muerto.*

Ninguno de los que allí estaban trató de ocultar ni aun de disimular siquiera, el indescriptible, el estremecedor espanto que estas palabras así pronunciadas no podian menos de infundir. M. L..... el estudiante se desmayó; los criados huyeron del aposento y fue imposible hacerles volver; en cuanto á mis propias impresiones no intentaré siquiera espresarlas. Por espacio de mas de una hora nos ocupamos en silencio (nadie habló una palabra) en devolver á la vida á M. L.....; apenas volvió en sí, emprendimos de nuevo nuestras investigaciones sobre el estado de M. Valdemar.

Habia quedado enteramente lo mismo que acabo de describir, fuera de que ya el espejo no demostraba vestigio alguno de respiracion. Una tentativa de sangría en el brazo no produjo resultado. Debo advertir tambien que ya este miembro no estaba sujeto á mi voluntad, pues en vano procuré hacerle seguir la direccion de mi mano. La única indicacion real de la influencia magnética se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua; cada vez que dirigia una pregunta á M. Valdemar, parecia que hacia una fuerza para responder; pero su volicion no era bastante duradera. Parecia completamente insensible á las preguntas hechas por otras personas, á pesar de que intenté ponerle en relacion magnética con cada una de las que allí estaban. Creo haber dicho ya todo lo necesario para que se comprenda cuál era el estado del sonámbulo en este período; nos proporcionamos otros enfer-

meros, y á las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de M. L.....

Por la tarde volvimos todos á ver al paciente, que seguia en el mismo estado. Discutimos entonces acerca de la oportunidad y posibilidad de despertarlo, pero conocimos unánimemente que nada útil podia producir esto. Era evidente que hasta entonces la *muerte*, ó lo que comunmente se entiende con esta palabra, estaba detenida por la operacion magnética, y nos parecía que con despertar á M. Valdemar solo se conseguiria determinar su último instante, ó cuando menos acelerar su descomposicion.

Desde entonces hasta fines de la semana pasada (*intervalo de unos siete meses*) nos hemos reunido todos los dias en casa de M. Valdemar, en compañía de los médicos y de algunos amigos; durante este tiempo permaneció el sonámbulo *exactamente* tal como lo he descrito. La vigilancia de los enfermeros era continua.

El viernes pasado fué cuando por fin nos resolvimos á despertarle, ó á procurar despertarle, y el resultado, tal vez deplorable de esta última tentativa, es lo que ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados y á tantos rumores en los cuales no puedo menos de ver una credulidad popular injustificable.

Para sacar á M. Valdemar de la catalepsia magnética, hice uso de las pasas acostumbradas, que durante algun tiempo no dieron ningun resultado; el primer síntoma de volver en sí fue el descenso parcial de la pupila, y observamos como cosa nota-

ble que este fenómeno iba acompañado de un flujo muy abundante de un licor amarillento que salia de entre los párpados, y tenia un olor ácre y sumamente desagradable.

Me indicaron entonces que viera si podia como antes influir en el brazo del paciente, pero lo ensayé sin conseguir nada. El Dr. T..... espresó el deseo de que yo preguntara, y lo hice de la manera siguiente:

—Valdemar, ¿podeis esplicarnos cuáles son ahora vuestras sensaciones ó deseos?

Inmediatamente volvieron á las mejillas las rosetas hécticas, tembló ó mas bien rodo violentamente la lengua en la boca (á pesar de que las mandíbulas continuaban inmóviles) y al cabo de un rato brotó la misma horrible voz que ya he descrito.

—¡Por el amor de Dios!—¡pronto!—¡pronto!—¡hacedme dormir!—ó sino ¡pronto! despertadme—¡pronto!—*¡repito que estoy muerto!*

Yo estaba completamente enervado, y por espacio de un minuto estuve indeciso sobre lo que debia hacer; primero, quise calmar al paciente; pero como la total ausencia de mi voluntad no me permitia conseguirlo, hice lo contrario y me esforcé en despertarle lo mas pronto posible. No tardé en conocer que esta tentativa tendria un éxito completo (tal me figuré yo al menos) y estoy seguro de que todos los que estaban en el aposento esperaban ver despertar al sonámbulo.

Pero lo que en realidad sucedió, ningun ser humano pudo jamás esperarlo, porque escede á toda posibilidad.

Mientras yo hacia rápidamente las pasas magnéticas al través de los gritos de ¡muerto! ¡muerto! que hacian literalmente una esplosion en la lengua y no en los lábios del sugeto, todo su cuerpo, de repente y en menos de un minuto desapareció, se dasmenuzó, se *pudrió* completamente entre mis manos. Solo quedaba en el lecho, á la vista de todos los testigos, una masa repugnante y semilíquida, una abominable putrefaccion.

FIN DE LAS HISTORIAS ESTRAORDINARIAS.

DICHA Y SUERTE,

cuadro de costumbres populares,

POR

FERNAN CABALLERO.

FORTUNA.
Sobsuyados sois á mí
los humanos.
BLAS.
No son los varones magnos.
Non facen cuenta de tí.
El marques de Santillana.

I.

San Lúcar y el soto de doña Ana.

Cansado de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á San Lúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro ensanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos: el de las aguas mansas y dulces, y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de San Lúcar, que

pierde la importancia que podia tener, por la facilidad que á los buques presta el rio para subir hasta la capital dc Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia rio arriba del pueblo, cuya playa recibe todavía las embestidas del mar, que penetra en la ancha desembocadura del rio, y de las quc lo guarece una estensa playa de arena, en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Divídese el pueblo en dos partes. La una, denominada *Barrio bajo*, es en estremo larga y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra, que se denomiua *Barrio alto*. La llana plata-forma dc este monte la ocupan, hácia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torrc, sobrc cuyo turbante de almena ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con la que anuncia los pacíficos huéspedes que al rio envia la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigía.

En el centro dc la plata-forma se alza el palacio, ó mas bien la fortaleza, que es casa solariega de los descendientes de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia, cuyo jardin ocupa la vertiente mas escarpada del monte, en términos que parece una formidable muralla quc para defensa del castillo levantara cl terreno y que hubiese enlucido con vejetacion.

El tercer edificio, ó tercer floron de la diadema que corona á San Lúcar, es el palacio de verano recientemente construido allí por los señores infantes duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, á frescura de las

brisas del mar, las que se encargan de mecerles las palmeras y llevar á tan augustos moradores los perfumes de sus jardines. Si las brisas se perfuman con las flores para refrescar sus frentes, para satisfacer sus corazones se santifican tambien con la bendicion de todo un pueblo que alza sus ojos agradecidos hácia la Providencia terrenal puesta allí por la celeste para su amparo y su consuelo.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios, y aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de esquisitas aguas, abundancia de ricas frutas y legumbres: esto se vé y se halla en San Lúcar de Barrameda, constituyendo uno de los pueblos mas bellos (así como es uno de los mas moralizados, religiosos y tranquilos de Andalucía), del que promediando la distancia de Sevilla á Cádiz, participa algo de la fisonomía de ambas capitales.

En la orilla opuesta del rio empieza el magnífico soto de doña Ana, propiedad de los duques de Medina-Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas; soto que encierra los mas variados caractéres de la naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es alternativamente desierto y paraiso, vergel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el soto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre alvedrío. Allí no se ha introducido aun la civilizacion agrícola; es allí exótico el arado, que desgarra la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera, que suprime lo bello en

favor de lo útil; no se ha dividido co el terrenom o un tablero con lindes; no se ha empobrecido la libre creencia con desmontes (1); no se ha impuesto á los árboles como á los quintos el formar en monótona simetría; no se ha dicho á las plantas: *sed productivas*, y solo rige allí el primitivo mandato: *creced y multiplicaos*.

Como es de suponer, en aquel inmenso despoblado campan por su respeto todos los animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los jabalíes; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que, segun tradicion griega, eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornoques, triscan airosos los ciervos, y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y la mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo, se instalan las zorras y los lobos, y entre los riscos, las serpientes y los lagartos. Entre el siempre fresco lentisco, y el vistoso madroño, la picada y sombría vabina, el escabon de doradas flores, el erguido sabiergano, en todo aquel eden de vejetacion, cantan un sinnúmero de variados pájaros; mientràs á poca distancia de la dehesa brama el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro; silba el mirlo y aulla el lobo, trina la alondra y grazna el pato, gorgea el ruiseñor y gruñe el jabalí, bala la cabra y gritan las urracas; y sobre todo este

---

(1) Esto no implica que dejen de hacerse por algunas partes *cortas*, las que forman uno de los productos de estas vastas posesiones.

inmenso conjunto, se eleva en su soberbio vuelo y se cierne en campo azul de esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heróico defensor de Tarifa.

II.

Del arca de Noé y los patriarcas.

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este soto el palacio que existe y en el que el año de 1624 obsequió el duque de Medina-Sidonia tan régiamente al rey Felipe IV (1), hubiésemos dado á este palacio la forma mas apropiada á su situacion, que hubiera sido la del arca de Noé.

Como afectos á los niños, lo somos tambien á sus juguetes, y entre estos nos es mas simpático que ninguno ese decano, la venerable arca de Noé. Como se confeccionan libros para todas las edades, se confeccionan arcas de Noé para todos los bolsillos; las hemos visto desde el mínimo precio de tres reales hasta la respetable suma de dos mil.

Hemos visto en las primeras, las pobres (todo lo pobre nos agrada desde que el dinero se ha hecho tan vulgar y tan plebeyo), hemos visto caricaturas en miniatura de todos los animales, en las que sin degenerar, se han sucedido las generaciones, destruidas con espantosa rapidez sin ayuda del tiempo.

Acaece, no sabemos si por falta de imaginacion ó por sobra de fé, que nuestra comprension, en que

(1) Vea el que quiera mas detalles la curiosa y minuciosa relacion que de este recibimiento hace el escelentísimo Sr. D. Antonio de Latour en el tercer tomo de sus interesantes, eruditos y poéticos *Estudios sobre España*, que intitulaba la *Bahía de Cádiz*.

tan temprana se grabó la imágen de la familia del Patriarca en toda su tiesa magestad, no admite la idea de Noé, Cam, Sem y Jafet, sino con sus túnicas ó sacos azul, verde, amarillo y color de castaña sujetos del talle por un cinturon sin cabos y sin hevilla, cayendo sin pliegues ni arrugas hasta cubrirles modestamente los pies, sus sombreros negros de ala ancha redonda, sus brazos pendientes como los de los quintos, y en uno de ellos un báculo al que conservamos respeto y veneracion.

En una de las guarderías habia pasado su vida el tio José, á la sazon viudo y con tres hijos. Dos de estos eran casados y guardas tambien; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbon. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente, y tenia veinte y tres años, á una hermosa figura, á un genio alegre y bondoso, unia una gran cultura moral que habia ingerido el padre á toda su familia con solo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura. Como siempre se ve, ese mismo respeto habia engendrado en sus hijos el mas entrañable cariño hácia él, pues es muy rara la casa en que se respeta y no se ama. Como los impulsos que reciben obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habian dado los hijos del tio José á sus mujeres é hijos, no era solamente seguido por estos, sino á su vez comunicado á cuantos trabajadores iban al coto á las cortas de leña y hornos de carbon, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda supremo á aquellos jefes primitivos cuya voluntad, sin luchar con re-

beldias, era á la vez núcleo que unia, impulso que guiaba, y voluntad que regia.

Aunque los dos hijos del guarda eran casados, ninguno se habia atrevido á fumar en su presencia, á pesar de que su padre fumaba y nunca les habia prohibido el hacerlo; pero el culto instinto del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza el incultísimo *sans fasons*, les sujeria que el dejarse ir á ese poco fino goce, que implica poca compostura, era faltar al respeto aun del hombre rústico. Jamás se sentaban si su padre estaba en pié; nunca hablaban de su persona denominándolo *él*, sino *su merced*, y de esa misma respetuosa espresion se valian en su presencia.

Todas estas cosas nos constan, y por eso las referimos, así como por último este rasgo:

Habiendo venido el tio José en una ocasion de San Lúcar, y parando en casa de uno de sus hijos, entonces recien casado y establecido allí, su nuera, que solo tenia una sala y una alcoba contiguas, despues de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fue á pasar la noche en la habitacion de una vecina viuda, dejando solo á su marido, que asi lo dispuso, en la cama matrimonial. A los que deseen conocer nuestras costumbres populares, les presentamos estos ejemplos, añadiendo que esta cultura de alma que posee nuestro pueblo como ninguno otro, y que hace al hombre tan noble, tan honrado, tan bien avenido con su destino, tan decente, tan delicado, tuvo su orígen en la gran legisladora del mundo, estampada en las tablas de Moisés y ampliada en el Evangelio.... *la palabra de Dios.*

Hermoso, robusto, alegre y sano de corazon se habia criado Vicente en aquella grandiosa naturale-

za primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¿Qué tiempo, qué ocasion, qué ejemplo, qué seduccion al mal hubiese podido tener Vicente? ¡Vejetaba!—No; vivia tal cual es la noviciada vida; trabajando, descansando: lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. ¡Pero, su existencia no era cumplida! Si lo era.

Los sábados por la noche desaparecia Vicente.

Despues de un dia de fuerte trabajo, sus piés hallaban toda la agilidad que da el descanso para andar en breve rato media legua que dista la morada del guarda mayor de la orilla del rio; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra, y con los brios de veinte años y el apresuramiento del deseo, corria el cuarto de legua que separa á Bonanza de San Lúcar. El domingo á la hora de la comida estaba do vuelta. El padre sabia sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendia: otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre; y el instintivo criterio de aquel campesino, lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutil ciencia del mundo.

III.

La huerta del tio Curro y su mas linda rosa.

Hácia el lado de Bonanza, y siempre en línea recta, se prolonga interminablemente la poblacion, formando una calle que empezando en la plaza de los Caños del Campillo, concluye entre solo dos hileras

de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hácia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que resguardadas por este del furor de los levantes, y por las casas del de los temporales, forman por su situacion una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crian sin combates, como monjas en sus conventos.

Una de estas huertas en que vamos á entrar, estaba cultivada con esmero que incluia el primor, de manera que mas que huerta parecia un jardin rústico. Sus primitivos dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermosearla, particularmente con profusion de árboles.

Del camino la separaba el mencionado valladar, tan ancho y frondoso como que tenia el espesor de un muro de fortaleza; muro en el que si bien las osadas tropas lijeras muchachiles solian abrir pequeñas brechas, el ingeniero que lo edificó, le restauraba sin ruido y sin presupuesto con incansable perseverancia.

Descollaban entre zarzas, lentiscos y espinas de trecho en trecho cual alertas centinelas, lanza en ristre, las erguidas pitas (aloes) espresando pantomímicamente el ¡*atrás*! con un puyazo al que intentaba traspasar los límites del recinto confiado á su custodia.

Separábala de la huerta antigua una hilera de chopos de Lombardia, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maiz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del opuesto la defendia de las usurpaciones del

vecino, una batería de granados que fundian sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento brotaban.

Dos enormes morales tenian su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señorones rancios y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus ojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la yedra, y nada pedian en cambio sino que los dejasen vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blando y perfumado respaldar de un ancho sillon.

Las legumbres bien cuidadas y bien colocadas medraban tanto, que parecia la huerta el instituto modelo de Vertumno; así era, que creyéndose dignas de figurar en esposiciones, la vanidad habia trastornado las molletas de sus antes tan modestas y sensatas hortalizas. (¡Cosas del siglo XIX!) Las coliflores habian añadido á su nombre el bonito nombre de sus madres; los pinchados alcauciles repudiaban todo parentesco con las alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de incultos y bastardos.

El ápio, que pretendia descender de la hija de Escolapio Panacea, cuya virtudes poseia, derivaba su nombre de este dios su antepasado; hasta las calabazas de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de *lo que no va en calidad va en la cantidad.*

Unicamente el peregil y la yerba-buena se lamentaban en un rincon del ínfimo precio que valia un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la mas

encantadora de todas las prerogativas, la de alegrar el corazon.

Una infinidad de pajaritos que allí se reunian, por mas que el cerrojillo (1) intentaba cerrarles la puerta, formaban coros, cantando todos á un mismo tiempo, presididos por su maestro el ruiseñor, músico que á los de Italia enseñó á principiar las árias por un *andante* y á concluirlas por un *allegro*.

En aquel lugar, antes que otro alguno, abria la primavera sus ojos de rosas al despertarla las golondrinas; y cuando la acosaban los calores del estío, allí hallaba el último refugio, que le daba el hortelano en los canjilones de su noria.

Este hortelano era el tio Curro, quien habia criado en competencia con sus rosales á una hija llamada Rosa, que corria pareja con las de aquellos que el tio Curro llamaba sus compadres, por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristocráticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unia Rosa á esto una de esas índoles de mujer que no tienen mas manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interés ni objeto alguno pueda encerrar la existencia.

La docilidad de su carácter era solo comparable á la constancia de su sentir; su voluntad era nula, menos cuando la regia su corazon; entonces era el suave y resistente junco, siempre cediendo, mas nunca quebrado. Cuando la hallamos á los diez y ocho años hábil costurera, cosiendo en su cuarto, mientras su madre hacia las faenas de la casa, es-

(1) Pajarito así llamado, porque su canto se asemejaba al ruido que al cerrarse produce un cerrojo.

taba triste y abatida, porque sus padres, y en particuiar el tio Curro, se oponian á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaban para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tio Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que habia sido soldado, y que llevaba ligera y alegremente la vida como habia llevado la mochila.

Su mujer era séria, seca y de pocas palabras, lo que no impedia que fuese, como todas las mujeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

IV.

Don Próspero y la buena suerte.

Sumergíase con calma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre han concluido, y el tio Curro, despues de haber soltado el agua en su alberca, la repartia en todas direcciones, corria presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se habia sentado debajo del emparrado que formaba el átrio de su palacio, gozando del deleite con un descanso tal como no lo conocen los que por deleite anhelan, y que solo se obtienen en compensacion as trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que, partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambos un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas de la vecindad, que muy afanadas formaban cadenas con las barbajas de pinos, arrancando una de estas de la cápsula en que nacen gemelas, do-

blando la otra, hasta clavar su punta de remate en la cápsula y enlazándolas unas con otras.

La mas pequeña, de pié y con la boca abierta, miraba hácia la copa de la higuera, en la que llamaban su atencion dos cosas que por suerte no estaban á su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas, y los higos que de ellas pendian.

—Las brevas están verdes, dijo al fin la niña, simpatizando con la zorra que en parecidas circunstancias dijo lo mismo de las uvas.

—No son brevas, que son higos, rectificó el tio Curro.

—Sí son, repuso la chiquilla, que por San Juan me dió la tia Amparo unas brevas que de esta higuera cogió.

—Pues por lo mismo, si por San Juan las tuvieron, no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabes tú eso, María Mosquillos?

—No *señó*.

—Pues sábetelo, y tambien por lo que eso sucedo. Cuando andaba Nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasion debajo de una higuera con San Pedro, que se chupaba los dedos por una breva; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese árbol, de aquí en adelante dará, no una, sino dos cosechas al año. ¿Te enteraste?

—Si *señó*.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes alfombras de verdin, entonaban su canto claro, frio, sin espresion y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, y que es tan peculiar al agua, á las ca-

ñas, á los juncos, á los mimbres y á toda planta que ama el baño del que parece las hacen brotar sus sones; canto monótono como el murmullo del agua, y que del seno de esta se alza como un saltadero de melodía estraña, pero que aman aquellas para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran ó sienten en ellas *vida*, y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que las obras de Dios no son máquinas como las de los hombres.

Al oirlas las niñas, por simpatía, se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa aunque sencilla é insulsa poesía (y por eso mismo mas genuina en su pequeña y limitada esfera), han puesto en verso el siguiente hecho que muchos ignoran y que referia su canto:

Cuando cantan las ranas
Bailan los ranos,
Y tocan los palillos
Los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda aparecer á encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime y heróico, de graciosa y mona poesía. La alberca, convertida por él en salon de baile y de concierto, con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus náyades: no vemos alberca sin que nos alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir, peculiar nuestra, no pensamos de modo alguno elevarla al juicio de ningun ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura. Bulwer ha dicho que hay poetas que

nunca han soñado con el Parnaso; y nosotros añadimos que tambien hay *pobres de espíritu* que no están tan lejos del ideal como se les juzga.

—¿No sabeis vosotras, chilindrinas, por qué cantan las ranas? preguntó el tio Curro á las chiquillas.

—¡Toma! para alegrarse, contestaron ellas.

—No señor; cantan para pedir el agua á su Divina Majestad, porque habeis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino. *Ahiláa* sucedio que un año de seca, un pobre que veia que su pejugar se le moria de sed, se fue á una laguna que estaba cerca de su manchon, y le dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *animalitos de Dios, pedirle agua.* Las ranas se pusieron á cantar que se desgañitaban, y él á jalcarlas tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando
Echarles rosas,
Porque se lo merecen
Por buenas mozas.

Acaeció que vino un temporal de aguas que se hundia el cielo y se anegaban los campos hechos charcos y pantanos. Como que mientras mas llovia mas contentas, mas cantadoras estaban las ranas, el pegujalero, que via su trigo ajeñado, se fue derechito y sin perder su vereda á la laguna, y les gritó con coraje: *figuritas del diablo, callad la boca.* Y habeis de saber, que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña, que cuando se necesita de uno, se le hacen á manta carantoñas, y se le echan planes, y cuando no se le necesita ya, no

se acuerdan del santo de su nombre, y le encajan un sofion sin andarse con aquí las puse (1).

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado un jóven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgavillado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y esta tan en estremo angosta, que no se percibian sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente: y este conjunto lo realzaba una palidez estraordinaria y un aire disciplente inveterado. Era el descrito sugeto hijo de un amigo y compañero del tio Curro, que con él habia salido á servir y con él habia vuelto á su pueblo; que habia seguido su oficio de panadero, y andando el tiempo se habia casado con la viuda del amo á quien servia, la cual era dueña del establecimiento, y tenía ademas un hermano establecido en la Habana que la solia mandar algunas remesas. Esto habia hecho que la rica panadera educase algo al tardio vástago que dió á luz, lo que facilitó poder colocarle de ayo (2) en la escuela de un maestro conocido suyo. Dicha colocacion le proporcionaba por el pronto la calificacion de *don*, que apetecian con igual ansia la madre y el hijo. En cuanto á los muchachos de la escuela, le habian bautizado con el apodo de *Quilógramo*.

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

—Ahí está *don Quilógramo*; ¡qué recompuesto

(1) No pensamos que haya entre los fabulistas de mas renombre quien en sus composiciones haya aventajado á esta, ni en lo verdadero y sutil del pensamiento, ni en la manera graciosa y clara de patentizarlo.

(2) Llaman en Andalucía ayos á los pasantes de escuela.

viene! Trae *chaleque* verde y un corbatin *encarnao*; ¡parece un rábano!

—Se ha metido á lechuguino (1), opinó otra, y formando todas en seguida un círculo, se pusieron á salmodiar.

De dos melones y dos pepinos,
Nació una mata de lechuguinos:
Unos son altos (*se empinaron en la punta de los pies*),
Otros son chicos (*se agacharon*),
Chiquirrititos (*se pusieron en cuclillas*),
Y todos tienen pelo bonito (*se levantan y saltan*).

—Ea, largarse; chicharras, dijo el tio Curro; cojer pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir; ¿hablo claro?

La legion pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de perdigones, y ya á la salida de la huerta se pusieron á cantar á desaforados gritos:

Todos los hortelanos
Cojen la berza
Con la espalda mas alta
Que la cabeza.

—¡Hola, Próspero? Buenas tardes te dé Dios, dijo el tio Curro al recien entrado, por *vía* del judío! que no te viene mal el nombre; me han dicho que has sacado la lotería: si tienes mas suerte que Benito que murió de ahito.

—¡Sí! La suerte es como mia, contestó mal engestado el mozo. ¡Saqué 200 rs.! ¡Buen puñado son tres moscas!

—Mas vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo

(1) Petimetre acicalado.

suerte, y la has heredado tú. Cuatro veces fui herido en la guerra contra los franceses, y entré en el hospital, y tu padre no tuvo un *aruño* en su pellejo. Tu padre se casó con una mujer de posibles, y se echó á la buena vida: no tuvo mas hijos que tú; te dió estudios finos, y te ha colocado de ayo de escuela, y mas adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ¡oh! ¿qué mas quieres, caracoles?—Yo siempre he tenido la mala suerte, sin mas que un *coje y come* y treinta dias al mes. He tenido un celemin de hijos; unos se me han muerto, otros están sirviendo al rey, y los tengo mas repartidos que los maravedises; no me queda mas que Rosa; pero con *too* no me cambio por tí, que, á pesar de tu buena suerte, siempre estás *frondio* y con una cara que parece que estás probando vinagre; mientras yo, á pesar de mis tramojos, siempre estoy contento; porque has de saber, próspero, que la dicha y la suerte, aunque parece que debieran estar *ayuntadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirve. Tú te echas por ahí el *hoy* con el ánsia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor por el hoy, y cuando no lo es, le doy gracias á Dios, y me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

—Pero bien sabe V., tio Curro..... objetó en tono elegiaco el ayo de escuela.

—¿Que Rosa no te quiere? Lo sé, y me pesa; pero no me vengas á mí con esas, que soy perro viejo. No es esta la causa de tu displicencia; te conozco como á las berzas de mi huerto. Para tí el número uno lo eres tú: el número dos lo propio que el número uno. Rosa no es sino el número que viene detrás.

—Bien dice V. que es viejo, pues se ha olvida-

do V. de cuando estuvo enamorado, tio Curro. Pero, señor, ¿no pudiera V. convencer á su hija, y si no mandar como padre?

—Mira, Próspero, he servido al rey y sé lo que es la disciplina, que *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza derecho como un huso, pronto como la luz, y sin chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligacion, y decirle á esta, media vuelta á la derecha ó media vuelta á la izquierda, es un puro *ipotismo*, y eso no puede ser. Rosa, contra mi voluntad, no se ha de casar; pero contra la suya tampoco, aunque lo mandase yo. Bastante la he aconsejado qué te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarte su voluntad: anda, métete tres dias en una salina á ver si sales menos desabrido y mas propio para el caso.

—Si V. se lo mandase, mas habia de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina, repuso picado el pretendiente.

—¿Dónde has visto tú eso, cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencia del estado?

—Pues sepa V. que la quinta está decretada, y mañana se pregona. Si me toca á mí la suerte, mi madre me liberta; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente, no tendrá mas que coger el fusil.

—Eso tienes en tu favor, hombre, contestó el tio Curro.

—Así es; pero yo quisiera que si llega el caso inclinara V. á Rosa á mi persona, que siempre se ha dicho: tales cosas te digan, tal corazon te pongan.....

—En eso descuida, hombre, que cano estoy de celebrarte, si las celebraciones pusiesen á los hom-

bres bonitos, habias tú de ser lo que no eres; esto es, el mejor mozo de San Lúcar.

Cuando se hubo ido el pretendiente, vinieron la tia Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado, que á ello convidaba con su frescura.

—Rosa, le dijo su padre, ¿sabes que está ya decretada la quinta?

Rosa palideció, y preguntó con trémula y tímida voz:

—Padre, ¿qué quiere usted decir con eso?

—De que esta es la ocasion propia de que dejes de *hablar* á quien no te tiene cuenta: si se va, porque se va, y si se queda porque se queda.

Rosa no contestó y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

—Si Próspero saca número, continuó el tio Curro, su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios; y su mujer ha de pasar una vida como una usía; y fuerte cosa es, que pudiendo tú disfrutarla, no quieras, por haberte encalabrinado el aire en irte á meter, tú que eres mas fina que una ele, y mas señorita que las flores, en el soto en compañía de los lobos, con un cortador de leña mas basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió:

—No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser, con lo que te has criado muy damita para que te metas en el soto.

Rosa permaneció muda, sin mas respuesta que sus lágrimas.

—¡Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y lloronas! esclamó impaciente el tio Curro.

—Lo propio me decia mi padre, le dijo á media voz su mujer, que salió en defensa de su hija desde que la vió llorar; lo propio me decia cuando salistes á servir al rey y queria que te olvidase y me casase con mi primo.

—¡Y decia bien! respondió exasperado su marido; si te hubieses casado con tu primo, que es un pelantrin de los boyantes, y no conmigo, que no tengo mas que lo comido por lo servido, estarias hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasía; ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oidos á tu padre.

—Verdad es, Curro, contestó su mujer; pero no me ha pesado lo que hice.

—¿Por qué, me querrás decir?

—Porque como ahora poco te oí decir á don Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberian estar ayuntadas, no siempre lo están y que lo propio que tú no cambio la dicha por la suerte.

V.

La mala suerte.—El adios.

Mientras pasaban estas escenas en la huerta, habia llegado Vicente á Bonanza, y corria mas que andaba el camino que de allí conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacia visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza rendida por el calor del dia. Los pinos salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas berbajas un murmullo mas suave, mas leve, mas misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demás

árboles, que parece que murmuran mientras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la noche su triste voz, esa voz que, segun la poética y religiosa imaginacion del pueblo, es la de *Cruz*, y que repite desde que en el Calvario presenció horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Asociados, si no por convencimiento, por sentimiento, á esta tierna y conmovedora creencia, concediendo que sea una ilusion; pero voluntariamente bajo su dulce imperio confesamos que no podemos oir la espresion tan suave y triste de esa ave solitaria de la noche, sin conmovernos profundamente, y sin persuadirnos de que siente lo que espresa.—¿Y acaso no podia ser que el escalpelo de nuestra fria razon, que nos empeñamos en hacer regulador árbitro y solo juez de las cosas, así morales como materiales, haya cortado lazos, destruido armonias, y roto comunicaciones entre las partes que existen entre las cosas creadas? Dirán que es inverosimil que las hubiese. ¿Por qué? Pero aun dado ese caso, no rechaza ni la fé ni la poesía las ideas por inverosimiles, sino por malas, nocivas y bajas. Las admite inverosímiles como las mas bellas plumas de las álas de su fantasia, que elevando su mente á mayor altura, es dable la acerquen mas á la verdad que no la razon, que le da la humana concepcion por cárcel.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á la sazon estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que no estaba dormido su vigilante.

—Calla, Palomo, que soy yo, dijo Vicente. Enterado el perro prosiguió su ronda, sin cuidarse mas del que se presentaba; este trepó con ligereza y maña por las mal unidas tablas que formaban la puer-

ta, y saltó adentro. Encaminóse hácia espaldas de la casa donde habia una pequeña ventana enrejada, tocó á su postigo que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silbó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entonces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonacion y no menos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarias para los cantos andaluces, con cortos intervalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios
Que te adornan esa frente
Parécen campanillitas
Que van llamando á la gente.
Los dientes de tu boca
Me han prendido á mí.
¿Quién ha visto cadenas
Hechas de marfil?
La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
Donde yo no haga falta
No me detengo.

Entonces se corrió pausadamente el cerrojo, y se abrió con tiento la ventana.

—Rosa, dijo acercándose Vicente, ó has perdido el oido, ó duermes mas que un gusano de seda.

Pero apenas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostumbrado en su tranquila vida á ver escenas ni lágrimas, esclamó asustado:

—¡Jesus María! Rosa, ¿qué tienes?

—Pues qué, ¿no sabes? contestó ella.

—Yo no. ¿Qué es?

—¡Que hay sorteo!

Vicente tornó instantáneamente á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

—Pues qué, ¿no es mas que eso? No te apures; á mí no me toca la suerte, ténlo por seguro; á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, tendríamos paciencia!...... ¡Cómo ha de ser, no todo el monte es orégano!

—¡Ocho años, Vicente; eso es media vida!

—¡Qué habia de ser! Pasan ocho años como vara de mal paño. Pero, no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.

—¡No, Vicente, no, por María Santísima, embarcarse! ¡y luego encontrarse allí con la epidemia! No, no; mas vale pasar los ocho años en tu tierra.

—Rosa, el mal camino andarlo pronto.

—¡Oh, y si no vuelves!

—¡Que no vuelva! ¿Por qué no; no volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa; ¿por qué no habia de volver yo?

—¿Y si se va á pique la embarcacion?

—Salgo á la orilla con un pez en la mano.

—¡Ay, Vicente, esclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa; lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia!

—Sí que me pesará si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero solo ella, pues

No me pesa ser soldado
Si me tocase la suerte,
Que no me pesa el fusil,
Pero sí dejar de verte (1).

(1) Intercalamos estas coplas en el diálogo, aun-

—¿Me olvidarás, Vicente?

—¿Que te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pasar por las telas del pensamiento:

Primero que yo te olvide
(¡Mira qué comparacion!)
Ha de calentar la luna
Y ha de refrescar el sol.

Yo sí que puedo temer, Rosa, porque D. Próspero te anda pretendiendo, y, aunque es mas feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, y que tiene al Angel sirviendo al rey, tu padre lo apadrina, y tanto pueden dar....

—Calla, calla, Vicente.

El quererme á mí quitar
Tu amor de mi pensamiento,
Es escribir en el agua
Y es predicar en desierto.

Créelo. Vicente, no quebrará la soga por mí; créelo, como artículo de fé.

—¿Por qué, Rosa?

—Porque en llegando á querer, la mas firme es la mujer.

—Pues cree tú tambien, Rosa, como artículo de fé, que lo mismo la mujer que el hombre, quien bien ama tarde olvida.

Un mes despues se habia verificado el sorteo. Próspero habia salido libre; Vicente era soldado. El

---

que no es propio, ni lo hace el pueblo, con el fin de espresar sus ideas de la misma manera que lo hace él en su poesía.

tio José nada demostró cuando se despidió este. «Dios vaya contigo, fue su despedida. Sé hombre de bien, mas que no medres, que mas vale ser honrado que no envidiado. Vé con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Virgen del Cármen vas amparado. Adios, hasta mas ver, en esta ó en la otra.»

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anochecer á su casa, estaba sereno como siempre.

VI.

Don Próspero prosperando.

Un año habia pasado, y poco cambio habia traido en las cosas y personas que han figurado en la relacion precedente: solo las frescas mejillas de Rosa habian perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, segun se lo habia propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se habia embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

—Por vida de la chiquilla terca, que va á enfermar por ese demonio de *come en rancho*, decia algunas veces el tio Curro.

—No lo temas, contestaba su mujer; lo propio que dices tú decia mi padre, y no enfermé.

Impaciente entonces el marido, le volvia la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre, yo quiero casarme;
No me diga V. que no,
Porque me ha salido un novio

Que toca bien el tambor.
Leñador, madre, lo quiero,
Que saque astillas;
Bien, hija, y que las saque
De tus costillas.

Si Rosa oia á su padre, estaba llorando todo el dia. Cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
Me puse á llorar mis penas,
Y fueron tantos mis llantos
Que florecieron las yerbas.
A la mar fueron mis ojos
Por agua para llorar,
Y se vinieron sin ella
Porque estaba seco el mar.

Un dia se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tio Curro, en el momento en que estaba este enganchando su buey al palo de la noria.

—Buenas tardes, tio Curro, dijo el recien entrado.

—Dios te las dé muy buenas, contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su interlocutor estaba vestido de negro: ¡Jesus! qué *fúnebre* estás; ¿quién te se ha muerto?

—El hermano de mi madre que estaba en la Habana.

—En descanso esté—(¡Ata!..... ¡Pajarito que para poste no tienes precio, buey maula, quey, retecansado!)—¡Hombre, paró la goterilla! ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de *sal de la Habana*. (1)

---

(1) Azúcar.

—Verdad es; pero en cambio ha dejado á mi madre veinte mil duros.

—Que no te parecerán á sino muy blandos.

—O sean veinte y cinco mil pesos, añadió Próspero.

—¡Que á tí no te pesarán!—(Mal haya tu flojera, pajarito del demonio, que eres como el buey Simon, cortito de paso y largo de esportón).—Tu suerte, Próspero, tu suerte, hombre, que se pierde de vista.

—Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero que se ha de invertir en viña y bodegas para criar los mostos.

—¡Y cate V. ahí á Periquito hecho fraile! ¡Hacendado, cosechero y almacenista! ¡pues no es nada! ¡qué mas puedes desear, hijo de la suerte, por vida de los avefrias! ¡y todavía tienes cara de viernes santo!

—¿Qué mas puedo hacer? repuso Próspero. Tio Curro, veinticinco pesetas son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera V.?

—Ya, ya estoy, contestó impaciente y picado el tio Curro; mi niña es el ochavo que falta; pues sábete que tú eres los 25,000 pesos que ella le están demas. ¿Me entiendes?

—Mire V., dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia: mire V. que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es mas terca y mas voluntariosa que una rama mal guiada.

—Próspero, repuso el tio Curro, mas que tengas 25,000 pesos, mira como hablas mal de ella; tú, toda tu casta, y cuantos tienen boca, han de enjuagársela con agua de rosa para hablar de mi hija: ¿estás?

—Vamos, tio Curro, respondió Próspero, como es V. hortelano, está V. hecho á cojer el rábano por

las hojas. ¿Qué mal he de hablar yo de su hija de V., cristiano? ¡Si lo que pretendo es casarme con ella! Lo que estoy es despechado, porque su hija de V. es peor que un peñon que ablanda una gotera continua; pero ella, mientras mas me ve penar, y mientras mas me desvivo, mas dura está.

—Pues hazte *los cargos*, hombre, que el duro peñon no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablaste, me tienes mas blando que unas polladas.

—Pues ablándela V. á ella, señor.

—¿Cómo? si no bien le digo una razon cuando se echa á llorar por esa cara abajo y la madre se enjesta por tres dias. ¡Qué quieres, hombre! Las *Señás* mujeres tienen mucho de la trastienda, pero en cuanto á sentido no tienen ninguno; y en cuanto á sosos..... ¡perdone V. por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo, y si no, no tenemos *naa*. Tú, hijo (te lo digo, no por ofenderte, sino porque es la pura verdad), eres feo con coraje, y el otro maldito *Estripaterrones* es un real mozo que se puede presentar al rey de Francia. No puedo hacer mas que acompañarte en tu sentimiento, que es sentimiento mio tambien, y renegar de las enaguas, principiando por las hojas de parra hasta el *te-engañé* (1).

Próspero se retiró desconsolado é incómodo. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tia Amparo que lo estaba barriendo, con un breve *quede usted con Dios*, que contestó esta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguia su faena sin añadir palabra, le dijo:

—¿No me ve V. de luto?

—Verdad es, contestó la tia Amparo. ¿Quién se le ha muerto á V.?

---

(1) Nombre que da el pueblo á los miriñaques.

—El hermano de mi madre que ha dejado 25,000 pesos.

—Dios lo tenga en gloria, contestó la tia Amparo; acompaño á usted en su sentimiento.

—Yo no tengo ninguno, porque no lo conocia, replicó impaciente Próspero; lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

—Sea enhorabuena.

—Para mí, no hay enhorabuena mientras Rosa no me dé el sí, contestó el porfiado pretendiente.

—Estoy para mí, repuso la tia Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español, que si Rosa tuviese dos que dar, le daria á V. uno, don Próspero; pero como las mujeres honradas no tienen mas que uno, y ese, como V. sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; harto lo sentimos su padre y yo; pero ¡cómo ha de ser! con una hija no se pueden tener dos yernos.

—En diciendo la suerte *allá voy*, no es menester arrearla, dijo la tia Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido; despues de salir libre del sorteo, se le entra á don Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahora sí que la va á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.

—Madre, dijo, que me pida su merced mi sangre y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con otro. Ahí viene padre; por María Santísima, señora, ¡haga V. porque no me hostigue! No soy para esta briega, que va á dar conmigo en la huesa.

—¡Amparo! gritó el tio Curro.

Esta no contestó, con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

—¡Amparo! volvió á gritar su marido, ¿qué estás haciendo?

—Calderos, ¿no oyes los golpes? respondió con cachaza la mujer.

—Mas valiera, dijo el tio Curro, que en lugar de *guasona* te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija, para impedirla de hacer un *descabello* de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los mas acaudalados?

—No, que dejaria de decírmelo, cuando iba mas ancho que el mar, y hecho pregonero de la noticia.

—¿Y que dice Rosa? ¿Todavia se empestillará en aguardar al ganapan que no tiene que comer mas que las uñas?

—Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.

—¡Su sangre!! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y mas descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte? ¡y la *esprecia*! ¡Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado, cosechero y almacenista á millonario, no va un geme ¡Se acabó! Está ida del sentido.

—No, Curro, no.

—¿A tí por lo visto te parece cordura lo que está haciendo la niña?

—Si cordura es querer mas bien la dicha que la suerte, cordura será lo que hace.

—Esas son pampringadas, razones de enamorados que no valen un comino.

—No te lo parecieron en otros tiempos, Curro.

—¡Por vida del demonio malo, que no es la mujer esta, cansado reloj de repeticion! esclamó el horte-

lano, que se alejó gruñendo: ¡mujeres! mas sutiles son que culebras, mas tercas que mulas, y mas improvisoras que aquel de los almanaques, que por mirar á las candilejas de la bóveda azul, fue á dar con su cuerpo en una sima!

Rosa, que se habia retirado á su cuarto, seguia entretanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
Para ser mas desgraciada,
Pues no hay rosa en este mundo
Que no muera deshojada.
Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran
¡Qué de cosas se dirán!
Entre la hostia y el cáliz
A mi Dios se lo pedí,
¡Que no te maten las penas
Que me están matando á mí!

VII.

Bien vengas mal si vienes solo.

Debajo de un emparrado, obligado apéndice de toda morada de hortelano, en la huerta que fue del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre jóven, apoyada la cabeza en una mano y el codo sobre una rodilla; á poca distancia de él se hallaba una anciana que remendaba por centésima vez una camisa de hombre.

Era esta anciana prima del tió José, guarda del soto de doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta mujer al callado jóven.

—¿Piensas, Vicente, hijo, irte á los inválidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebien*?

El carácter de los españoles, activo, independiente, y exento de molicie, su natural parco, sus pocas necesidades y la pulcritud que ostentan, aunque estén cubiertos de andrajos, hacen que detesten toda mancomunidad y dependencia, al paso que el clima, cuyos rigores no son tales que exijan un amparo contra ellos, les lleva á aborrecer toda clase de cláusula y vida sedentaria, lo que hace en España difícil los establecimientos y hospicios para los desvalidos, quienes los miran mas como duras prisiones que como asilos.

Así sucedió que el interrogado contestó con decision:

—No, señora, no iré donde van los desechados. Pues qué ¿á los veinte y cinco años y con toda mi fuerza y vigor me habia de encerrar en tierra estraña entre cuatro paredes, como un pollo en su cascaron, solo cual él y á cruzarme de brazos?

—¡Válgame Dios, hijo! ¿y qué trabajos has de hacer falto de vista? preguntó con dolor la buena mujer.

—Señora, aunque sea darle vueltas á la noria como la vaca.

—Dime, Vicente, hijo, aclárame bien cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

—Ni lo podré nunca comprender bien, señora. Sabe V. que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y salió el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y murió; yo

caí mal herido al suelo. Sané, ¡pero la vista que perdí con el fogonazo no volvió con la salud!

—¡Pobre Vicente! dijo limpiándose las lágrimas su tia.

—¡Bien lo puede V. decir, y que he tenido bien mala suerte! He vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos el tio Curro y la tia Amparo, y á Rosa muerta, si no para el mundo, para mí. Me veo solo, solo como la peña en el mar. No me queda á quien querer sino á Dios, ni mas amparo que el socorro que me da el rey, que me proporciona el pan, ¡pero no la dicha para siempre perdida!

—¡Desventurado! repitió enternecida su tia.

—Dice V. bien, desventurado y no pobre, que no me abruma la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre; lo que me abruma es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, ¡que es como estar paralítico!

—¡Esos ojos tan hermosos! observó su tia, y no se les conoce mayormente la ceguera; sino fuese por que están parados como los de los santos de bulto, nos se diria que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

—No, señora, ninguno.

—¡Qué desgracia!

—Mas suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí ¡de que me sirve la vida sin vista y sentado en un campo santo!!!

—Estamos de mas las criaturas en el mundo; y por eso hay tantas muertes que nos diezman, observó la buena mujer. Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopeton se nos entró el cólera por las puertas, ¡ay, hijo, que afliccion! en el barrio bajo se cebó. Con un dia por medio se llevó

al tio Curro y á su mujer; á Rosa fue á la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. ¡Pobrecilla, lo que pasó entonces, y que afliccion tan grande fue la suya! ¡Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo! Entonces se volvió á presentar D. Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unas manos de costura, que no cose, sino que pinta las cosas, una usía muy considerable, una dama de la señora infanta, á la que cosía, se la llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora, y como es tan preciosa y tan fina, que parece que se ha criado en pañales de Holanda, dice que tiene mas pretendientes esa Rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.

—¿Le has mandado á decir que estás aquí? preguntó su tia?

—Yo no ¿á qué?

—Verdad es, solo le darias un pesar, porque te queria bien, dígalo D. Próspero que decia que le habias dado hechizos, porque heredó un millon ó una multitud asina, y ni por esas consiguió que consintiese Rosa en casarse con él.

—¿Con que heredó? ¡Qué suerte!

—¡Toma! tiene mas plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariento de los que hasta el agua del pozo le echan la llave, y tan ansioso que es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan. Está mas feo que *de nantes*, con sus patas de alcaravan, su pescuezo de botella y su cara de esquina tan triste y tan confusa que parece el principio de un pleito y fin de una historia.

—¿Y á qué le sirven sus riquezas si Rosa no lo ha querido? No se las envidio, dijo Vicente.

VIII.

La dicha y la suerte.

Algunos dias despues estaba Vicente mas abatido aun, sentado en el cuarto de su tia cerca de la ventana, donde recibió sobre sus rodillas un rayo de sol que sentia sin verlo.—Su tia estaba barriendo la habitacion cuando asomó una chiquilla de la vecindad que la llamó de parte de su madre. La buena mujer salió, y al cabo de un rato volvió á entrar.

Seguíala de puntillas una jóven rubia y blanca muy primorosamente vestida, que de lejos se puso á considerar á Vicente, caidas sus manos, que cruzaba y torcia hácia afuera con un gesto de amargo descuensuelo, mientras su dulce y lindo rostro espresaba el mas tierno interés y el mas vivo dolor.

—¿Viene V. sola, tia? preguntó Vicente.

—Sí, hijo; ¿por qué lo preguntas?

—No sé; pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

—No, hijo, estamos solos.

—¡Solos! repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido; ¡pero cómo lo estraño si es estarlo mi sino!

—Vamos, hombre, no pierdas los ánimos, que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando menos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto y que cantabas anoche.

—¡Tia, no tengo ánimo para cantar!

Anda, anda, que quien canta su mal espanta; y me complaces á mí.

Entonces el ciego cantó con entonacion apagada

y melancólico acento, este cantar que habia compuesto:

¡Mes de mayo! ¡mes de mayo!
Cuando los recios calores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores,
Y la eebada se siega,
Los trigos toman eolores;
Cuando los enamorados
Obsequian á sus amores,
Unos les regalan frutas,
Otros les regalan flores;
Yo pobreeito de mí
Estoy en negras prisiones,
Sin saber euándo es de dia
Sin saber cuándo es de noche,
Sino por eallar las aves
Tristes, euando el sol se pone.
¿Qué importa que la ealandria
El ruiseñor y el gilguero
Canten para eonsolarme,
Si para mí no hay eonsuelo?

Mientras cantába corrian abundantes lágrimas por las mejillas de la jóven, que pareeia recojer eada una de las palabras que salian de los lábios de Vieente, como una rosa las gotas del roeío de la triste noche.

Cuando eoneluyó hubo un rato de sileneio.

—¿Quién sabe, dijo al fin su tia á Vicente, cuando llegue á saber Rosa tu venida, si se acuerda de la palabra que te tieue dada?

—Señora, ¡quiere V. eallar! repuso su sobrino. La palabra se la dió á un hombre eon vista que podia mantener sus obligaeiones; pero no á un eiego que solo sirve de estorbo en el mundo.

—Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, ¿no te hubieras casado con ella? preguntó su tia.

—Yo me hubiese casado con ella, muda, ciega y sorda, respondió Vicente; pero eso es diferente, porque los hombres son los que mantienen á las mujeres.

—Pues sábete que Rosa con su tijera y su aguja es capaz de mantenerte á tí y á una docena de hijos que os deparase Dios.

—Señora, dias pasados daba V. por decontado, y hacia bien, que Rosa, que es una prenda digna de un infante de Castilla, no podia hacer el despropósito de casarse conmigo.

La jóven hizo un movimiento para acercarse al ciego; pero se contuvo, merced á una seña que sonriendo le hizo la buena anciana.

—Pues si no es á Rosa, dijo á su sobrino, no te faltará á quien querer.

—Sí me faltará á quien querer, repuso éste, pues no puedo ni podré jamás querer sino á ella. Y lo que es á mí, ¿quién me habia de querer?

—Pues yo sé quién te quiere.

—La tierra, que nos quiere á todos. ¿Quién habia de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

—¿Quién? Quien bien ama y nunca olvida, esclamó de repente la jóven acercándose y pasando uno de sus brazos alrededor de la cabeza del pobre ciego como para posesionarse de ella.

—¡Rosa! esclamó Vicente apretando entre sus manos con pasion un pedazo de la falda de su vestido, ¡Rosa! repitió con angustia, ¡ay de mí, que no te veo!

—No le hace, con tal que me quieras.

—¿No te lo dije, intervino su tia, no te lo dije, Vi-

cente, que no te faltaria quien te quisiese?—Un arbolito con tantas, ¿quién lo arranca ya?

—¡Rosa! esclamó Vicente con ahogada voz.

—No me llames Rosa, le interrumpió ésta, llámame Amparo, como se llamaba mi madre; ¡tu amparo!

—¡Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

—¿Este es tu sentir? pues te dejastes por esos mundos de Dios el cariño.

—¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mi lado te espera?

—Sí, Vicente, sí.

—Piénsalo.

—Lo tengo pensado mucho há, y hasta mi padre decia lo que pensado tengo.

—¿El qué?

—Que mas vale dicha que suerte.

EPÍLOGO.

Algunos años despues de lo referido se veia por las calles de San Lúcar á un hombre pulcro y aseadamente vestido, de buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un precioso niño de cinco años conducia por la mano, y á quien todos querian y saludaban cordialmente.

El Jueves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia, y con una bellísima voz cantaba la Pasion del Señor y las saetas con sus estrañas, tristes y solemnes modulaciones; cayendo en el sombrero que en la mano tenia las dádivas de la caridad, abundantes en estos dias en que celebra la religion su apogeo. Por Navidad el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entonces unia su vocecita fresca é infantil, á la sonora y robusta voz

de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Noche-Buena.

Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con la abundancia que con nombre de aguinaldos esparce la caridad en señal de regocijo en estos dias. Lo demas del año vendia billetes de lotería.

Solíase encontrar con D. Próspero, que estaba mas flaco y mas amarillo que antes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal, le daban cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas, siempre atemorizado con la baja de los mostos, siempre apurado con el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de los inquilinos, y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre, le decia:

—¡Qué suerte tienes, Vicente!

—No señor, contestaba este; no tengo suerte; eso quien la tiene es V., D. Próspero; no tengo la suerte que V., pero V. no tiene la dicha mia, y al verme tan contento y á V. tan displicente, no habrá quien no diga que mas vale dicha que suerte.

FIN.